

El discurso subtitulado en español:

http://www.youtube.com/user/IntJewryWonWW2#grid/user/F8BCAED541779F8D

The speech subtitled in English:

http://www.youtube.com/view_play_list?p=F8BCAED541779F8D

¡Compatriotas y camaradas del partido!

Hace apenas tres semanas estuve en este lugar, por última vez, para hablarles a ustedes y al pueblo alemán con ocasión de la lectura de la proclamación del Führer en el décimo aniversario de la toma del poder. La crisis, en la que se encuentra actualmente el frente este, estaba entonces en su punto álgido. El 30 de enero, nos reunimos, marcados por la gran tragedia en que la batalleante nación se encontraba alrededor del Volga, para hacer una demostración de unidad, de solidaridad, pero también de firme fuerza de voluntad para superar las dificultades que esta guerra ha acumulado en sus siete años.

Fue, para mí, y seguro que para todos ustedes también, una experiencia conmovedora enterarnos, días más tarde, que los últimos heróicos luchadores en Stalingrado, unidos a nosotros a través de las ondas, habían tomado parte en nuestro mitin inspirador en el Palacio de los Deportes. En su último comunicado nos dijeron por radio que habían oído la proclamación del Führer, y quizás, por última vez en sus vidas, entonaron, junto a todos nosotros, el himno nacional, brazo en alto.

¡Qué gran ejemplo los soldados alemanes han creado en esta gran era! ¡Qué gran obligación nos pone a todos, especialmente a toda la patria alemana!

Stalingrado fue y es el gran grito de alarma del destino a la nación alemana. Un pueblo que posee la fuerza para soportar y sobreponerse a tal desgracia, y aun para derivar de ella una fuerza supletoria, es invencible.

El recuerdo a los heroes de Stalingrado debe hoy también ser obligatorio, para mí y para nosotros, en mi discurso ante ustedes y el pueblo alemán.

No sé cuantos millones de personas, unidos a través de las ondas, en casa y en el frente, están participando en este mitin y me escuchan esta noche. Os hablo al corazón desde lo más profundo del mío. Creo que al pueblo alemán le interesa con pasión lo que tengo que decir esta noche. Ello me obliga a que tengan mis palabras la solemne gravedad de la franqueza que impone la hora presente.

El pueblo alemán criado, educado y disciplinado por el Nacionalsocialismo, puede soportar toda la verdad. Conoce la gravedad de la situación en que el Reich se encuentra, y sus mandos pueden por tanto requerir, por la gravedad de la situación, las duras medidas necesarias, sí, incluso las más duras. Nosotros los alemanes estamos inmunizados contra la debilidad y el abatimiento; y así, las adversidades de la guerra sólo contribuirán a incrementar nuestra fuerza y resolución, y a darnos una actividad combativa que nos permita superar todas las dificultades y obstáculos con impetu revolucionario.

No es el momento de preguntarse cómo han sucedido los últimos acontecimiento desgraciados en el Este. Esto queda reservado a una futura rendición de cuentas, que terndrá lugar públicamente ante la nación alemana, y mostrará al pueblo alemán y al mundo entero que la desgracia que nos ha ocurrido, en las últimas semanas, posee su profundo y fatal significado.

Los heróicos sacrificios de nuestros soldados en Stalingrado ha tenido una importancia histórica inmensa para el Frente Este. No fue en vano. El futuro demostrará el porqué. Si dirijo la mirada del pasado más inmediato hacia adelante, lo hago con toda intención.La hora apremia y no permite más tiempo para debates infructuosos. Debemos actuar, inmediatamente, profundamente y con decisión, como ha sido, de siempre, la manera nacionalsocialista.

Desde el principio el Movimiento ha actuado de ese modo en las muchas crisis a las que tuvo que enfrentarse y superar. Y también, el estado Nacionalsocialista, cuando se le apareció un peligro, se lanzó con una resoluta fuerza de voluntad. No somos como el avestruz que esconde la cabeza en la arena para no ver el peligro. Somos lo suficientemente valientes como para mirar al peligro a los ojos, como para calibrarlo con tranquilidad e implacabilidad, y luego, enfrentarnos a él con la cabeza alta, y decisión firme.

Tanto como movimiento como como nación, siempre hemos desarrolado nuestras mayores virtudes, a saber, una voluntad fiera y decidida para vencer y eliminar el peligro, una fortaleza de carácter que supera todos los obstáculos, terca tenacidaz en la persecución de nuestros conocidos objetivos, y un corazón ferreo inmunizado contra todas las batallas internas y externas. Así debe ser hoy.
Tengo la misión de ofreceros una imagen sin tapujos de la situación, y de deducir de ella las duras consecuencias para la actuación de los dirigentes alemanes, pero tambíen para la actuación del pueblo alemán.

Sufrimos en estos momentos en el Este una dura prueba militar. El problema es en este momento muy grande, similar pero no idéntico en muchas aspectos al del pasado invierno. Más tarde hablaremos de las causas. Hoy, no nos queda otra que estudiar la situación, y revisar y aplicar los medios para superarla. No tiene sentido dudar de la seriedad de la situación. Me niego a daros una impresión falsa de la situación que pudiera llevar a falsas conclusiones, e incluso a dar al pueblo alemán una falsa sensación de seguridad que es del todo inpropia de la situación presente.

El asalto de la estepa contra nuetro venerable Continente ha sido desencadenado, este invierno, con una dureza que excede de cuanto puede representarse la imaginación humana e histórica. El ejército alemán con sus aliados constituye el único valladar capaz de contenerlo. En su proclamación del 30 de enero el Führer planteó con palabra grave, la pregunta de, ¿cuál sería la suerte de alemania y europa si, el 30 de enero de 1933, en lugar del movimiento nacionalsocialista, un régimen burgués o democrático hubiese tomado el poder?

¿Qué peligros habrían seguido, más deprisa de lo que incluso podríamos entonces haber sospechado?, y ¿qué defensas habríamos tenido para enfrentarnos con ellos? Diez años de Nacionalsocialismo han sido suficientes para dejar claro al pueblo alemán la seriedad del peligro planteado por el bolchevismo desde el Este. Ahora uno puede entender por qué hablábamos tan a menudo de la lucha contra el bolchevismo en nuestros mítines del partido en Nuremberg. Alzamos nuestra voz para avisar al pueblo alemán y al mundo, esperando despertar al Occidente de la parálisis de voluntad y espíritu en la que había caído. Intentamos abrir sus ojos ante el peligro terrible del bolchevismo del Este, que había sometido a una nación de casi 200 millones de habitantes al terror de los judíos, y que estaba preparando un ataque ofensivo contra europa.

Cuando el 22 de junio el Führer ordenó al ejército alemán atacar en el Este, los nacionalsocialista teníamos claro que con ello empezaba la batalla decisiva de esta guerra mundial. Sabíamos que peligros y dificultades nos traería consigo. Sin embargo, nos constaba que los peligros y dificultades crecen con la espera, nunca podrían disminuir. ¡Faltaban dos minutos para la medianoche! Esperar más hubiera conducido al aniquilamiento del Reich y a la bolchevización de Europa entera.

Sin embargo, es comprensible que, dados los procedimientos de engaño y cautela habituales del régimen bolchevique, no apreciáramos exactamente entonces el potencial bélico de la Unión Soviética, que ahora se nos revela en sus proporciones reales. La lucha que nuestros soldados llevan a cabo en el Este rebasa, por su dureza, dificultades y peligros, toda representación posible. Ello exige que apelemos a todo nuetra potencia nacional. Existe una amenaza para el Reich y para todo el Continente europeo, que relega a la penunbra cuantos peligros se cernieron jamás sobre el Occidente. Si falláramos en esta lucha, dejaríamos escapar nuestra misión histórica. Todo cuanto hicimos y creamos hasta el presente, palidece ante la misión gigantesca que ahora tienen ante sí el ejército alemán, de manera directa, y el pueblo alemán, de manera indirecta.

Me dirijo en primer término a la opinión mundial, y proclamo frente a ella tres tesis de nuestra lucha contra el peligro comunista:

La primera de estas tres tesis es: Si el ejército alemán no estuviera en situación de conjurar el peligro que amenaza desde el Este, el Reich, y con él, en breve tiempo, toda Europa, serían presa del bolchevismo.

La segunda de estas tres tesis es: El ejército y el pueblo alemanes, ayudados por sus aliados, constituyen la única fuerza capaz de salvar a Europa de esta amenaza.

La tercera de estas tres tesis es: El peligro acecha. Es preciso obrar rápidamente y a fondo, sino será demasiado tarde.

Tengo que abordar detalladamente la primera tesis. Siempre ha proclamado el bolchevismo abiertamente su propósito de llevar la revolución no solamente a Europa, sino al mundo entero, y de precipitar a éste en el caos bolchevique. Desde la fundación de la Unión Soviética, este objetivo ha sido defendido ideológicamente, y prácticamente propugnado por el Kremlin. Es natural que Stalin y sus secuaces, conforme crean acercarse más a la realización de sus propósitos, más empeño pongan en ocultarlos y disimularlos. Eso no nos puede inducir a error a nosotros, los nacionalsocialistas. No pertenecemos a aquellos espíritus timoratos y pusilánimes que, cual conejos hipnotizados, permanecen mirando inmóviles a la serpiente hasta que son devorados por ésta. Queremos reconocer oportunamente el peligro, y hacerle frente, también oportunamente, con los medios adecuados.

Conocemos bien no sólo la ideología bolchevique, sino también sus métodos, pues tuvimos gran éxito contra ello en nuestras luchas domésticas. El Kremlin no puede engañarnos. Tuvimos catorce años antes de nuestra toma del poder, y diez años después de la toma del poder, para desenmascarar sus intenciones y sus viles engaños. El objetivo del bolchevismo es la revolución judía en el mundo. Quiere traer caos a el Reich y a Europa, valiéndose de la resultante desesperanza y desesperación de los pueblos para establecer una tiranía capitalista e internacional en la que se esconde el bolchevismo.

No hace falta que explique más lo que eso significaría para el pueblo alemán. Con la bolchevización del Reich vendría la liquidación de nuestra intelectualidad y gobernantes, y la caída de nuestros trabajadores en la esclavitud bolchevique-judía. ¡Ese es su objetivo! En Moscú, buscan trabajadores para los batallones de trabajo forzado en la tundra siberiana, como el Führer dijo en su proclamación del 30 de enero. La revuelta de las estepas se está preparando en el frente, y la tormenta del Este que rompe contra nuestras lineas diáriamente con cada vez más fuerza, no es otra cosa que una repetición de la devastación histórica que tan a menudo en el pasado ha puesto en peligro nuestro continente.

Esto es una amenaza directa no sólo a nuestra existencia, pero también a cada una de las potencias europeas. Nadie debe creer que el bolchevismo, si resultara victorioso, pararía en las fronteras del Reich, por un tratado sobre papel. Realiza una política de agresión, y una guerra de agresión que pretende la bolchecización de todas las naciones y todos los pueblos. Ante tales intenciones que no se pueden negar, las declaraciones sobre el papel, hechas por el Kremlin, o en forma de garantías dadas por Londres o Washington contra estos propósitos soviéticos, irrevocables, no nos impresionan. Sabemos que en el Este tenemos que luchar contra una potencia demoníaca e infernal que no reconoce ni respeta las relaciones habituales entre los Estados y entre los hombres.

Cuando, por ejemplo, lord Beaverbrook declara que Europa debía poner la dirección del Continente en manos de los Soviets; o cuando el periodista Brown, un judío norteamericano, afirma cínicamente que la bolchevización

de Europa significaría la solución de nuestros problemas continentales, sabemos muy bien lo que los judíos quieren decir con esto. Las potencias europeas se encuentran ante una cuestión vital y decisiva. El Occidente está en peligro. El que gobiernos y determinados sectores intelectuales de algunos pueblos europeos lo vean o no así, es secundario.

Mas el pueblo alemán no está dispuesto en ningún caso a abandonarse a este peligro, ni aun a título de ensayo. Detrás de las arrolladoras divisiones soviéticas están los pelotones de ejecución judíos, y con ellos, el terror, el espectro del hambre para millones de seres y la anarquía más absoluta. En esto se demuestra otra vez que la Judería Internacional es el fermento de descomposición demoniaco que encuentra una cínica satisfación en sumir al mundo en el caos más absoluto y en destruir culturas milenarias en cuya contrucción no jugó ningún papel.

Por ello conocemos ante que misión histórica nos encontramos. Toda la obra constructiva realizada por la Humanidad occidental durante dos milenios, está en peligro. Este peligro nunca es tan grande como uno cree. Pero es curioso que cuando uno lo cuenta como es, la Judería Internacional protesta a viva voz en todo el mundo. Las cosas han llegado a tal punto en Europa que ¡uno no puede decir que un peligro es un peligro cuando es causado por los judíos! Eso no nos impide, a los nacionalsocialistas, sacar las conclusiones necesarias. ¡Nunca hemos tenido miedo a los judíos, y hoy menos que nunca!

Eso es lo que hicimos en nuestras anteriores batallas domésticas, cuando la Judería comunista se valía de la Judería democrática del "Berliner Tagesblatt" y del "Vossischen Zeitung" para minimizar y restar importancia a un peligro en aumento, para, de esta manera, conducir a una falsa sensación de seguridad a la parte de la población amenazada por ellos, y adormecer su capacidad de resistir. Si el peligro no se supera, vemos surgir el espectro del hambre, la miseria, y el trabajo forzado para el pueblo alemán; vemos derrumbarse nuestro venerable continente, y vemos, bajo sus ruinas, enterrarse la herencia histórica del Occidente. Ese es el problema ante el que nos encontramos.

Mi segunda tesis anuncia: Sólo el Reich alemán con sus aliados están en situación de resistir este peligro que acabo de describir.

Los Estados europeos, incluída Inglaterra, afirman ser lo suficientemente fuertes para poder hacer frente, a tiempo y con la eficacia necesaria, a la bolchevización del Continente europeo, caso de que ésta llegara a tener efectividad. Tal afirmación es perfectamente infantil, y no merece ni ser refutada. Si la potencia militar más fuerte del mundo, el Reich alemán, no pudiera quebrar la amenaza del bolchevismo, ¿quién iba a poder hacerlo?

(En este momento, gritos sonoros de la multitud reunida en el Palacio de los deportes responden: "¡Nadie!").

Las naciones europeas neutrales no tienen ni el potencial ni los medios militares ni la fuerza espiritual de sus pueblos como para ofrecer la más mínima resistencia al bolchevismo. Las divisiones de robots del bolchevismo los arrollarían en pocos días. En las capitales de los

Estados europeos medianos y pequeños, se consuelan con la idea de que uno debe estar intelectualmente armado contra el peligro bolchevique. (Risas). Eso nos recuerda, con tristeza, las declaraciones de los partidos burgueses de 1932 que creían que podrían luchar y ganar la batalla contra el comunismo con armas intelectuales. Esa afirmación nos era entonces demasiado estúpida para que valiera la pena refutarla.

El bolchevismo oriental no es sólo una doctrina teórica, sino además, una prácica terrorista. Persigue sus propósitos y objetivos con tenacidad demoníaca, hasta agotar todo su potencial interno, y sin consideracción alguna a la paz, bienestar y felicidad de los pueblos que somete a su yugo. ¿Qué harían Inglaterra y Norteamérica si el Continente europeo cayera, para su desgracia, en los brazos del bolchevismo? ¿Convencerá Londres acaso al bolchevismo para que se detenga en el Canal de la Mancha? Ya dije una vez que el bolchevismo tiene distribuídas sus legiones extranjeras, representadas por los respectivos grupos comunistas, por todos los Estados democráticos; ninguno de esto Estados puede afirmar, de sí, estar inmunizado contra una bolchevización procedente del interior. En una reciente elección parcial para la Casa de los Comunes, el candidato independiente, es decir, comunista, obtuvo 10.741 de los 22.371 votos emitidos. Esto fue en un distrito que anteriormente fue un baluarte conservador; esto quiere decir que los partidos de la derecha perdieron, en esta sola elección, en poco tiempo, 10.000 votantes, casi la mitad, en favor de los comunistas; esto es prueba de que el peligro bolchevista existe en Inglaterra también, y de que no desaparecerá simplemente porque se le ignore.

Todos los compromisos y obligaciones territoriales que la Unión Soviética suscriba carecen a nuestros ojos de valor efectivo. El bolchevismo no sólo pretende trazar sus fronteras militarmente, sino también ideológicamente, y en ello justamente reside su peligro, un peligro que se salta las fronteras de los pueblos.
El mundo ya no puede elegir entre volver a su antigua fragmentación o aceptar un nuevo orden para Europa bajo el liderazgo del Eje. La única elección ahora es entre vivir bajo la protección del Eje o en una europa bolchevique.

Estoy firmemente convencido de que los lores y arzobispos que se lamenta en Londres no tienen la intención de oponerse prácticamente al peligro bolchevique que existiría para Europa en el caso de un mayor avance de los ejércitos soviéticos. El judaísmo ha penetrado tan profundamente en el terreno espiritual y político de los anglosajones, que ya no son capaces de percibir claramente el peligro bolchevique que sobre ellos se cierne. De la misma manera que se oculta como bolchevismo en la Unión Soviética, se oculta como capitalismo plutocrático en los Estados anglosajones. La raza judía es una experta en los métodos de la mímica. Lo sabemos por nuestra experiencia. Desde siempre operan adormeciendo a sus pueblos huéspedes, para de esta manera paralizar su capacidad de defenderse contra las amenazas mortales y graves que surgen de ellos. (Gritos del público: "¡Ya nos ha pasado!")

Nuestra comprensión de esta cuestión nos hizo ver pronto que la cooperación entre la plutocracia internacional y el bolchevismo internacional no era la contradicción que aparenta a primera vista, sino

que tiene un profundo y común sentido. Sobre nuestra patria se dan la mano el seudocivilizado judaísmo occidental y el que puebla los "ghetos" del este europeo. Europa está en peligro de muerte, aunque los ingleses no quieran admitirlo.

No me vanaglorio, con esta exposición, de poder alarmar a la opinión pública de los páises neutrales o enemigos. Esto no es mi intención ni mi propósito, porque me dirijo al pueblo alemán, no al mundo entero. Sé que la Prensa inglesa mañana me atacará con gran estrépito con la excusa de que, dados nuestros problemas en el frente este, he realizado los primeros sondeos con vistas a la paz. (Fuertes risas). De eso ni hablar. En Alemania, hoy nadie piensa en una compromiso cobarde, el pueblo entero sólo piensa en dura una guerra. Sin embargo, como portavoz responsable de la nación lider de este Continente, me permito el derecho de llamar a un peligro por su nombre, cuando amenaza no sólo a nuestro propia nación, sino a nuestro continente entero. Como nacionalsocialistas, tenemos la obligación de sonar la alarma contra el intento de la Judería Internacional de sumir en el caos al continente europeo, que se ha creado en el bolchevismo una potencia militar terrorista cuyo exacto peligro no se puede calcular.

La tercera tesis, que quiero explicar en detalle, es que el peligro es inmediato. La parálisis de las democracias europeas occidentales ante su más mortal enemigo es aterrador. La Judería Internacional lo alienta con todas sus fuerzas. De la misma manera que los periódicos judíos intentaron esconder la resistencia contra el comunismo en nuestra lucha por el poder en alemania, hasta que el Nacionalsocialismo despertó a la gente, lo mismo ocurre hoy en otras naciones. La Judería una vez más se revela como la encarnación del mal, como el demonio creador de la ruina, y como el portador de un caos internacional destructor de las culturas.

Sólo por mencionarlo, en este contexto, uno podrá entender también nuestras consistentes políticas hacia los judíos, incluso cuando los judíos pueden aún hacer intervenir a su vieja guardia de seguidores en Berlín. Vemos en la Judería una amenaza directa a todas las naciones. Como otras naciones se protegen contra este peligro nos da igual. Como nosotros nos protegemos contra ello es nuestro asunto, y no toleraremos protestas de nadie. El judaísmo tiene una apariencia infecciosa que es contagiosa. Si en el extranjero enemigo se protesta hipócritamente contra nuestra política antijudía, y se vierten enormes lágrimas de cocodrilo por nuestras medidas contra el judaísmo, esto no puede inpedirnos hacer lo que es necesario. Alemania, en cualquier caso, no tiene intención de someterse a este peligro judío, sino más bien, en el momento adecuado, y si es necesario, con las medidas más totales y radicales exterm- contrarrestarlo. (Después de estas palabras, el público enardecido impide al Ministro la continuación de su discurso durante algunos minutos).

En el centro de todas estas reflexiones está el reto militar para el Reich en el Este. La guerra de los robots mecánicos contra alemania y europa ha alcanzado su punto álgido. El pueblo alemán junto con sus aliados del Eje cumple una misión en el más puro sentido de la palabra, cuando se enfrenta con las armas a este inmediato y grave peligro para sus vidas. No cejaremos en esta valiente y justa continuación de esta gigante batalla contra esta peste mundial, a pesar del clamor de la

Judería Internacional en todo el mundo. ¡Puede y debe sólo acabar en victoria! (Aquí se oyen gritos de: "¡Alemanes, a las armas! ¡Alemanas, al trabajo!")

La batalla de Stalingrado se convirtió en su trágico desarrollo en un símbolo de esta resistencia heroica y varonil contra la revolución de la estepa; tuvo, por ello, para el pueblo alemán un significado no sólo militar sino también espiritual de efectos extraordinarios. Aqui por primera nuestros ojos se han abierto completamente a la verdadera problematica que surje de esta guerra. No queremos oir más de falsas esperanzas e ilusiones. Queremos enfrentarnos a los hechos de frente, por duros y crueles que éstos sean. Porque la historia de nuestro partido y de nuestro Estado ha demostrado que un peligro reconocido es un peligro medio vencido. Nuestras duras batallas futuras en del Este estarán marcadas por esta resistencia heroica. Requieren esfuerzos hasta ahora nunca conocidos por nuestros soldados y por nuestras armas en todas las campañas militares anteriores. En el Este ruge una guerra sin clemencia que el Führer caracterizó con exactitud al declarar que de ella no saldrán vencedores y vencidos, sino solamente supervivientes y muertos.

El pueblo alemán se ha dado cuenta exacta de ello. Con su sano instinto se ha abierto a su manera un camino a través del bosque de cotidianas dificultades intelectuales y espirituales. Hoy sabemos que la guerra relámpago de Polonia y toda la campaña del oeste no tienen sino un valor secundario en relación con la empresa que hemos de superar en nuestro frente oriental. Aquí, la nación alemana lucha por cuanto posee. Hemos llegado a reconocer en esta batalla que el pueblo alemán aquí tiene que defender sus bienes más sagrados, sus familias, sus mujeres y sus hijos, la belleza y pureza de sus paisajes, sus ciudades y sus pueblos, y la herencia dos veces milenaria de su cultura, en fin, todo lo que que hace que la vida merezca la pena.

Para todos estos tesoros de nuestro rico folclore no tiene el bolchevismo la menor comprensión, y tampoco tendría la menor consideración si se apropiase de ellos. No lo tiene ni siquiera hacia su propio pueblo. La Unión Soviética durante los últimos 25 años ha aumentado el potencial militar bolchevique hasta un nivel que no nos podíamos imaginar y que, por tanto, evaluamos incorrectamente. La Judería terrorista a puesto a su servicio a 200 millones de personas en Rusia, mezclando sus cínicos métodos y prácticas con la dureza inquebrantable del pueblo ruso, lo cual supone un peligro aún más grande para la civilización europea. En el Este un pueblo entero es obligado a guerrear. Hombres, mujeres e incluso niños son empleados a la fuerza no sólo en las empresas de armamentos, sino en la propia guerra. Nos enfrentamos a 200 millones que viven, o bien bajo el terror de la GPU, o bien cautivos de una cosmovisión diabólica, con una estupidez absoluta. Las masas de tanques que nuestro frente del este se encontró este invierno, son el resultado de 25 años de desgracia social y de miseria del pueblo bolchevique. Contra ellas debemos utilizar contramedidas apropiadas, si no queremos darnos por vencidos.

Tengo la firme convicción de que, a la larga, sólo podemos vencer al peligro bolchevique si nos enfrentamos a él, aunque no con los mismos métodos, sí con métodos equivalentes. La nación alemana se enfrenta a la

mayor exigencia de la guerra, concretamente, encontrar la determinación para jugárselo todo para proteger todo lo que tiene, y para obtener todo lo que necesitá en el futuro. Ya no puede tratarse de mantener un alto nivel de vida a costa de debilitar nuestra capacidad defensiva en el Este; ahora se trata de incrementar ésta a costa de un alto nivel de vida que ya no estaría en armonía con el momento. Esto no significa que estemos imitando métodos bolcheviques. Usamos métodos diferentes antes en nuestra lucha contra el partido comunista que las que usamos contra los partidos de las clases medias. Nos enfrentabamos a un oponente al que había que tratar de manera diferente. Se valió del terror para luchar contra el movimiento nacionalsocialista. ¡El terror se contraresta no con argumentos intelectuales, sino más bien sólo con contraterror!

La amenaza intelectual del bolchevismo es bien conocida. En el extranjero no lo niegan. Pero nosotros y europa nos enfrentamos ahora a una amenaza militar directa que va más allá de la amenaza intelectual. Responder a ella con sólo argumentos intelectuales haría probablemente reir a los gobernantes en el Kremlin. No somos tan estúpidos o cortos de miras como para incluso intentar luchar contra el bolchevismo con métodos tan inadecuados. Tampoco estamos dispuestos, como dice el proverbio, a elegir a nuestro propio carnicero. Estamos decididos a defender nuestras vidas con toda nuestras fuerzas, sin importarnos si el resto del mundo ve la necesidad de esta batalla o no. !La guerra total es, por lo tanto, la orden de la hora presente.!

Hay que poner punto final a la mojigatería burguesa que en esta batalla de nuestro destino quiere vivir según la frase: ¡Lábame la piel, pero no me mojes! (Cada frase del Ministro recibe mayores aplausos y aprobación). El peligro al que nos enfrentamos es enorme. Enormes deben ser también los esfuerzos con que le hacemos frente. ¡Ha llegado por tanto el momento de quitarse los guantes de seda! ¡Ahora debemos vendarnos los puños! (Como un solo grito, estalla un estruendoso aplauso. Los cantos provenientes de la galería y de la platea dan testimonio de la plena aprobación del público)

Ya no se trata de utilizar el rico potencial de guerra en casa y en partes importantes de europa que están a nuestra disposición de manera parcial y superficial. Debemos emplear todas nuestras reservas, tan rápidamente e intensamente como es posible en cuanto a la organización y a la práctica. Las consideraciones innecesarias no vienen a cuento aquí. El porvenir de Europa depende de nuestra lucha en el Este. Estamos dispuestos a defenderla. La nación alemana ofrece su sangre preciosa en esta lucha. El resto de europa debería ofrecer por los menos su trabajo. Son muchas las voces serias en otros países que ya ven esta obligación imperativa. Otros todavía la niegan. Sin embargo, para nosotros eso no decide nada. Si el peligro existiera para ellos solos, uno podría juzgar sus omisiones como una absurdez literaria que no tienen ningún sentido. Pero el peligro existe para todos nosotros, por ello, debemos todos defendernos contra ello. Quien hoy en el resto de europa no comprenda todavía el significado de esta lucha, mañana nos agradecerá de rodillas que la hayamos tomado con valor y firmeza.

No nos importa que ahora diga el enemigo que las medidas que tomamos para organizar la guerra total son semejantes a las adoptadas por los

bolcheviques. Afirman hipócritamente que esto significa que no hay necesidad de luchar contra el bolchevismo, pues nosotros mismos somos bolcheviques. No interesan ahora los métodos que hayan de emplearse para derrotar al bolchevismo, sino solamente el objetivo; esto es, la eliminación del peligro. (Aplauso de un minuto). No se trata de si los métodos que usamos son buenos o malos, sino de si tienen éxito. En todo caso, como dirigentes nacionalsocialistas del pueblo, estamos dispuestos a todo. Actuamos sin consideraciones a protestas de éste o aquél.

No estamos dispuesto a debilitar el potencial de guerra de alemania mediante medidas que mantienen un alto nivel de vida para cierta clase social, casi como en la paz, poniendo en peligro de esta manera nuestros esfuerzos para la guerra. Al contrario, renunciamos voluntariamente a una parte importante de ese nivel de vida, con el objeto de incrementar nuestro esfuerzo para la guerra tan rápidamente y tan intensamente como sea posible. Esto no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un objetivo. Todavía mayor será el nivel de vida de nuestro pueblo tras la victoria. No necesitamos por ello imitar los métodos bolcheviques, porque poseemos un pueblo y dirigentes mejores, y con ello una gran ventaja. Pero como se ha demostrado, debemos hacer mucho más de lo que hasta ahora hemos hecho, para dar un giro decisivo a la guerra en el este a nuestro favor.

Por cierto, como innumerables cartas de la patria y comunicados del frente han mostrado, en todo el pueblo alemán impera una sola opinión. Todo alemán sabe que si esta guerra se perdiera, nos aniquilarían. Por ello, el pueblo con sus gobernantes están dispuestos, ahora más que nunca, a tomar las medidas más radicales. La amplia masa de los trabajadores de nuestro pueblo no recriminan al gobierno que es demasiado inconsiderado, sino, si acaso, que es demasiado considerado. Preguntad a cualquiera en alemania, y os dirá: ¡Lo más radical es suficientemente radical, y lo más total es suficientemente total para ganar la guerra!

Por ello, la conducción de la guerra total es un asunto de todo el pueblo alemán. Nadie tiene ningun derecho a ignorar sus demandas. Cuando proclamé la guerra total desde este lugar el 30 de enero, fuí recibido con un uracán de aprobación desde el público reunido a mi alrededor. Puedo constatar que las medidas de nuestros gobernantes están en concordancia perfecta con todo el pueblo alemán en la patria y en el frente. El pueblo está dispuesto a cargar con las cargas más pesadas, y está dispuesto a hacer cualquier sacrificio si, con ello, se sirve al gran objetivo de la victoria. (Intenso aplauso).

El supuesto necesario para llevar a cabo la guerra total es, naturalmente, que las cargas y dificultades de la misma se distribuyan equitativamente. (Sonora aprobación). No se debe tolerar que todo el peso de la guerra gravite sobre la mayor parte del pueblo, mientras un reducido sector procura eludir las cargas y responsabilidades del pueblo. Por eso, las medidas que hemos adoptado y las que en lo sucesivo adoptaremos estarán impregnadas del espíritu de justicia nacionalsocialista. No tenemos en consideración ni la clase social ni la profesión. Pobre y rico, superior o inferior deben compartir las cargas por igual. Todo el mundo debe cumplir con su obligación ante la nación en esta hora tan crítica de nuestro destino, si es necesario de manera

obligada. Sabemos que al tomar aquellas medidas interpretamos la voluntad unánime de la nación. Preferimos emplear demasiada energía antes que poca para la obtención de la victoria. Nunca jamás en la historia de los pueblos se perdió una guerra porque los gobernantes tenían demasiados soldados y armas. Muchas, sin embargo, se perdieron porque ocurrió lo contrario.

Ya he dicho en público que la tarea crítica del momento es ofrecer al Führer, a través de las medidas que tomamos en casa, reservas operativas que necesitará, ¡para las tan deseadas ofensivas de la próxima primaveva y verano! ¡Cuanto más damos al Führer, más mortal será el golpe! Ya no es apropiado soñar con la paz - El pueblo alemán sólo debe pensar en la guerra. Esto no prolongará la guerra, pero, más bien, la acortará: la guerra más total y más radical es también la más corta.

Es necesario que en el Este recobremos la iniciativa y para ello es indispensable que movilicemos las fuerzas indispensables, existentes aún en grandes proporciones en el país. Debemos movilizarlas, y no sólo de una manera organizada y burocrática, sino que debemos también improvisar. ¡Seguir los canales burocráticos lleva mucho tiempo! ¡Pero la hora apremia y la rapidez es un imperativo! En la temprana lucha del movimiento nacionalsocialista contra el Estado democrático no siempre seguimos un plan exacto. A menudo vivíamos al día, siguiendo una estrategia política de improvisación. Una vez más debe ser así. ¡Es hora de poner a trabajar a los gandules! (Frenética aprobación). Hay que sacarlos de su cómoda tranquilidad. No podemos esperar a que se den cuentan ellos mismos, y que quizás sea entonces demasiado tarde. Tiene que ser como si una alarma sonara por toda la nación. Millones de brazos deben ponerse a trabajar a lo largo de la nación.

Las medidas que hemos tomado, y las que están todavía por tomar, y de las que hablaré más adelante en este discurso, son críticas para toda nuestra vida pública y privada. Los sacrificios que el ciudadano de a pie tiene que hacer son pesados a veces; pero son pocos comparados con los sacrificios que él tendría que hacer si se negara a ello, y con ello se abatiera sobre nuestro pueblo la mayor desgracia nacional.
Es mejor hacer un corte a tiempo, que esperar a dejar que la enfermedad agarre. Uno no debe quejarse al cirujano que hace el corte, o denunciarlo por lesiones físicas.
Él no corta para matar, sino para salvar la vida del paciente.

De nuevo tengo que acentuar aquí que, cuanto más grandes son los sacrificios que el pueblo alemán tiene que hacer, tanto más urgente debe ser la exigencia de que sean repartidos de manera justa. El pueblo quiere eso también. Nadie se opone a las cargas más pesadas de la guerra. Pero, debe molestar a la gente cuando algunos siempre intentan escaquearse. El gobierno nacionalsocialista tiene la obligación moral, pero también política, de oponerse firmemente a tales tentativas, y si hace falta, con castigos draconianos. (Aprobación) La indulgencia aquí está fuera de lugar, y llevaría con el tiempo a una confusión en las emociones y opiniones del pueblo, lo cual pondría en peligro nuetra moral de guerra.

Por lo tanto, nos vemos obligados a tomar una serie de medidas que no son esenciales, en sí, para el esfuerzo bélico, pero parecen necesarias

para mantener la moral entre nosotros, y en el frente. La óptica de la guerra, es decir, como se ve la dirección de la guerra, es de importancia decisiva en este cuarto año de guerra. En vista de los sacrificios sobrehumanos que el frente realiza cada día, el frente tiene derecho a que ni una sola persona se crea con el derecho de eludir sus obligaciones en tiempo de guerra. Pero no sólo el frente lo pide, sino también la abrumadora parte decente de la patria. (Aplauso tempestuoso.) El trabajador tiene el derecho a esperar que, si él trabaja diez o doce o, a veces, catorce horas al día, un gandúl no racanee junto a él mientras considera a los otros como tontos o poco refinados. La patria tiene que permanecer pura e intacta en su totalidad. Nada debe enturbiar su imagen en tiempos de guerra.

Por ello se han tomado una serie de medidas que tienen en cuenta esta nueva óptica de la guerra. Por ejemplo, hemos ordenado el cierre de bares y locales nocturnos. No me puedo imaginar que haya hoy todavía gente que cumplan sus obligaciones de la guerra completamente mientras, al mismo tiempo, rondan por locales de diversión nocturnos. Debo deducir de ello, que no se toman seriamente sus obligaciones en tiempos de guerra. Hemos cerrado estos locales de diversión, porque empezaban a ofendernos y a disturbar la imagen de la guerra, y porque no representa al pueblo alemán. No tenemos nada en contra de estas diversiones. Después de la guerra no nos importará vivir según la frase: "Vivir y dejar vivir." Pero, durante la guerra, el lema debe ser "¡Luchar y dejar luchar!"

También los restaurantes de lujo, cuyos gastos no compensan el efecto obtenido, han sido cerrados. Puede ser que algún que otro, durante la guerra, piensa que el cuidado del estómago es una misión importante. No podemos prestarle ninguna atención. Si en el frente nuestras guerreras tropas, del soldado raso al general, comen de la cocina de campo, yo creo, que no es pedir mucho, si en nuetra patria obligamos a todos a tener en consideración las reglas más fundamentales de la convivencia. Ya tendremos tiempo de volver a ser gurmets después de la guerra. Hoy tenemos cosas más importantes que hacer que cuidar el estómago.

También innumerables tiendas de lujo han sido cerradas por el momento. A menudo ofendían a la gente. Generalmente no había a penas nada que comprar, a menos que en lugar de con dinero, uno pagara con mantequilla o con huevos. ¿De qué sirven las tiendas que ya no tienen nada que vender, excepto para gastar electricidad, calefacción y emplear mano de obra que nos hace tanta falta en otras partes, sobre todo, en la producción de armamento?

No es una excusa afirmar que mantener algunas de estas tiendas abiertas impresiona a los turistas. ¡ Al extranjero sólo le impresiona una victoria alemana! (Aprobación tempestuosa.) ¡Durante la lucha por el poder, éramos nazis pobres! Una vez que ganamos, todo el mundo quería nuestra amistad. Cuando hayamos ganado, todo el mundo querrá ser nuestro amigo. Si, sin embargo, perdiéramos, podríamos contar nuestros amigos con los dedos de una mano.

Por eso, hemos puesto fin a esas ilusiones equivocadas que empañan la imagen de la guerra. Proporcionaremos a aquellos que se encuentran sin hacer nada en las tiendas vacías, una actividad útil en la industria

armamentística. Este proceso ya está en marcha, y estará completado para el 15 de marzo. Representa, sin duda, una gran transformación de toda nuestra vida económica. Se verán afectados cientos de miles de personas. No estamos actuando sin un plan, ni tampoco nerviosos. No queremos acusar a nadie injustamente, ni hacer reproches a diestra y siniestra. Sólo hacemos lo que es necesario. Pero lo estamos haciendo con rapidez e intensidad. Preferimos llevar ropa remendada durante unos años, a crear una situación el la que nuestro pueblo deba llevar andrajos durante varios siglos.

¿De qué sirven los salones de moda que gastan luz, calefacción y emplean trabajadores? Podrán reabrir después de la guerra, si tenemos tiempo y ganas para ello. ¿Para que queremos las instituciones de belleza, en las que se rinde culto a lo bello, y que requieren tiempo y mano de obra, lo cual para la paz está muy bien, pero que para la guerra es superfluo? Nuestras mujeres y muchachas no deben preocuparse, un día gustarán a los soldados victoriosos que vuelven a su patria, incluso sin las finas prendas`o el maquillaje de los tiempos de la paz. (Aplauso)

En las oficinas públicas, en el futuro, se trabajará más rápido y menos burocráticamente. No da buena impresión cuando se retiran los documentos y se cierra exactamente después de ocho horas de trabajo. El pueblo no está para servir a los funcionarios, sino los funcionarios están para servir al pueblo. Se trabaja hasta que el trabajo esté terminado. Es una exigencia de la guerra. Si el Führer puede hacerlo, también pueden hacerlo los empleados del Estado. Si no hay bastante trabajo para una jornada más larga, entonces, se transfiere el 10 ó 20 ó 30 por ciento de los trabajadores a la importante economía de guerra y se libera un número igual de hombres para el frente. ¡Eso es lo que tiene que hacerse!

Esto es válido para todas las oficinas de la patria, civil o militar. Quizás, así, el trabajo en las oficinas se hará con mayor rapidez y facilidad. Debemos aprender en la guerra a actuar no sólo a fondo, sino también con rapidez. El soldado en el frente no tiene semanas para pensar en una acción, para pasárselo a otro o dejarlo coger polvo en un archivo. Debe actuar con inmediatez porque, si no, pierde su vida. Si bien nosotros, en la patria, no perdemos nuestra propia vida por actuar lentamente, sin embargo, ponemos en peligro a la larga la vida de nuestro pueblo.

También las actividades inutiles, que no tienen nada que ver con la guerra deben ser detenidas. Las cosas bonitas y que merecen la pena en tiempo de paz pueden convertirse en ridículas, como poco, en tiempo de guerra. Por ejemplo, he oido que varias oficinas en Berlín se pasan semanas discutiendo si la palabra "acumulador" debería ser sustituida por la palabra "colector"; De ello han resultado gruesos informes. Me parece, y creo que el pueblo alemán está de acuerdo conmigo, que la gente que pasa su propio tiempo en tales tonterías durante la guerra no están bien empleadas, y sería mejor mandarlas a una fábrica de armas o al frente!

Aquellos que trabajan para el pueblo deben constantemente dar al pueblo con un buen ejemplo en todo lo que hacen. Las cuestiones triviales pueden, a veces, causar malestar público. Por ejemplo, es ofensivo que muchachos y muchachas cabalguen en el Tiergarten en Berlín a las nueve de

la mañana. Podrían encontrarse con una trabajadora que regresara de un turno nocturno de diez horas, y que vuelve a casa a cuidar a cuatro o cinco hijos. La visión de un grupo de cabalgantes de paseo, como si estuviesen en tiempo de paz, sólo podría desanimar a esta excelente trabajadora.

Por ello, he prohibido la equitación en todas las calles y parques públicos de la capital del Reich mientras dure la guerra. Creo que, al hacer así, estoy teniendo en cuenta las demandas psicológicas de la guerra, y mostrando verdadero respeto por el frente. Un soldado de permiso en Berlín, por pocos días, del frente Este, por ejemplo, que vea tal cosa tendrá una impresión completamente equivocada de la capital del Reich. No verá las fábricas de armas, donde cientos de miles de personas respetables y trabajadoras trabajan doce, catorce, y a veces, dieciseis horas al día, sino, más bien, un club de equitación alegre e indolente. ¡Qué tipo de imagen de la patria se llevará de vuelta al frente!

Todo el mundo debe aprender a tomar en cuenta la moral de la guerra, y a prestar atención a las justas demandas de la gente que combate y trabaja. No somos aguafiestas, pero tampoco toleraremos a aquellos que obstaculizan nuestros esfuerzos.

Cuando, por ejemplo, ciertos hombres y mujeres están durante semanas en los balnearios para charlar, quitando el sitio a los soldados heridos, o a los trabajadores que tienen derecho a unas vacaciones después de uno o dos años de duro trabajo; eso es intolerable y ha sido eliminado. La guerra no es el tiempo adecuado para la gente de la fiesta. Nuestra alegría hasta el final es el trabajo y la lucha, en eso encontramos nuestra satisfacción interior profunda. A quien no lo entienda por sí solo se le debe enseñar a entenderlo, e incluso obligarlo si es necesario. En esto, sólo las medidas más drásticas sirven.

No causa una buena impresión, por ejemplo, si cuando con gran propaganda anunciamos el lema: "¡Las ruedas deben rodar para la victoria!", con el resultado de que la gente no emprende ningún viaje innecesario, para luego ver que los desempleados que viajan por placer encuentran más sitio en los trenes. El ferrocarril sirve para los transportes importantes de la guerra y los viajes de negocios necesarios para la guerra. Sólo tiene derecho a unas vacaciones, aquel que necesite descansar del duro trabajo . El Führer no se ha tomado un día de vacaciones desde el inicio de la guerra e incluso mucho antes. Si el principal hombre del Estado se toma su obligación tan en serio y tan responsablemente, entonces, eso debe ser, para cada ciudadano y ciudadana, una invitación silenciosa, pero clara, a comportarse de la misma manera.

El Gobierno, por su parte, hace, sin embargo, cuanto está en su mano para que en estos momentos difíciles no carezca el pueblo que trabaja de las necesarias posibilidades de recreo y esparcimiento. Los teatros, los cines y las salas de conciertos permanecerán en plena actividad. La radio está trabajando para ampliar y mejorar su programación. No tenemos ninguna intención de infligir en nuestro pueblo un estado de ánimo propio de un invierno gris. Aquello que sirve al pueblo, mantiene, fortifica y multiplica su energía para la lucha y el trabajo, es bueno y esencial para el esfuerzo bélico. Lo contrario debe ser suprimido. Por tanto, y

como compensación de aquellas medidas de rigor que impone la guerra, yo, en cooperación con el camarada de partido Ley, he ordenado que los espectáculos y lugares donde el pueblo puede gozar unas horas de recreo no disminuyan, sino que aumenten.

Lo mismo se ha hecho con los centros e instalaciones deportivas. El deporte no es hoy una cosa de círculos privilegiados, sino del pueblo entero. Las exenciones militares son totalmente insensatas en el campo deportivo. El deporte tiene la misión de incrementar la fuerza física con el claro fin de ponerlo en uso, al menos, en el momento de mayor necesidad del pueblo.

Todo eso lo quiere el frente también. Demanda con clamorosa unanimidad que el pueblo alemán en la patria se solidarice. No queremos oir más de actividades insignificantes para la guerra ni de pomposidades. No queremos perder más tiempo ni dinero en ello. No queremos oir más de largos questionarios ceremoniosos para cualquier tontería. No queremos perdernos en mil pequeñeces que eran quizás importantes en tiempos de paz, pero que no poseen ninguna importancia en tiempos de guerra.

Sabemos lo que tenemos que hacer. El pueblo alemán quiere una vida espartana para todos: para el de arriba y para el de abajo, y para el rico y para el pobre. De la misma manera que el Führer da ejemplo, todo el pueblo, en todos sus estratos, debe seguir su ejemplo. Cuando él sólo conoce trabajo y preocupaciones, no le queremos dejar a él sólo el trabajo y las preocupaciones, sino que nos encargamos de la parte de que le podemos aliviar.

Los tiempos que hoy vivimos tienen una extraordinaria semejanza, para todos los nacionalsocialistas auténticos, con el periodo de la lucha por el poder. Siempre hemos actuado de la misma manera. Siempre hemos estado con el pueblo en los buenos y en los malos momentos, y por eso el pueblo nos ha seguido a todas partes. Siempre hemos llevado todas las cargas junto al pueblo, y por eso, no nos parecieron pesadas, sino livianas. El pueblo quiere ser guiado. Nunca hubo en la historia un ejemplo en el que, en un momento crítico de la historia nacional, el pueblo no haya seguido a unos gobernantes valientes y decididos.

Quisiera, en este contexto, decir también unas palabras sobre algunas medidas prácticas de la guerra total que ya hemos tomado. El problema actual redúcese a lo siguiente: a obterner soldados para el frente, y obreros y obreras para las industrias de guerra. A estos dos objetivos deben supeditarse todas las demás necesidades, incluso a cuenta de nuestro nivel de vida durante la guerra. Esto no significa un declive definitivo de nuestro nivel de vida, sino que es válido sólo como medio para la obtención del objetivo, es decir: una victoria total.

En este contexto, cientos de miles de exenciones militares han sido revocadas. Hasta ahora estas exoneraciones eran necesarias porque no teníamos suficiente mano de obra experta que pudiera ocupar los puestos dejados libres al revocar las exoneraciones. La razón de las medidas tomadas y aún por tomar, es mobilizar los trabajadores necesarios. Por eso, dirigimos nuestro llamamiento a los hombres que no trabajan en la economía de guerra, y a las mujeres que hasta ahora no se han incorporado

al trabajo. No querrán ignorar nuestro llamamiento, y no podrán hacerlo. La obligación de trabajar para las mujeres es amplia, lo cual no significa que sólo deben trabajar aquellas que están incluidas en la ley. Cualquiera es bienvenida, y cuantas más se pongan a la disposición del esfuerzo bélico, tantos más soldados podemos liberar para el frente, y más fuerte podrá golpear El Führer el próximo verano.

Afirman nuestos enemigos que la mujer alemana no está en situación de sustituir al hombre en la economía de guerra. Eso puede ser verdad para ciertos trabajos corporales pesados de nuestra fabricación de guerra. Además, yo estoy, sin embargo, convencido de que la mujer alemana está firmemente decidida a ocupar el puesto que el hombre deja vacante por marchar al frente, y a capacitarse perfectamente para reemplazarle en corto plazo. No necesitamos referirnos aquí al ejemplo bolchevique. También en la economía de guerra alemana millones de las mejores mujeres alemanas trabajan ya, con el mayor éxito, desde hace años, y esperan con impaciencia que sus filas aumenten y se completen con nuevas incorporaciones lo antes posible. Todas las mujeres que se ofrezcan voluntariamente para desempeñar estos puestos que quedarán libres, no harán, con su acción, sino cumplir un deber de gratitud para con el frente. Cientos de miles se han ofrecido ya, y otras tantas vendrán en breve. En nada de tiempo esperamos tener a disposición ejércitos de trabajadores que, a su vez, harán posible ejércitos de combatientes para el frente.

Tendría que equivocarme mucho con las mujeres alemanas, si yo pensara que no quisieran escuchar el llamamiento que aquí les hago. No se acogerán a la ley en su sentido estricto, ni intentarán escaquearse a través de algún resquicio legal. No me lo creo. No me lo puedo imaginar. Por cierto, las pocas que tuvieran esas intenciones, no lo conseguirían. No se aceptarán informes médicos para evitar el llamamiento al trabajo. También, la excusa de un trabajo que uno consigue con el marido o con el cuñado o con un buen conocido, para poder evitar el trabajo de manera desapercibida, será correspondida por nuestra parte con las contramedidas correspondientes. Los pocos que intenten tales planes, sólo conseguirán perder el respeto de la gente a su alrededor. No les olvidaremos; nos acordaremos de ellos cuando acabe la guerra. El pueblo les tributará el mayor desprecio.

Nadie pide que una mujer que no reune las condiciones físicas necesarias trabaje en la pesada producción de una fábrica de tanques. Hay, sin embargo, muchísimos trabajos en la producción de guerra que pueden hacerse sin un esfuerzo físico demasiado fuerte, y para los cuales, una mujer, aunque proceda de círculos privilegiados, puede tranquilamente ofrecerse. Nadie es demasiado bueno para ello, y sólo podemos elegir entre darlo todo, o perderlo todo.

Sería apropiado que las mujeres con servicio doméstico sometan también esta cuestión a examen. Uno puede perfectamente atender la casa y cuidar de los niños, y dejar libre a la criada, o bien dejar la casa y los niños al cuidado de la criada o de la NSV [Organización para el bienestar del partido], y ofrecerse para trabajar. Sin duda, la vida entonces no es tan agradable como en tiempos de paz; cuando papá llega a casa, mamá puede no tener la cena lista; Pero no vivimos en tiempos de paz, sino de guerra. Ya podremos ponernos cómodos cuando tengamos la

victoria en las mano. Ahora tenemos que luchar por la victoria sacrificando ampliamente nuestra comodidad. Ahora debemos sacrificar la comodidad para alcanzar la victoria.

Sin duda las mujeres de los soldados lo entienden. Ellas considerarán como un deber supremo apoyar a sus maridos, fuera en el frente, al ponerse a disposición para un trabajo importante para la guerra. Esto concierne sobre todo a la agricultura. Las mujeres de los agricultores tienen que dar aquí un buen ejemplo. Vale para todos los hombres y mujeres la premisa de que no es apropiado que nadie haga incluso menos en tiempos de guerra que de paz. El trabajo tiene que ser aumentado en todos los sectores.

Por cierto, no se debe cometer el error de dejarle al gobierno todo lo que es ahora necesario. El gobierno sólo puede promulgar las leyes directrices. Dar vida y contenido a estas directrices, es una labor del pueblo trabajador; y debe ocurrir con el continueo estímulo de la dirección del Partido. Actuar con rapidez es esencial. Así que más allá de la obligación legal, el lema ahora es: "Voluntarios, ¡adelante!"

Hago un llamamiento aquí, especialmente como Gauleiter de Berlín, a mis vecinas berlinesas. Ellas ya han dado en el transcurso de esta guerra tantos nobles ejemplos de una actitud valiente ante la vida, que no se abochornarán ante este reto. Se han granjeado un buen nombre en el mundo entero gracias a su estilo de vida práctico, así como su buen humor incluso durante la guerra. Esta buena reputación debe ser mantenida y reforzada con una gran obra. Cuando apelo a mis conciudadanas berlinesas para ofrecerse para un trabajo importante para la guerra rápidamente, inmediatamente y sin muchas objeciones, yo sé que todas seguirán este llamamiento. Ahora no debemos quejarnos de las dificultades diarias, o ponernos malas caras; sino comportarnos no sólo como lo hacen los berlineses sino también los alemanes: poniendonos a trabajar, actuando, tomando la iniciativa, haciendo algo, y no dejando todo a los demás para que lo hagan ellos.

¿Qué mujer alemana se atrevería a no escuchar tal llamamiento en beneficio de los combatientes en el frente? ¿Quién querría ahora anteponer una comodidad personal a la llamada del deber nacional? ¿Quién querría, aún todavía, pensar en sus propias necesidades egoístas ante la gran amenaza a la que estamos expuestos, y no en las necesidades de la guerra que están por encima de todo?

Rechazo con desprecio la acusación que nos dirigen nuestros enemigos, según los cuales todo esto no es más que una imitación del bolchevismo. Nosotros no queremos imitar al bolchevismo, sino vencerle, como hicimos en nuestra lucha por el poder. La mujer alemana es la primera en comprender esto, porque hace ya tiempo que ha reconocido que la guerra que hoy sostienen nuestros hombres es, ante todo, una guerra por la salvación de sus hijos. Su posesión más sagrada es defendida en esta guerra con la valiosa sangre de nuestro pueblo. Con esta lucha de los hombres debe la mujer alemana proclamar su propia solidaridad.
Ella debe unirse, mejor hoy que pasado mañana, a los millones de trabajadores, para aumentar con su propia persona el ejército de la patria trabajadora. Debe atravesar el pueblo alemán como un río de buena disposición. Espero que ahora se presenten, en las oficinas de trabajo,

innumerables mujeres y, sobre todo, también hombres que no hacían hasta ahora, todavía, ningún trabajo importante para la guerra. Quien da rápido, da el doble.

Al mismo tiempo se están realizando amplias fusiones, como ya ha informado la prensa con más detalle. Atañe, sobre todo, a la banca y a las aseguradoras, al fisco, a los periódicos y revistas que no son esenciales para la guerra; atañe a las empresas del Partido y de administración prescidibles para la guerra, pero todavía hace falta una mayor simplificación de la manera de vida de nuestro pueblo. Yo sé que, para ello, grandes partes de nuestro pueblo tiene que hacer grandes sacrificios. Comprendo estos sacrificios, y el gobierno procura limitarlos al mínimo. Pero, algo quedará y deberá soportarse. Después de la guerra, aquello que eliminamos, lo reconstruiremos más grande y más bonito que nunca y, para ello, el Estado prestara su mano amiga.

En esta relación, me opongo energicamente a la afirmación de que con nuestras medidas se pretende la eliminación de la clase media o una monopolización de la economía. Después de la guerra la clase media se reinstalará de inmediato en gran medida socialmente y económicamente. Las medidas actuales son exclusivamente medidas de emergencia para cubrir los objetivos y necesidades de la guerra. No pretenden una reestructuración de la economía, sino que tienen sólo como objeto ayudar a conseguir la victoria de forma tan rapida y total como sea posible.

No discuto que todavía tenemos por delante semanas angustiosas en lo que se refiere a la realización de las medidas que acabo de describir; pero nos darán un respiro. Estamos poniendo los cimientos para el próximo verano, y nos ponemos a trabajar sin prestar atención alguna a las amenazas y fanfarronadas del enemigo. Me alegra poder presentar este programa para la victoria al pueblo alemán que no sólo, de buena gana, hace suyas estas medidas, sino que las pide con incluso más apremio que durante el curso de la guerra. (Aplauso fragoroso). ¡El pueblo quiere que se actúe de forma rápida y radical! ¡Ya es la hora! Debemos aprovechar el momento para protegernos de futuras sorpresas. Me dirijo con este llamamiento a todo el pueblo alemán, especialmente, sin embargo, al Partido, como guía designada para la conducción interna de la guerra. No se encuentra por primera vez ante una misión tan gigante. Llevará a su fin esta misión con su característico brío revolucionario. Acabará lo antes posible con la inercia e indolencia que se muestren aquí y allá. El Estado ha promulgado sus leyes marco y promulgará más en los próximos días y semanas. Las trivialidades que no son atendidas en estas leyes marco, deben ser realizadas por el propio pueblo bajo el liderazgo del Partido. Por encima de todo lo que ahora emprendemos, es aplicable a todos el deber moral de no hacer nada que perjudique a la guerra, y hacer todo lo que ayude a la victoria.

Durante los últimos años nos hemos referido, a menudo, en nuestros periódicos y discursos al ejemplo de Federico el Grande. No teníamos ningún derecho a hacerlo. Federico II, durante la Tercera Guerra de Silesia, durante un tiempo, tuvo cinco millones de prusianos, según Schlieffen, frente a noventa millones de europeos; y en el segundo de siete años infernales, sufrió una derrota que sacudio Prusia hasta en los cimientos. Nunca tuvo suficientes soldados y armas, como para atacar sin

gran riesgo. Su estrategia era siempre la de la improvisación. Pero, siguió el principio: atacar al enemigo allí donde se le presentara la oportunidad, allí donde se le apareciera. Que él sufriera derrotas, no fue lo que lo decidió todo. Lo que lo decidió todo fue, más bien, que el Gran Rey en todos los golpes del destino permaneció entero, que sobrellevó imperturbable la oscilante fortuna de la guerra, y que su fuerte corazón supero todos los peligros. Después de siete años, él, un anciano de cincuenta y un años, desdentado, enfermo de gota, y atormentado por mil dolores, quedó como vencedor en el devastado campo de batalla.

¿Con qué debemos compararnos a él? A lo sumo, igualarnos a él en la voluntad y la decisión, cuando lo pida el momento, como él, permanecer imperturbable en todos los cambios del destino, cómo él, conseguir la victoria incluso bajo las circunstancias más desfavorables, y nunca dudar de la gran causa que defendemos.

Estoy convencido de que la nación alemana ha sido iluminada por el trágico golpe de Stalingrado. Ha visto la cara trágica y despiadada de la guerra. Conoce ahora la verdad cruel y está dispuesto a seguir al Führer en los buenos y en los malos momentos. Tenemos valientes y leales aliados a nuestro lado.

(Entusiasmada se levanta la muchedumbre al unísono canto infinito de: "¡El Führer ordena, y nosotros le obedecemos! ¡Salud a nuestro Führer! Durante varios minutos, el Ministro no pude proseguir.)

El pueblo italiano..., bajo la dirección de su gran Duce, continuará a nuestro lado, recorriendo el camino hacia la victoria. La doctrina fascista lo ha preparado para las grandes pruebas del destino. Además, en el Asia Oriental, el valeroso pueblo japonés... asesta golpe tras golpe a las potencias anglosajonas. Así, pues, estas tres grandes potencias proseguirán con sus aliados la lucha contra la tiranía plutocrática y contra la amenaza bolchevique. ¿Qúe puede ocurrirnos si nos enfrentamos a las duras pruebas de la guerra con firme determinación? Nadie, entre nosotros, duda que la victoria será nuestra.

Mientras que en el frente del Este continúan nuestras tropas conteniendo en terribles batallas defensivas el ataque de la estepa, prosiguen nuestros submarinos su acción eficaz en todos los mares del mundo, y causan pérdidas al tonelaje enemigo que no pueden ser compensadas ni remotamente con las nuevas construcciones. ¡Y el próximo verano, el enemigo conocerá nuestra potencia ofensiva! El pueblo alemán está decidido a utilizar todas sus fuerzas para ofrecerle al Führer los recursos necesarios para realizarla. ¡Esa es la obligación de este momento!

Me estoy acercando al final. La Prensa inglesa y norteamericana se ocupa en estos días, extensamente, de la actitud del pueblo alemán. Como se sabe, los ingleses conocen al pueblo alemán mucho mejor que nosotros, sus propios gobernantes. Ellos nos dan hipócritamente consejos sobre que deberíamos hacer o no hacer; siempre con la idea equivocada de que el pueblo alemán de hoy es igual al pueblo alemán de noviembre de 1918 cuando se dejó seducir por sus ardides. No necesito mostrar las pruebas

contra esta afirmación. Las pruebas las ofrece cada día el pueblo alemán, luchador y trabajador.

Para llegar a la pura verdad, camaradas alemanes y alemanas, quisera dirigiros una serie de preguntas que debéis responderme según vuestro mejor conocimiento y conciencia. Cuando el público me mostró espontáneamente su aprobación de mis peticiones del 30 de enero, la prensa inglesa, es decir, los judíos, afirmó al día siguiente que había sido un espectáculo propagandístico, y que no corresponde de ninguna manera con la verdadera opinión del pueblo alemán, que los judíos conocen mejor que nosotros. (Gritos espontáneos de disgusto: ¡Pfui! ¡Mentira! ¡Qué vengan aquí! ¡Se van a enterar de quienes somos!

Hoy he invitado a esta reunión a una muestra representativa de todo el pueblo alemán. Delante de mí están sentados filas de heridos del frente Este, con piernas y brazos amputados... (La enumeración del Ministro es recibida con una fragorosa aceptación que se manifiesta en un interminable aplauso y gran aprobación hacia los representantes del ejército presentes en el Palacio de los Deportes), con heridas de bala, que han perdido la vista, que han venido con las enfermeras de la Cruz Roja, hombres en su plena juventud que, ante sí, tienen sus muletas. Entre todos ellos, cuento cincuenta que han recibido la Hoja de Roble y la Cruz de Hierro; unos excelentes representantes de nuestro frente combativo. Detrás de ellos destata un grupo de trabajadores y trabajadores de las empresas de tanques en Berlín. Más atrás, se sientan hombres de la organización del Partido, soldados del guerrero ejército alemán, doctores, economistas, artistas, ingenieros y arquitectos, profesores, funcionarios y empleados de oficinas, una orgullosa representación de nuestra vida intelectual en todas sus capas, a quienes, justo ahora en la guerra, el Reich debe gran inventiva y genio humano. Repartidos por todo lo redondo del Palacio de los Deportes, veo miles de mujeres alemanas; la juventud está aquí representada y los ancianos. Ninguna clase social, ninguna profesión y ninguna edad quedó fuera de la invitación; bueno, ¡los judíos no están aquí representados! Por lo tanto, puedo decir con derecho y acertadamente: que delante de mí se encuentra una muestra representativa del pueblo alemán en el frente y en la patria. ¿Es verdad? ¿Sí o no?

(El Palacio de los Deportes experimenta, en el momento de esta pregunta, algo como, sólo en momemtos especiales de la vida nacional, ha vivido este viejo lugar de lucha del nacionalsocialismo. El público salta de sus asientos como electrizada. Miles de voces resuenan como un huracán por todo el Palacio de Deportes. Lo que experimentan los participantes de este mitin es un referendum popular y una expresión de la voluntad que no puede ser más espontáneo.)

Por lo tanto, vosotros, público mío, representáis en este momento a la nación; y, a vosotros, quisiera dirigir diez preguntas que vosotros me debéis responder, junto al pueblo alemán, ante el mundo entero, especialmente ante nuestros enemigos que también nos oyen por la radio. ¿Queréis?

(Sólo con dificultad el Ministro puede hacerse oir en las preguntas que siguen ahora. El público se encuentra en un estado de exaltación; las preguntas caen como cuchillos puntiagudos. Todos sienten como si se les preguntase personalmente. Con supremo interés y excitación responde el

público a cada pregunta. El Palacio de los deportes resuena con un único grito de aprobación.)

Afirman los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la fe en la victoria.

Yo os pregunto: ¿Creéis con el Führer y con nosotros en la victoria total y definitiva de las armas alemanas?

Yo os pregunto: ¿Estáis decididos a seguir al Führer en la lucha por la victoria, en los buenos y en los malos momentos, y no obstante las más duras pruebas personales a que séais sometidos?

Segunda: Aseguran los ingleses que el pueblo alemán está cansado de luchar.

Yo os pregunto: ¿Estáis dispuestos, junto al Führer como falange de la patria, apoyando al ejército combatiente, a continuar esta lucha con decisión inquebrantable, a través de todas las visicitudes del destino, hasta que la victoria esté en nuestras manos?

Tercera: Afirman los ingleses que el pueblo alemán ya no quiere aceptar las crecientes demandas de la guerra que de él exige el Gobierno.

Yo os pregunto: ¿Soldados, trabajadores y trabajadoras, estáis, y está el pueblo alemán decidido, si el Führer así lo ordenara, a trabajar diariamente diez, doce y si fuera preciso, catorce o hasta diez y seis horas, y darlo todo por la victoria?

Cuarta: Aseguran los ingleses que el pueblo alemán se defiende contra las medidas de guerra total del Gobierno; que no desea la guerra, sino la capitulación.

(Gritos de: ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!)

Yo os pregunto: ¿Queréis vosotros la guerra total?

(Clamor: "Sí, sí, sí" - Aplausos)

¿ La deseáis, si fuera preciso, en forma aún más radical y total de lo que hoy nos podemos incluso imaginar?
(Clamor: "Sí" Aplausos)

Quinta: Sostienen los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la fe en el Führer.

(Clamor: "¡Guerra, guerra, guerra!")

Yo os pregunto: ...

(La muchedumbre se levanta como un solo hombre. Demuestra un entusiasmo sin precedentes.
Miles de voces se unen y gritan: "¡El Führer ordena, nosotros le obedecemos!"

Una ola con un sólo clamor de "¡Sieg Heil!" fluye por el recinto. Como si fuera una orden, las banderas y los estandartes ondean en lo alto como la más grande explosión de un momento en que la muchedumbre honra el Führer.)

Yo os pregunto: ¿Confiáis en el Führer? (El público clama: "¡Sí!") ¿Es vuestra confianza en el Führer más grande, más fiel e inquebrantable que nunca? ¿Es vuestra disposición a seguirle allá donde vaya, y a hacer todo lo que sea necesario para culminar la guerra en un final victorioso, una disposición absoluta e incondicional?

(Aplausos)

Yo os pregunto como la sexta: ¿Estáis dispuestos a, de ahora en adelante, contribuir con todas vuestras fuerzas para proporcionar al Frente, a nuestros padres y hermanos, los hombres y armas que necesite para derrotar al Bolchevismo? ¿Estáis preparados para éso?

Yo os pregunto como séptima: ¿Prometéis solemnemente al Frente que la patria le respaldará siempre con moral firme y que le dará todo lo que necesita para alcanzar la victoria?

Yo os pregunto como octava: ¿Queréis todos, y especialmente vosotras, las mujeres, que el Gobierno se encargue de que también la mujer alemana ofrezca su energía para la guerra, y que intervenga, sobre todo allí donde sea posible, para dejar disponibles hombres para el Frente, y así, ayudar a vuestros maridos en el Frente? ¿Queréis eso?

Yo os pregunto como novena: ¿Aprobáis, cuando sea necesario, la adopción de las más radicales medidas contra un pequeño grupo de reacios y especuladores que en medio de la guerra actúan como en tiempos de paz, y que pretenden aprovecharse en propio beneficio de las necesidades del pueblo? ¿Estáis conformes con que aquel que cometa un delito contra la guerra pierda la cabeza?

Yo os pregunto como décima y última: ¿Queréis, como el Programa del Partido nacionalsocialista propugna, que existan en la guerra los mismos derechos y las mismas obligaciones para todos, que la patria, solidariamente, cargue sobre sus hombros con las cargas más pesadas, y que las distribuya por igual entre los que están arriba y los que están abajo; entre los pobres y los ricos? ¿Queréis eso?

Os he preguntado; me habéis dado vuestras respuestas. Sóis parte del pueblo y por vuestra boca ha hablado y definido su actitud el pueblo alemán. Les habéis dicho a nuestros enemigos lo que deben saber para que no se hagan ilusiones o falsas ideas.

De esta manera, como en las primeras horas de nuestro gobierno y durante los diez años que siguieron, estamos firmemente unidos en hermandad con el pueblo alemán. El más poderoso aliado en la tierra, el pueblo mismo, nos respalda y está decidido a luchar, con el Führer, cueste lo que cueste, aceptando incluso los mayores sacrificios hasta alcanzar la victoria.

¿Qué potencia internacional podría ahora evitar que realicemos y cumplamos el objetivo que nos hemos puesto? Ahora lo conseguiremos, y debemos conseguirlo. Yo me encuentro ante vosotros no sólo como el portavoz del Gobierno, sino como el portavoz del pueblo. Alrededor mío, se sientan viejos amigos del Partido que ejercen altos cargos en la dirección del pueblo y del Estado. Junto a mí, está el camarada del Partido Speer, quien ha recibido del Führer la misión histórica de mobilizar la industria de armamento, y de proveer al frente todas las armas que necesite. Junto a mí, está el camarada Dr. Ley, quien ha recibido del Führer la misión de dirigir la mano de obra alemana, y adiestrarla e instruirla en su infatigable trabajo para cumplir con sus obligaciones frente a la guerra. Nos sentimos profundamente agradecidos al camarada Sauckel, que ha recibido del Führer la misión de traer al Reich innumerables centenares de miles de trabajadores para respaldar nuestra economía nacional, una cosa que el enemigo no puede hacer. Además, están con nosotros todos los jefes del Partido, del ejército y del Gobierno.

Todos nosotros, hijos del pueblo, ligados con el pueblo en el más solemne momento de nuestro destino histórico, os prometemos, prometemos al Frente, y prometemos al Führer que, en la patria, forjaremos una voluntad de hierro en la que el Führer y sus aguerridos soldados pueden en todo momento confiar ciegamente. Nos comprometemos, en nuestra vida y trabajo, a hacer todo lo necesario para la victoria. Queremos rellenar nuestros corazones con la anterior pasión histórica que siempre nos consumió, como un fuego imperecedero, en las grandes batallas del Partido y del Estado. No queremos, en esta guerra, caer presa del anterior falso e hipócrita objetivismo al que debe, nuestra nación alemana tanta desgracia en su historia.

Cuando esta guerra comenzó, sólo dirigimos nuestros ojos a nuestra nación. Lo que os sirve a vosotros y a vuestras vidas, es bueno, y debe ser mantenido y apoyado. Lo que os perjudica a vosotros y a vuestras vidas, es malo,y debe ser apartado y eliminado. Con el corazón encendido y la cabeza fría queremos tratar los grandes problemas de este momento de la guerra. Estamos en el camino de la victoria final; la victoria descansa en nuestra fe en el Führer.

En esta noche, otra vez, presento ante los ojos de la nación sus grandes obligaciones. El Führer espera de nosotros un rendimiento que empequeñezca todo lo que hasta ahora se ha hecho. Nosotros no queremos fallarle. De la misma manera que nosotros estamos orgullosos de él, él debe poder estarlo de nosotros.

En las grandes crisis y conmociones de la vida nacional, se demuestra quienes son los verdaderos hombres, y, también, las verdaderas mujeres. En esto, no se tiene el derecho de hablar del sexo débil, aquí ambos sexos demuestran la misma capacidad para la lucha, y fortaleza espiritual. La nación está preparada para todo. El Führer ha ordenado, nosotros le obedeceremos.

Si alguna vez hemos creido, leal e inquebrantablemente, en la victoria, es, entonces, en este momento de reflexión nacional y ánimo. La tenemos a mano, sólo tenemos que agarrarla. Debemos sólo sacar la fuerza de

decisión, para subordinar todo lo demás a su servicio. Esa es la orden en este momento; y, por eso, la consigna a partir de ahora es:
"Compatriotas, ¡levantáos y que se desate la tormenta!"

(Las palabras finales del Ministro de Propaganda se perdieron en el estruendo de aplausos y clamores interminables)

Texto en inglés:

http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/goeb36.htm

Texto en italiano:

http://www.thule-italia.net/Storia/Immagini%20Popolo/PopoloSorgi.html

Texto en alemán:

http://ia301132.us.archive.org/3/items/WolltIhrDenTotalenKrieg/GoebbelsJoseph-Rede-WolltIhrDenTotalenKrieg194315S..pdf

Nun, Volk, steh auf, und Sturm brich los!

Rede im Berliner Sportpalast 18. Februar 1943 von Dr. Joseph Goebbels:

Es ist jetzt knapp drei Wochen her, dass ich das letzte Mal bei Gelegenheit der Verlesung der Proklamation des Führers zum Zehnjahrestag der Machtergreifung von dieser Stelle aus zu Ihnen und zum deutschen Volke gesprochen habe. Die Krise, in der sich unsere Ostfront augenblicklich befindet, stand damals auf dem Höhepunkt. Wir hatten uns im Zeichen des harten Unglücksschlages, von dem die Nation im Kampf um die Wolga betroffen wurde, am 30. Januar dieses Jahres zusammengefunden zu einer Kundgebung der Einheit, der Geschlossenheit, aber auch der festen Willenskraft, mit den Schwierigkeiten, die dieser Krieg in seinem vierten Jahre vor uns auftürmt, fertig zu werden.
Es war für mich und wohl auch für Sie alle erschütternd, einige Tage später zu vernehmen, dass die letzten heldenhaften Kämpfer von Stalingrad, in dieser Stunde durch die Ätherwellen mit uns verbunden, an unserer erhebenden Sportpalastkundgebung teilgenommen haben. Sie funkten in ihrem Schlussbericht, dass sie die Proklamation des Führers vernommen und vielleicht zum letzten Male in ihrem Leben mit uns zusammen mit erhobenen Händen die Nationalhymen gesungen hätten. Welch eine Haltung deutschen Soldatentums in dieser großen Zeit! Welche Verpflichtung aber schließt diese Haltung auch für uns alle, insbesondere für die ganze deutsche Heimat in sich ein! Stalingrad war und ist der große Alarmruf des Schicksals an die deutsche Nation. Ein Volk, das die Stärke besitzt, ein solches Unglück zu ertragen und auch zu überwinden, ja, daraus noch zusätzliche Kraft zu schöpfen, ist unbesiegbar. Das Gedächtnis an die Helden von Stalingrad soll also auch heute bei meiner Rede vor Ihnen und vor dem deutschen Volke eine tiefe Verpflichtung mich und für uns alle sein.
Ich weiß nicht, wie viele Millionen Menschen, über die Ätherwellen mit uns verbunden, heute Abend an der Front und in der Heimat an dieser Kundgebung teilnehmen und meine Zuhörer sind. Ich möchte zu Ihnen allen aus tiefstem Herzen zum tiefsten Herzen sprechen. Ich glaube, das gesamte deutsche Volk ist mit heißer Leidenschaft bei der Sache, die ich Ihnen heute Abend vorzutragen habe. Ich will deshalb meine Ausführungen auch mit dem ganzen heiligen Ernst und dem offenen Freimut, den die Stunde von uns erfordert, ausstatten. Das im Nationalsozialismus erzogene, geschulte und disziplinierte deutsche Volk kann die volle Wahrheit vertragen. Es weiß, wie schwierig es um die Lage des Reiches bestellt ist, und seine Führung kann es deshalb gerade auch auffordern, aus der Bedrängtheit der Situation die nötigen harten, ja auch härtesten Folgerungen zu ziehen. Wir Deutschen sind gewappnet gegen Schwäche und Anfälligkeit, und Schläge und Unglücksfälle des Krieges verleihen uns nur zusätzliche Kraft, feste Entschlossenheit und eine seelische und kämpferische Aktivität, die bereit ist, alle Schwierigkeiten und Hindernisse mit revolutionärem Elan zu überwinden.
Es ist jetzt nicht der Augenblick, danach zu fragen, wie alles gekommen ist. Das wird einer späteren Rechenschaftslegung überlassen bleiben, die in voller Offenheit erfolgen soll und dem deutschen Volke und der Weltöffentlichkeit zeigen wird, dass das Unglück, das uns in den letzten Wochen betroffen hat, seine tiefe, schicksalhafte Bedeutung besitzt. Das große Heldenopfer, das unsere Soldaten in Stalingrad brachten, ist für die ganze Ostfront von einer ausschlaggebenden geschichtlichen Bedeutung gewesen. Es war nicht umsonst. Warum, das wird die Zukunft beweisen.
Wenn ich nunmehr über die jüngste Vergangenheit hinaus den Blick wieder nach vorne lenke, so tue ich das mit voller Absicht. Die Stunde drängt! Sie läßt keine Zeit mehr offen für fruchtlose Debatten. Wir müssen handeln, und zwar unverzüglich, schnell und gründlich, so wie es seit jeher nationalsozialistische Art gewesen ist.
Von ihrem Anfang an ist die Bewegung in den vielen Krisen, die sie durchzustehen und durchzukämpfen hatte, so verfahren. Und auch der nationalsozialistische Staat hat sich, wenn eine Bedrohung vor ihm auftauchte, ihr mit entschlossener Willenskraft entgegen geworfen. Wir gleichen nicht dem Vogel Strauß, der den Kopf in den Sand steckt, um die Gefahr nicht zu sehen. Wir sind mutig genug, sie unmittelbar ins Auge zu nehmen, sie kühl und rücksichtslos abzumessen

und ihr dann erhobenen Hauptes und mit fester Entschlusskraft entgegenzutreten. Erst dann entwickelten wir als Bewegung und als Volk immer auch unsere höchsten Tugenden, nämlich einen wilden und entschlossenen Willen, die Gefahr zu brechen und zu bannen, eine Stärke des Charakters, die alle Hindernisse überwindet, zähe Verbissenheit in der Verfolgung des einmal erkannten Zieles und ein ehernes Herz, das gegen alle inneren und äußeren Anfechtungen gewappnet ist. So soll es auch heute sein. Ich habe die Aufgabe, Ihnen ein ungeschminktes Bild der Lage zu entwerfen und daraus die harten Konsequenzen für das Handeln der deutschen Führung, aber auch für das Handeln des deutschen Volkes zu ziehen.

Wir durchleben im Osten augenblicklich eine schwere militärische Belastung. Diese Belastung hat zeitweilig größere Ausmaße angenommen und gleicht, wenn nicht in der Art der Anlage, so doch in ihrem Umfang der des vergangenen Winters. Über ihre Ursachen wird später einmal zu sprechen sein. Heute bleibt uns nichts anderes übrig, als ihr Vorhandensein festzustellen und die Mittel und Wege zu überprüfen und anzuwenden bzw. einzuschlagen, die zu ihrer Behebung führen. Es hat deshalb auch gar keinen Zweck, diese Belastung selbst zu bestreiten. Ich bin mir zu gut dazu, Ihnen ein täuschendes Bild der Lage zu geben, das nur zu falschen Folgerungen führen könnte und geeignet wäre, das deutsche Volk in eine Sicherheit seiner Lebensführung und seines Handelns einzuwiegen, die der gegenwärtigen Situation durchaus unangepasst wäre.

Der Ansturm der Steppe gegen unseren ehrwürdigen Kontinent ist in diesem Winter mit einer Wucht losgebrochen, die alle menschlichen und geschichtlichen Vorstellungen in den Schatten stellt. Die deutsche Wehrmacht bildet dagegen mit ihren Verbündeten den einzigen überhaupt in Frage kommenden Schutzwall. Der Führer hat schon in seiner Proklamation zum 30. Januar mit ernsten und eindringlichen Worten die Frage aufgeworfen, was aus Deutschland und aus Europa geworden wäre, wenn am 30. Januar 1933 statt der nationalsozialistischen Bewegung ein bürgerliches oder ein demokratisches Regime die Macht übernommen hätte! Welche Gefahren wären dann, schneller als wir es damals ahnen konnten, über das Reich hereingebrochen, und welche Abwehrkräfte hätten uns noch zur Verfügung gestanden, um ihnen zu begegnen? Zehn Jahre Nationalsozialismus haben genügt, das deutsche Volk über den Ernst der schicksalhaften Problematik, die aus dem östlichen Bolschewismus entspringt, vollkommen aufzuklären. Man wird jetzt auch verstehen, warum wir unsere Nürnberger Parteitage so oft unter das Signum des Kampfes gegen den Bolschewismus gestellt haben. Wir erhoben damals unsere warnende Stimme vor dem deutschen Volk und vor der Weltöffentlichkeit, um die von einer Willens- und Geisteslähmung ohnegleichen befallene abendländische Menschheit zum Erwachen zu bringen und ihr die Augen zu öffnen für die grauenerregenden geschichtlichen Gefahren, die aus dem Vorhandensein des östlichen Bolschewismus erwachsen, der ein Volk von fast 200 Millionen dem jüdischen Terror dienstbar gemacht hatte und es zum Angriffskrieg gegen Europa vorbereitete.

Als der Führer die deutsche Wehrmacht am 22. Juni 1941 im Osten zum Angriff antreten ließ, waren wir uns alle im Klaren darüber, dass damit überhaupt der entscheidende Kampf dieses gigantischen Weltringens anbrach. Wir wussten, welche Gefahren und Schwierigkeiten er für uns mit sich bringen würde. Wir waren uns aber auch klar darüber, dass die Gefahren und Schwierigkeiten bei längerem Zuwarten nur wachsen, niemals aber abnehmen könnten. Es war zwei Minuten vor zwölf. Ein weiteres Zögern hätte leicht zur Vernichtung des Reiches und zur vollkommenen Bolschewisierung des europäischen Kontinents geführt.

Es ist verständlich, dass wir bei den groß angelegten Tarnungs- und Bluffmanövern des bolschewistischen Regimes das Kriegspotential der Sowjetunion nicht richtig eingeschätzt haben. Erst jetzt offenbart es sich uns in seiner ganzen wilden Größe. Dementsprechend ist auch der Kampf, den unsere Soldaten im Osten zu bestehen haben, über alle menschlichen Vorstellungen hinaus hart, schwer und gefährlich. Er erfordert die Aufbietung unserer ganzen nationalen Kraft. Hier ist eine Bedrohung des Reiches und des europäischen Kontinents gegeben, die alle bisherigen Gefahren des Abendlandes weit in den Schatten stellt. Würden wir in diesem Kampf versagen, so verspielten wir damit überhaupt unsere geschichtliche Mission. Alles, was wir bisher aufgebaut und geleistet haben, verblasst angesichts der gigantischen Aufgabe, die hier der deutschen Wehrmacht unmittelbar und dem deutschen Volke mittelbar gestellt ist.

Ich wende mich in meinen Ausführungen zuerst an die Weltöffentlichkeit und proklamiere ihr gegenüber drei Thesen unseres Kampfes gegen die bolschewistische Gefahr im Osten.

Die erste dieser drei Thesen lautet: Wäre die deutsche Wehrmacht nicht in der Lage, die Gefahr aus dem Osten zu brechen, so wäre damit das Reich und in kurzer Folge ganz Europa dem Bolschewismus verfallen

Die zweite dieser Thesen lautet: Die deutsche Wehrmacht und das deutsche Volk allein besitzen mit ihren Verbündeten die Kraft, eine grundlegende Rettung Europas aus dieser Bedrohung durchzuführen.
Die dritte dieser Thesen lautet: Gefahr ist im Verzuge. Es muss schnell und gründlich gehandelt werden, sonst ist es zu spät.
Zur ersten These habe ich im Einzelnen zu bemerken: Der Bolschewismus hat seit jeher ganz offen das Ziel proklamiert, nicht nur Europa, sondern die ganze Welt zu revolutionieren und sie in ein bolschewistisches Chaos zu stürzen. Dieses Ziel ist seit Beginn der bolschewistischen Sowjetunion seitens des Kremls ideologisch vertreten und praktisch verfochten worden. Es ist klar, dass Stalin und die anderen Sowjetgrößen, je mehr sie glauben, sich der Verwirklichung ihrer weltzerstörerischen Absichten zu nähern, umso mehr auch bestrebt sind, diese zu tarnen und zu verschleiern. Das kann uns nicht beirren. Wir gehören nicht zu jenen furchtsamen Gemütern, die wie das hypnotisierte Kaninchen auf die Schlange schauen, bis sie es verschlingt. Wir wollen die Gefahr rechtzeitig erkennen und ihr auch rechtzeitig mit wirksamen Mitteln entgegentreten. Wir durchschauen nicht nur die Ideologie, sondern auch die Praktiken des Bolschewismus, denn wir haben uns schon einmal mit ihnen, und zwar mit denkbar größtem Erfolg, auf innerpolitischem Felde auseinandergesetzt. Uns kann der Kreml nichts vormachen. Wir haben in einem vierzehnjährigen Kampf vor der Machtübernahme und in einem zehnjährigen Kampf nach der Machtübernahme seine Absichten und infamen Weltbetrugsmanöver demaskiert.
Das Ziel des Bolschewismus ist die Weltrevolution der Juden. Sie wollen das Chaos über das Reich und über Europa hereinführen, um in der daraus entstehenden Hoffnungslosigkeit und Verzweiflung der Völker ihre internationale, bolschewistisch verschleierte kapitalistische Tyrannei aufzurichten.
Was das für das deutsche Volk bedeuten würde, braucht nicht näher erläutert zu werden. Es würde mit der Bolschewisierung des Reiches eine Liquidierung unserer gesamten Intelligenz- und Führungsschicht und als Folge davon die Überführung der arbeitenden Massen in die bolschewistisch-jüdische Sklaverei nach sich ziehen. Man sucht in Moskau Zwangsarbeitsbataillone, wie der Führer in seiner Proklamation zum 30. Januar schon sagte, für die sibirischen Tundren. Der Aufstand der Steppe macht sich vor unseren Fronten bereit, und der Ansturm des Ostens, der in täglich sich steigender Stärke gegen unsere Linien anbrandet, ist nichts anderes als die versuchte Wiederholung der geschichtlichen Verheerungen, die früher schon so oft unseren Erdteil gefährdet haben.
Damit aber ist auch eine unmittelbare akute Lebensbedrohung für alle europäischen Mächte gegeben. Man soll nicht glauben, dass der Bolschewismus, hätte er die Gelegenheit, seinen Siegeszug über das Reich anzutreten, irgendwo an unseren Grenzen Halt machen würde. Er treibt eine Aggressionspolitik und Aggressionskriegführung, die ausgesprochen auf die Bolschewisierung aller Länder und Völker ausgeht. Papierene Erklärungen, die von Seiten des Kremls oder als Garantieverpflichtungen von Seiten Londons oder Washingtons gegen diese nicht zu bestreitenden Absichten abgegeben werden, imponieren uns nicht. Wir wissen, dass wir es im Osten mit einer infernalischen politischen Teufelei zu tun haben, die die sonst unter Menschen und Staaten üblichen Beziehungen nicht anerkennt. Wenn beispielsweise der englische Lord Beaverbrook erklärt, dass Europa dem Sowjetismus zur Führung überantwortet werden müsse, wenn ein maßgeblicher amerikanisch-jüdischer Journalist Brown diese These durch die zynische Verlautbarung ergänzt, dass eine Bolschewisierung Europas vielleicht überhaupt die Lösung unseres kontinentalen Problems darstellte, so wissen wir genau, was damit gemeint ist. Die europäischen Mächte stehen hier vor ihrer entscheidenden Lebensfrage. Das Abendland ist in Gefahr. Ob ihre Regierungen und ihre Intelligenzschichten das einsehen wollen oder nicht, ist dabei gänzlich unerheblich.
Das deutsche Volk jedenfalls ist nicht gewillt, sich dieser Gefahr auch nur versuchsweise preiszugeben. Hinter den anstürmenden Sowjetdivisionen sehen wir schon die jüdischen Liquidationskommandos, hinter diesen aber erhebt sich der Terror, das Gespenst des Millionenhungers und einer vollkommenen Anarchie. Hier erweist sich wiederum das internationale Judentum als das teuflische Ferment der Dekomposition, das eine geradezu zynische Genugtuung dabei empfindet, die Welt in ihre tiefste Unordnung zu stürzen und damit den Untergang jahrtausendealter Kulturen, an denen es niemals einen inneren Anteil hatte, herbeizuführen.
Wir wissen damit also, vor welcher geschichtlichen Aufgabe wir stehen. Eine zweitausendjährige Aufbauarbeit der abendländischen Menschheit ist in Gefahr. Man kann diese Gefahr gar nicht

ernst genug schildern, aber es ist auch bezeichnend, dass wenn man sie nur beim Namen nennt, das internationale Judentum in allen Ländern dagegen mit lärmenden Ausführungen Protest erhebt. So weit also ist es in Europa schon gekommen, dass man eine Gefahr nicht mehr eine Gefahr nennen darf, wenn sie eben vom Judentum ausgeht.
Das aber hindert uns nicht daran, die dazu notwendigen Feststellungen zu treffen. Wir haben das auch früher in unserem innerpolitischen Kampfe getan, als das kommunistische Judentum sich des demokratischen Judentums im "Berliner Tageblatt" und in der "Vossischen Zeitung" bediente, um eine Gefahr, die von Tag zu Tag drohender wurde, zu verniedlichen und zu bagatellisieren, um damit die von ihr bedrohten Teile unseres Volkes in Sicherheit einzuwiegen und ihre Abwehrkräfte einzuschläfern. Wir sähen, wenn wir dieser Gefahr nicht Herr würden, im Geiste schon das Gespenst des Hungers, des Elends und einer Millionenzwangsarbeit für das deutsche Volk heraufziehen, sähen den ehrwürdigsten Erdteil in seinen Grundfesten wanken und unter seinen Trümmern das geschichtliche Erbe der abendländischen Menschheit begraben. Das ist das Problem, vor dem wir stehen.
Meine zweite These lautet: Allein das Deutsche Reich mit seinen Verbündeten ist in der Lage, die eben geschilderte Gefahr zu bannen. Die europäischen Staaten einschließlich Englands behaupten, stark genug zu sein, einer Bolschewisierung des europäischen Kontinents, sollte sie einmal praktisch gegeben sein, rechtzeitig und wirksam entgegenzutreten. Diese Erklärung ist kindisch und verdient überhaupt keine Widerlegung. Sollte die stärkste Militärmacht der Welt nicht in der Lage sein, die Drohung des Bolschewismus zu brechen, wer brächte dann noch die Kraft dazu auf? (Hier antworten stürmische Rufe aus der im Sportpalast versammelten Menge: "Niemand!“) Die neutralen europäischen Staaten besitzen weder das Potential noch die militärischen Machtmittel noch die geistige Einstellung ihrer Völker, um dem Bolschewismus auch nur den geringsten Widerstand entgegenzusetzen. Sie würden im Bedarfsfall von seinen motorisierten Roboterdivisionen in wenigen Tagen überfahren werden. In den Hauptstädten der mittleren und kleinen europäischen Staaten tröstet man sich mit der Absicht, man müsse sich gegen die bolschewistische Gefahr seelisch rüsten. (Heiterkeit.) Das erinnert verzweifelt an die Erklärungen der bürgerlichen Mittelparteien aus dem Jahre 1932, dass der Kampf gegen den Kommunismus nur mit geistigen Waffen ausgefochten und gewonnen werden könne. Diese Behauptung war uns auch damals zu albern, als dass wir uns damit auseinandergesetzt hätten.
Der östliche Bolschewismus ist nicht nur eine terroristische Lehre, sondern auch eine terroristische Praxis. Er verfolgt seine Ziele und Zwecke mit einer infernalischen Gründlichkeit, unter restloser Ausschöpfung seines inneren Potentials und ohne jede Rücksichtnahme auf Glück, Wohlstand und Frieden der von ihm unterjochten Völkerschaften. Was wollten England und Amerika tun, wenn der europäische Kontinent im gröbsten Unglücksfall dem Bolschewismus in die Arme fiele? Will man Europa von London aus vielleicht einreden, dass eine solche Entwicklung an der Kanalgrenze Halt machen würde? Ich habe schon einmal darauf hingewiesen, dass der Bolschewismus seine Fremdenlegionen auf dem Boden aller demokratischen Staaten bereits in den kommunistischen Parteien stehen hat. Keiner dieser Staaten kann von sich behaupten, gegen eine innere Bolschewisierung immun zu sein. Eine jüngst vorgenommene Nachwahl zum englischen Unterhaus ergab, dass der unabhängige, d.h. kommunistische Kandidat in einem Wahlkreis, der bisher unumschränkte Domäne der Konservativen war, von insgesamt 22371 Stimmen 10741 erhielt, das heißt, dass die Rechtsparteien allein in diesem einen Kreise im Verlaufe von nur kurzer Zeit rund 10000, also die Hälfte aller Wählerstimmen an die Kommunisten verloren, ein Beweis mehr dafür, dass die bolschewistische Gefahr auch in England gegeben ist und dass sie nicht dadurch gebannt wird, dass man sie nicht sehen will. Alle territorialen Verpflichtungen, die die Sowjetunion auf sich nimmt, besitzen in unseren Augen keinen effektiven Wert. Der Bolschewismus pflegt seine Grenzen auch ideologisch und nicht nur militärisch zu ziehen, und darin ist eben seine über die Grenzen der Völker hinwegspringende Gefahr gegeben. Die Welt hat also nicht die Wahl zwischen einem in seine alte Zersplitterung zurückfallenden und einem unter der Achsenführung sich neu ordnenden Europa, sondern nur die zwischen einem unter dem militärischen Schutz der Achse stehenden und einem bolschewistischen Europa.
Darüber hinaus bin ich der festen Überzeugung, dass die lamentierenden Lords und Erzbischöfe in London überhaupt nicht einmal die Absicht haben, der bolschewistischen Gefahr, die bei einem weiteren Vordringen der Sowjetarmeen für die europäischen Staaten gegeben wäre, praktisch entgegenzutreten. Das Judentum hat die angelsächsischen Staaten geistig und politisch schon so tief durchdrungen, dass sie diese Gefahr überhaupt nicht mehr sehen und wahr haben wollen. Wie

es sich in der Sowjetunion bolschewistisch tarnt, so tarnt es sich in den angelsächsischen Staaten plutokratisch-kapitalistisch. Die Methoden der Mimikry sind bei der jüdischen Rasse bekannt. Sie geht seit jeher darauf aus, ihre Gastvölker einzuschläfern und damit ihre Abwehrkräfte gegen von ihr stammende akute und lebensgefährdende Bedrohungen zu lähmen. (Zurufe aus der Menge: "Wir haben sie erlebt!") Unsere Einsicht in diese Problematik hat uns schon früh die Erkenntnis vermittelt, dass das Zusammengehen zwischen internationaler Plutokratie und internationalem Bolschewismus durchaus keinen Widersinn, sondern einen tiefen und ursächlichen Sinn darstellt. Über unser Land hinweg reichen sich bereits das westeuropäische scheinzivilisierte Judentum und das Judentum des östlichen Ghettos die Hände. Damit ist Europa in Todesgefahr.

Ich schmeichle mir nicht, mit diesen Ausführungen die öffentliche Meinung in den neutralen oder gar in den feindlichen Staaten alarmieren zu können. Das ist auch nicht ihr Zweck und ihre Absicht. Ich weiß, dass die englische Presse morgen mit einem wütenden Gekläff über mich herfallen wird, ich hätte angesichts unserer Belastung an der Ostfront die ersten Friedensfühler ausgestreckt. (Stürmisches Gelächter.) Davon kann überhaupt keine Rede sein. In Deutschland denkt heute kein Mensch an einen faulen Kompromiss, das ganze Volk denkt nur an einen harten Krieg. Ich beanspruche aber als ein verantwortlicher Sprecher des führenden Landes dieses Kontinents für mich das souveräne Recht, eine Gefahr eine Gefahr zu nennen, wenn sie nicht nur unser eigenes Land, sondern unseren ganzen Erdteil bedroht. Als Nationalsozialisten haben wir die Pflicht, Alarm zu schlagen gegen die versuchte Chaotisierung des europäischen Kontinents durch das internationale Judentum, das sich im Bolschewismus eine terroristische Militärmacht aufgebaut hat, deren Bedrohlichkeit überhaupt nicht überschätzt werden kann.

Die dritte These, die ich hier näher erläutern will, ist die, dass Gefahr unmittelbar im Verzuge ist. Die Lähmungserscheinungen der westeuropäischen Demokratien gegen ihre tödlichste Bedrohung sind herzbeklemmend. Das internationale Judentum fördert sie mit allen Kräften. Genau so, wie der Widerstand gegen den Kommunismus in unserem Kampf um die Macht in unserem eigenen Lande von den jüdischen Zeitungen künstlich eingeschläfert und nur durch den Nationalsozialismus wieder erweckt wurde, genau so ist das heute bei den anderen Völkern der Fall. Das Judentum erweist sich hier wieder einmal als die Inkarnation des Bösen, als plastischer Dämon des Verfalls und als Träger eines internationalen kulturzerstörerischen Chaos.

Man wird, um das hier nur zu erwähnen, in diesem Zusammenhang auch unsere konsequente Judenpolitik verstehen können. Wir sehen im Judentum für jedes Land eine unmittelbare Gefahr gegeben. Wie andere Völker sich gegen diese Gefahr zur Wehr setzen, ist uns gleichgültig. Wie wir uns aber dagegen zur Wehr setzen, das ist unsere eigene Sache, in die wir keinerlei Einsprüche dulden. Das Judentum stellt eine infektiöse Erscheinung dar, die ansteckend wirkt. Wenn das feindliche Ausland gegen unsere antijüdische Politik scheinheilig Protest einlegt und über unsere Maßnahmen gegen das Judentum heuchlerische Krokodilstränen vergießt, so kann uns das nicht daran hindern, das Notwendige zu tun. Deutschland jedenfalls hat nicht die Absicht, sich dieser Bedrohung zu beugen, sondern vielmehr die, ihr rechtzeitig und wenn nötig mit den radikalsten Gegenmaßnahmen entgegenzutreten. (Minutenlang hindern nach diesen Sätzen zustimmende Sprechchöre den Minister am Weiterreden.)

Im Zeichen all dieser Überlegungen steht die militärische Belastung des Reiches im Osten. Der Krieg der mechanisierten Roboter gegen Deutschland und gegen Europa ist auf seinen Höhepunkt gestiegen. Das deutsche Volk erfüllt mit seinen Achsenpartnern im wahrsten Sinne des Wortes eine europäische Mission, wenn es dieser unmittelbaren und ernsten Lebensbedrohung mit den Waffen entgegentritt. Wir lassen uns nicht durch das Geschrei des internationalen Judentums in aller Welt in der mutigen und aufrechten Fortführung des gigantischen Kampfes gegen diese Weltpest beirren. Er kann und darf nur mit Sieg enden. (Hier ertönen laute Zwischenrufe: “Deutsche Männer, ans Gewehr! Deutsche Frauen, an die Arbeit!")

Das Ringen um Stalingrad wurde in seiner tragischen Verwicklung geradezu zu einem Symbol dieses heroischen, männlichen Widerstandes gegen den Aufruhr der Steppe. Es hatte deshalb nicht nur eine militärische, sondern auch eine geistige und seelische Bedeutung für das deutsche Volk von tiefstgreifender Wirkung. Erst hier sind uns unsere Augen für die aus diesem Kriege erwachsende Problematik vollkommen geöffnet worden. Wir wollen jetzt gar nichts mehr von falschen Hoffnungen und Illusionen hören. Wir wollen den Tatsachen, und wenn sie noch so hart und grausam sind, mutig in die Augen schauen. Denn jedes Mal noch hat es sich in der Geschichte unserer Partei und unseres Staates erwiesen, dass eine erkannte Gefahr bald schon auch eine gebannte Gefahr ist. Im Zeichen dieses heroischen Widerstandes stehen unsere

weiteren schwersten Abwehrkämpfe im Osten. Sie beanspruchen unsere Soldaten und ihre Waffen in einem Umfange, der uns bei allen bisherigen Feldzügen vollkommen unbekannt gewesen ist. Im Osten tobt ein Krieg ohne Gnade. Der Führer hat ihn richtig charakterisiert, als er erklärte, es werden aus ihm nicht Sieger und Besiegte, sondern nur noch Überlebende und Vernichtete hervorgehen.
Das deutsche Volk hat das ganz klar erkannt. Mit seinem gesunden Instinkt hat es sich auf eigene Weise einen Weg durch das Gestrüpp der tagesaktuell bedingten geistigen und seelischen Schwierigkeiten dieses Krieges gebahnt. Wir wissen heute genau, dass der Blitzkrieg des Polen- und Wesfeldzuges für den Osten nur noch eine bedingte Gültigkeit hat. Hier kämpft die deutsche Nation um ihr alles. Wir sind in diesem Kampf zu der Erkenntnis gekommen, dass das deutsche Volk hier seine heiligsten Güter, seine Familien, seine Frauen und seine Kinder, die Schönheit und Unberührtheit seiner Landschaft, seine Städte und Dörfer, das zweitausendjährige Erbe seiner Kultur und alles, was uns das Leben lebenswert macht, zu verteidigen hat.
Für diese Schätze unseres reichen Volkstums hat der Bolschewismus natürlich nicht das geringste Verständnis, und er würde auch im Bedarfsfalle darauf nicht die geringste Rücksicht nehmen. Er tut das ja nicht einmal seinem eigenen Volke gegenüber. Die Sowjetunion hat das bolschewistische Kriegspotential seit 25 Jahren in einem Umfange ausgeschöpft, der für uns gänzlich unvorstellbar war und deshalb von uns auch falsch eingeschätzt wurde. Das terroristische Judentum hat sich in Russland 200 Millionen Menschen dienstbar gemacht, dabei seine zynischen Methoden und Praktiken mit der stumpfen Zähigkeit der russischen Rasse vermählt, die deshalb eine um so größere Gefahr für die europäischen Kulturvölker darstellt. Im Osten wird ein ganzes Volk zum Kampf gezwungen. Hier werden Männer, Frauen, ja Kinder nicht nur in die Rüstungsfabriken, sondern auch in den Krieg getrieben. 200 Millionen stehen uns hier teils unter dem Terror der GPU, teils befangen in einer teuflischen Anschauung, mit wilder Stumpfheit gegenüber. Die Massen von Panzern, die in diesem Winter unsere östliche Front berennen, sind das Ergebnis eines 25jährigen sozialen Unglücks und Elends des bolschewistischen Volkes. Dagegen müssen wir mit entsprechenden Gegenmaßnahmen antreten, wenn wir nicht das Spiel als verloren aufgeben wollen.
Ich gebe meiner festen Überzeugung Ausdruck, dass wir die bolschewistische Gefahr auf die Dauer nur niederringen können, wenn wir ihr, wenn auch nicht mit gleichen, so doch mit gleichwertigen Methoden entgegentreten. Die deutsche Nation steht damit vor der ernstesten Frage dieses Krieges, nämlich der, die Entschlossenheit aufzubringen, alles einzusetzen, um alles, was sie besitzt, zu erhalten, und alles, was sie zum späteren Leben nötig hat, dazu zu gewinnen. Der totale Krieg also ist das Gebot der Stunde. Es muss jetzt zu Ende sein mit den bürgerlichen Zimperlichkeiten, die auch in diesem Schicksalskampf nach dem Grundsatz verfahren wollen: Wasch mir den Pelz, aber mach mich nicht nass! (Jeder Satz des Ministers wird von wachsendem Beifall und stärkster Zustimmung begleitet.) Die Gefahr, vor der wir stehen, ist riesengroß. Riesengroß müssen deshalb auch die Anstrengungen sein, mit denen wir ihr entgegentreten. Es ist also jetzt die Stunde gekommen, die Glacehandschuhe auszuziehen und die Faust zu bandagieren. (Wie ein einziger Schrei erbebt sich ein orkanartiger Beifall. Sprechchöre von den Galerien und Rängen bestätigen die volle Zustimmung der Menge.) Es geht nicht mehr an, das reiche Kriegspotential nicht nur unseres eigenen Landes, sondern der uns zur Verfügung stehenden bedeutenden Teile Europas nur flüchtig und an der Oberfläche auszuschöpfen. Es muss ganz zur Ausschöpfung gelangen, und zwar so schnell und so gründlich, als das organisatorisch und sachlich überhaupt nur denkbar ist. Hier wäre eine falsche Rücksichtnahme vollkommen fehl am Orte. Europas Zukunft hängt von unserem Kampf im Osten ab. Wir stehen zu seinem Schutze bereit. Das deutsche Volk stellt sein kostbarstes nationales Blut für diesen Kampf zur Verfügung. Der übrige Teil Europas sollte hierfür wenigstens seine Arbeit zur Verfügung stellen. Es gibt viele ernsthafte Kritiker auch in anderen Ländern, die diese zwingende Pflicht bereits einsehen. Andere wieder bestreiten sie noch. Das aber kann für uns nicht ausschlaggebend sein. Wenn die Gefahr für sie allein gegeben wäre, so könnte man ihre Auslassungen als literarischen Unsinn bewerten, der keinerlei Bedeutung besitzt. Aber die Gefahr ist für uns alle gegeben, und deshalb müssen wir uns auch alle dagegen zur Wehr setzen. Wer diesen Kampf im übrigen Europa heute noch nicht versteht, wird uns morgen auf den Knien danken, dass wir ihn mutig und unbeirrt auf uns genommen haben.
Es ärgert uns nicht einmal, wenn unsere Feinde im Ausland behaupten, die Maßnahmen, die wir jetzt zur Totalisierung des Krieges durchführten, kämen denen des Bolschewismus ziemlich nahe.

Scheinheilig erklären sie, daraus müsse man also folgern, dass sich unter diesen Umständen der Kampf gegen den Bolschewismus überhaupt erübrige. Es geht hier nicht um die Methode, mit der man den Bolschewismus zu Boden schlägt sondern um das Ziel, nämlich um die Beseitigung der Gefahr. (Minutenlanger Beifall.) Die Frage ist also nicht die, ob die Methoden, die wir anwenden, gut oder schlecht sind, sondern ob sie zum Erfolge führen. Jedenfalls sind wir als nationalsozialistische Volksführung jetzt zu allem entschlossen. Wir packen zu, ohne Rücksicht auf die Einsprüche des einen oder des anderen. Wir wollen nicht mehr im Interesse der Aufrechterhaltung eines hohen, manchmal fast friedensmäßigen inneren Lebensstandards für eine bestimmte Volksschicht das deutsche Kriegspotential schwächen und damit unsere Kriegführung gefährden. Im Gegenteil, wir verzichten freiwillig auf einen bedeutenden Teil dieses Lebensstandards, um das Kriegspotential so schnell und so gründlich wie möglich zu erhöhen. Diese Aktion stellt keinen Selbstzweck, sondern nur ein Mittel zum Zweck dar. Umso höher wird nach dem Siege wieder der soziale Lebensstandard unseres Volkes steigen. Wir brauchen die bolschewistischen Methoden schon deshalb nicht nachzuahmen, weil wir über das bessere Menschen- und Führungsmaterial verfügen und damit einen großen Vorsprung besitzen. Aber wir müssen, wie die Entwicklung zeigt, viel mehr tun, als wir bisher getan haben, um dem Krieg im Osten eine entscheidende Wendung zum Besseren zu geben.

Im Übrigen herrscht darüber, wie mir aus ungezählten Briefen aus der Heimat und Zustimmungskundgebungen von der Front mitgeteilt wird, im ganzen deutschen Volke überhaupt nur eine Meinung. Jedermann weiß, dass dieser Krieg, wenn wir ihr verlören, uns aber vernichten würde. Und darum ist das Volk mit seiner Führung entschlossen, nunmehr zur radikalsten Selbsthilfe zu greifen. Die breiten arbeitenden Massen unseres Volkes machen der Regierung nicht zum Vorwurf, dass sie zu rücksichtslos, sondern höchstens, dass sie zu rücksichtsvoll vorgeht. Man frage landauf, landab das deutsche Volk; nun wird überall nur die eine Antwort erhalten: Das Radikalste ist heute eben radikal, und das Totalste ist heute eben total genug, um den Sieg zu erringen.

Darum ist die totale Kriegführung eine Sache des ganzen deutschen Volkes. Niemand kann sich auch nur mit einem Schein von Berechtigung an ihren Forderungen vorbeidrücken. Als ich in meiner Rede vom 30. Januar von dieser Stelle aus den totalen Krieg proklamierte, schwollen mir aus den um reich versammelten Menschenmassen Orkane der Zustimmung zu. Ich kann also feststellen, dass die Führung sich in ihren Maßnahmen in vollkommener Übereinstimmung mit dem ganzen deutschen Volk in der Heimat und an der Front befindet. Das Volk will alle, auch die schwersten Belastungen auf sich nehmen und ist bereit, jedes Opfer zu bringen, wenn damit dem großen Ziel des Sieges gedient wird. (Lebhafte Zurufe.)

Die Voraussetzung dazu aber ist selbstverständlich die, dass die Lasten gerecht verteilt werden. (Lauteste Zustimmung.) Es darf nicht geduldet werden, dass der weitaus größte Teil des Volkes die ganze Bürde des Krieges trägt, und ein kleiner passiver Teil sich an den Lasten und an der Verantwortung des Krieges vorbeizudrücken versucht. Die Maßnahmen, die wir getroffen haben und noch treffen müssen, werden deshalb vom Geiste einer nationalsozialistischen Gerechtigkeit erfüllt sein. Wir nehmen keine Rücksicht auf Stand und Beruf. Arm und Reich und Hoch und Niedrig müssen in gleicher Weise beansprucht werden. Jedermann wird in dieser ernstesten Phase unseres Schicksalskampfes zur Erfüllung seiner Pflicht der Nation gegenüber angehalten, wenn nötig, gezwungen werden. Wir wissen uns auch dabei in voller Übereinstimmung mit dem nationalen Willen unseres Volkes. Wir wollen lieber zuviel als zu wenig Kraft zur Erringung des Sieges anwenden. Noch niemals ist ein Krieg in der Geschichte der Völker verloren gegangen, weil die Führung zuviel Soldaten und Waffen hatte. Sehr viele aber gingen verloren, weil das Umgekehrte der Fall war.

Es ist also an der Zeit, den Säumigen Beine zu machen. (Stürmische Bravorufe.) Sie müssen aus ihrer bequemen Ruhe aufgerüttelt werden. Wir können nicht warten, bis sie von selbst zur Besinnung kommen und es dann vielleicht zu spät ist. Es muss wie ein Alarmruf durch das ganze Volk gehen. Eine Arbeit von Millionen Händen hat einzusetzen, und zwar landauf, landab. Die Maßnahmen, die wir bereits getroffen haben und noch treffen müssen und die ich im weiteren Teil meiner Ausführungen des näheren erläutern werde, sind einschneidend für das gesamte private und öffentliche Leben. Die Opfer, die der einzelne Bürger dabei zu bringen hat, sind manchmal schwer; aber sie bedeuten nur wenig den Opfern gegenüber, die er bringen müsste, wenn er sich zu diesen Opfern weigerte und damit das größte nationale Unglück über unser Volk heraufbeschwörte. Es ist besser, zur rechten Zeit einen Schnitt zu tun, als zuzuwarten und die

Krankheit sich erst richtig festsetzen zu lassen. Man darf aber dem Operateur, der den Schnitt tut, nicht in den Arm fallen oder ihn gar wegen Körperverletzung anklagen. Er schneidet nicht, um zu töten, sondern um das Leben des Patienten zu retten.
Wiederum muss ich hier betonen, dass, je schwerer die Opfer sind, die das deutsche Volk zu bringen hat, umso dringender die Forderung erhoben werden muss, dass sie gerecht verteilt werden. Das will auch das Volk. Niemand sträubt sich heute gegen die Übernahme von auch schwersten Kriegslasten. Aber es muss natürlich auf jeden aufreizend wirken, wenn gewisse Leute immer wieder versuchen, sich an den Lasten überhaupt vorbeizudrücken. Die nationalsozialistische Staatsführung hat die moralische, aber auch staatspolitische Pflicht, solchen Versuchen mannhaft, wenn nötig mit drakonischen Strafen entgegenzutreten. (Zustimmung.) Schonung wäre hier vollkommen fehl am Platze und würde allmählich zu einer Verwirrung der Gefühle und Ansichten unseres Volkes führen, die eine schwere Gefährdung unserer öffentlichen Kriegsmoral nach sich ziehen müsste.
Wir sind somit auch gezwungen, eine Reihe von Maßnahmen zu treffen, die zwar für die Kriegführung an sich nicht von lebenswichtiger Bedeutung sind, die aber für die Aufrechterhaltung der Kriegsmoral in der Heimat und an der Front erforderlich erscheinen. Auch die Optik des Krieges, d.h. das äußere Bild der Kriegsführung ist im vierten Kriegsjahr von ausschlaggebender Wichtigkeit. Die Front hat angesichts der übermenschlichen Opfer, die sie täglich zu bringen hat, ein elementares Anrecht darauf, dass auch nicht ein Einziger in der Heimat das Recht für sich in Anspruch nimmt, am Kriege und seinen Pflichten vorbeizuleben. Aber nicht nur die Front fordert das, sondern auch der weitaus überwiegende anständige Teil der Heimat. (Stürmischer Beifall.) Die Fleißigen besitzen einen Anspruch darauf, dass, wenn sie zehn und zwölf und manchmal vierzehn Stunden täglich arbeiten, sich direkt neben ihnen nicht die Faulenzer räkeln und gar noch die anderen für dumm und nicht raffiniert genug halten. Die Heimat muss in ihrer Gesamtheit sauber und intakt bleiben. Nichts darf ihr kriegsgemäßes Bild trüben.
Es sind deshalb eine Reihe von Maßnahmen getroffen worden, die dieser neuen Optik des Krieges Rechnung tragen. Wir haben beispielsweise die Schließung der Bars und Nachtlokale angeordnet. Ich kann mir nicht vorstellen, dass es heute noch Menschen gibt, die ihre Kriegspflichten voll erfüllen und gleichzeitig bis tief in die Nacht in Amüsierlokalen herumsitzen. Ich muss daraus nur folgern, dass sie es mit ihren Kriegspflichten nicht allzu genau nehmen. Wir haben diese Amüsierlokale geschlossen, weil sie anfingen, uns lästig zu fallen, und das Bild des Krieges trübten. Wir verfolgen damit durchaus keine muckerischen Ziele. Nach dam Kriege wollen wir gern wieder nach dem Grundsatz verfahren: Leben und leben lassen. Während des Krieges aber gilt der Grundsatz: Kämpfen und kämpfen lassen!
Auch Luxusrestaurants, deren Aufwand in keinem Verhältnis zum erzielten Effekt steht, sind der Schließung verfallen. Es mag sein, dass der eine oder der andere auch während des Krieges noch in der Pflege des Magens eine Hauptaufgabe sieht. Auf ihn können wir dabei keine Rücksicht nehmen. Wenn an der Front unsere kämpfenden Truppen vom Grenadier bis zum Generalfeldmarschall aus der Feldküche essen, so glaube ich, ist es nicht zu viel verlangt, wenn wir in der Heimat jeden zwingen, wenigstens auf die elementarsten Gebote des Gemeinschaftsdenkens Rücksicht zu nehmen. Feinschmecker wollen wir wieder nach dem Kriege werden. Heute haben wir Wichtigeres zu tun, als den Magen zu pflegen.
Auch ungezählte Luxus- und Repräsentationsgeschäfte sind mittlerweile zur Auflösung gekommen. Sie waren für das kaufende Publikum vielfach ein ständiger Stein des Anstoßes. Zu kaufen gab es dort praktisch kaum noch etwas, höchstens einmal, wenn man hier und da statt mit Geld, mit Butter oder mit Eiern bezahlte. Was haben Geschäfte für einen Zweck, die keine Waren mehr verkaufen und nur elektrisches Licht, Heizung und menschliche Arbeitskraft verbrauchen, die uns anderswo, vor allem in der Rüstungsproduktion, an allen Ecken und Enden fehlen.
Man wende hier nicht ein, die Aufrechterhaltung eines holden Friedensscheines imponiere dem Auslande. Dem Ausland imponiert nur ein deutscher Sieg! (Stürmische Zustimmung.) Wenn wir gesiegt haben, wird jedermann unser Freund sein wollen. Würden wir aber einmal unterliegen, so könnten wir unsere Freunde an den Fingern einer Hand abzählen. Wir haben deshalb mit diesen falschen Illusionen, die das Kriegsbild verwischen, Schluss gemacht. Wir werden die Menschen, die dort untätig in den leeren Geschäften herumstanden, einer nutzbringenderen Tätigkeit in der öffentlichen Kriegswirtschaft zuführen. Dieser Prozess ist eben im Gange und wird bis zum 15. März abgeschlossen sein. Er stellt natürlich eine riesige Umorganisation unseres ganzen wirtschaftlichen Lebens dar. Wir gehen dabei nicht planlos vor. Wir wollen auch niemanden zu

Unrecht anklagen oder Tadel und Vorwurf nach allen Seiten verteilen. Wir tun lediglich das, was notwendig ist. Das aber tun wir schnell und gründlich.
Wir wollen lieber ein paar Jahre geflickte Kleider tragen, als einen Zustand heraufbeschwören, in dem unser Volk ein paar Jahrhunderte in Lumpen herumlaufen müsste. Was sollen heute noch Modesalons, die Licht, Heizung und menschliche Arbeitskraft verbrauchen. Sie werden nach dem Kriege, wenn wir wieder Zeit und Lust dazu haben, neu erstehen. Was sollen Frisiersalons, in denen ein Schönheitskult gepflegt wird, der ungeheuer viel Zeit und Arbeitskraft beansprucht, der für den Frieden zwar sehr schön und angenehm, für den Krieg aber überflüssig ist. Unsere Frauen und Mädchen werden einmal unseren siegreich heimkehrenden Soldaten auch ohne friedensmäßige Aufmachung gefallen. (Beifall.)
In den öffentlichen Ämtern wird in Zukunft etwas schneller und unbürokratischer gearbeitet werden. Es ergibt durchaus kein gutes Bild, wenn dort nach achtstündiger Arbeitszeit auf die Minute genau Schluss gemacht wird. Nicht das Volk ist für die Ämter, sondern die Ämter sind für das Volk da. Man arbeite also so lange, bis die Arbeit erledigt ist. Das ist das Gebot des Krieges. Wenn der Führer das kann, so werden auch die Diener des Staates das können. Ist für eine längere Arbeitszelt nicht genügend Arbeit da, so gibt man 10 oder 20 oder 30 Prozent der Mitarbeiter an die kriegswichtige Wirtschaft ab und stellt damit wieder eine entsprechende Anzahl Männer für die Front frei. Das gilt für alle Dienststellen in der Heimat. Vielleicht wird gerade dadurch auch die Arbeit in den Ämtern etwas schneller und etwas weniger schwerfällig vor sich gehen. Wir müssen im Kriege lernen, nicht nur gründlich, sondern auch prompt zu arbeiten. Der Soldat an der Front hat auch nicht wochenlang Zeit, sich eine Maßnahme zu überlegen, sie von Hand zu Hand weiterzugeben oder in den Akten verstauben zu lassen. Er muss sofort handeln, weil er sonst sein Leben verliert. Wir in der Heimat verlieren zwar durch schwerfälliges Arbeiten nicht unser eigenes Leben, aber wir gefährden damit auf die Dauer das Leben unseres Volkes.
Überhaupt muss jeder es sich zu einem selbstverständlichen Gebot der Kriegsmoral machen, auf die berechtigten Forderungen des arbeitenden und kämpfenden Volkes die größte Rücksicht zu nehmen. Wir sind keine Spielverderber, aber wir lassen uns auch nicht das Spiel verderben.
Wenn beispielsweise gewisse Männer und Frauen sich wochenlang in den Kurorten herumräkeln, sich dort Gerüchte zutratschen und schwer Kriegsversehrten und Arbeitern and Arbeiterinnen, die nach einjährigem, hartem Einsatz Anspruch auf Urlaub haben, den Platz wegnehmen, so ist das unerträglich und deshalb abgestellt worden. Der Krieg ist nicht die richtige Zeit für einen gewissen Amüsierpöbel. Unsere Freude ist bis zu seinem Ende die Arbeit und der Kampf, darin finden wir unsere tiefe innere Genugtuung. Wer das nicht aus eigenem Pflichtgefühl versteht, der muss zu diesem Pflichtgefühl erzogen, wenn nötig auch gezwungen werden. Hier hilft nur hartes Durchgreifen.
Es macht z.B. auf das Volk keinen guten Eindruck, wenn wir mit einer Riesenpropaganda die Parole ausgeben: “Räder müssen rollen für den Sieg!", das ganze Volk daraus die Folgerung zieht und keine unnützen Reisen antritt, dagegen arbeitslose Vergnügungsreisende dadurch nur mehr Platz in der Eisenbahn bekommen. Die Eisenbahn dient heute kriegswichtigen Transporten und kriegsnotwendigen Geschäftsreisen. Urlaub hat nur der zu beanspruchen, der sonst in seiner Arbeits- oder Kampfkraft schwer gefährdet würde. Der Führer hat seit Beginn des Krieges und lange vorher nicht einen Tag Urlaub gehabt. Wenn also der erste Mann im Staate seine Pflicht so ernst und so verantwortungsvoll auffasst, dann muss das für jeden Bürger und jede Bürgerin des Staates eine stumme, aber doch unüberhörbare Aufforderung sein, sich auch danach zu richten.
Die Regierung tut andererseits alles, um dem arbeitenden Volke in dieser schweren Zeit die nötigen Entspannungsmöglichkeiten zu erhalten. Theater, Kinos, Musiksäle bleiben voll im Betrieb. Der Rundfunk wird bestrebt sein, sein Programm noch zu erweitern und zu vervollkommnen. Wir haben durchaus nicht die Absicht, über unser Volk eine graue Winterstimmung heraufzubeschwören. Was dem Volke dient, was seine Kampf- und Arbeitskraft erhält, stählt und vermehrt, das ist gut und kriegswichtig. Das Gegenteil ist abzuschaffen. Ich habe deshalb als Ausgleich gegen die eben geschilderten Maßnahmen angeordnet, dass die geistigen und seelischen Erholungsstätten des Volkes nicht vermindert, sondern vermehrt werden. Soweit sie unseren Kriegsanstrengungen nicht schaden, sondern sie fördern, müssen sie auch von Seiten der Staats- und Volksführung eine entsprechende Förderung erfahren. Das gilt auch für den Sport. Der Sport ist heute keine Angelegenheit bevorzugter Kreise, sondern eine Angelegenheit des ganzen Volkes. U.K-Stellungen sind auf dem Sportgebiet gänzlich sinnlos. Der Sport hat ja die Aufgabe,

die Körperkraft zu stählen, doch wohl in der Hauptsache zu dem Zweck, sie wenigstens in der schlimmsten Notzeit des Volkes zum Einsatz zu bringen.
Das alles will auch die Front. Das fordert mit stürmischer Zustimmung das ganze deutsche Volk. Es will jetzt nichts mehr hören von kriegsunwichtiger Betriebsamkeit und ähnlichen Wichtigtuereien, die nur Zeit und Aufwand erfordern. Es will nichts mehr hören von einem überspannten umständlichen Fragebogenunwesen für jeden Unsinn. Es will sich nicht in tausend Kleinigkeiten verzetteln, die für den Frieden vielleicht wichtig waren, für den Krieg aber keine Bedeutung besitzen. Es braucht auch nicht unter dauernder Erinnerung an das schwere Opfer unserer Soldaten in Stalingrad an seine Pflicht gemahnt zu werden. Es weiß, was es zu tun und was es zu lassen hat. Es will eine spartanische Lebensführung für alle, für Hoch and Niedrig, und Arm und Reich. So wie der Führer dem ganzen Volke ein Beispiel gibt, so muss das ganze Volk in allen seinen Schichten sich dieses Beispiel auch zum Vorbild nehmen. Wenn er nur Arbeit und Sorgen kennt, so wollen wir ihm Arbeit und Sorgen nicht allein überlassen, sondern den Teil, den wir ihm abnehmen können, auch auf uns nehmen.
Die Zeit, die wir heute durchleben, hat in ihrer ganzen Anlage für jeden echten Nationalsozialisten eine verblüffende Ähnlichkeit mit der Kampzeit. Da und immer haben wir so gehandelt. Wir sind immer mit dem Volke durch dick und dünn gegangen, und darum ist das Volk uns auch auf allen Wegen gefolgt. Wir haben immer mit dem Volke gemeinsam alle Lasten getragen, und deshalb schienen uns die Lasten nicht schwer, sondern leicht zu sein. Das Volk will geführt werden. Noch niemals gab es in der Geschichte ein Beispiel dafür, dass in einer kritischen Stunde des nationalen Lebens das Volk einer tapferen und entschlossenen Führung die Gefolgschaft versagt hätte.
Ich möchte in diesem Zusammenhang auch über einige praktische Maßnahmen des totalen Krieges, die wir bereits getroffen haben, ein paar Worte verlieren.
Das Problem, um das es sich dabei handelt, heißt: Freimachung von Soldaten für die Front, Freimachung von Arbeitern und Arbeiterinnen für die Rüstungswirtschaft. Diesen beiden Zielen müssen alle anderen Bedürfnisse untergeordnet werden, selbst auf Kosten unseres sozialen Lebensniveaus während des Krieges. Das soll nicht eine endgültige Stabilisierung unseres Lebensstandards darstellen, sondern gilt nur als Mittel zur Erreichung des Zweckes, nämlich des eines totalen Sieges.
Es müssen im Rahmen dieser Aktion hunderttausende von U.K-Stellungen in der Heimat aufgehoben werden. Diese U.K-Stellungen waren bisher notwendig, weil wir nicht ausreichend Fach- und Schlüsselkräfte zur Verfügung hatten, die die durch Aufhebung der U.K-Stellungen leer werdenden Plätze besetzen konnten. Es ist der Sinn der getroffenen und noch zu treffenden Maßnahmen, die dafür benötigten Arbeitskräfte zu mobilisieren. Darum geht unser Appell an die noch außerhalb der Kriegswirtschaft stehenden Männer und die bisher noch außerhalb des Arbeitsprozesses stehenden Frauen. Sie werden sich diesem Appell nicht versagen wollen und auch nicht versagen können. Die Arbeitspflicht für Frauen ist sehr weitschichtig gefasst worden Das heißt aber nicht, dass nur diejenigen, die im Gesetz genannt worden sind, arbeiten dürfen. Jeder ist uns willkommen, und je mehr sich für den großen Umschichtungsprozess in der inneren Wirtschaft zur Verfügung stellen, umso mehr Soldaten können wir für die Front freimachen.
Unsere Feinde behaupten, die deutschen Frauen seien nicht in der Lage, den Mann in der Kriegswirtschaft zu ersetzen. Das mag für bestimmte schwere körperliche Arbeiten unserer Kriegsfertigung zutreffen. Darüber hinaus aber bin ich der Überzeugung, dass die deutsche Frau fest entschlossen ist, den Platz, den der Mann, der an die Front geht, freimacht, in kürzester Frist voll auszufüllen. Wir brauchen uns da gar nicht auf bolschewistische Beispiele zu berufen. Auch in der deutschen Kriegswirtschaft sind seit Jahren schon Millionen bester deutscher Frauen mit größtem Erfolg tätig, und sie warten mit Ungeduld darauf, dass ihre Reihen baldigst durch neuen Zuzug vermehrt und ergänzt werden. Alle die, die sich für diese Arbeit zur Verfügung stellen, erfüllen damit nur eine Dankespflicht der Front gegenüber. Hunderttausende sind schon gekommen, hunderttausende werden noch kommen. In kürzester Zeit hoffen wir damit Armeen von Arbeitskräften freizumachen, die ihrerseits wieder Armeen von kämpfenden Frontsoldaten freistellen werden
Ich müsste mich sehr in den deutschen Frauen täuschen, wenn ich annehmen sollte, dass sie den hiermit an sie ergehenden Appell überhören wollten. Sie werden sich nicht in engherzigster Weise an das Gesetz anklammern oder gar noch versuchen, durch seine Maschen zu entschlüpfen. Im Übrigen würden die wenigen, die solche Absichten verfolgen, damit bei uns nicht landen. Ärztliche Atteste werden statt der aufgerufenen Arbeitskraft nicht als vollwertig angenommen. Auch eine

etwaige Alibi-Arbeit, die man sich beim Mann oder beim Schwager oder bei einem guten Bekannten verschafft, um sich unbeaufsichtigt weiter an der Arbeit vorbeidrücken zu können, wird von uns mit entsprechenden Gegenmaßnahmen beantwortet werden. Die wenigen, die solche Pläne verfolgen, können sich damit in der öffentlichen Wertung nur selbst erledigen. Das Volk wird ihnen die größte Verachtung zollen. Niemand verlangt, dass eine Frau, die dazu nicht die nötigen körperlichen Voraussetzungen mitbringt, in die schwere Fertigung einer Panzerfabrik geht. Es gibt aber eine Unmenge von Fertigungen auch in der Kriegsindustrie, die ohne allzu starke körperliche Anstrengung geleistet werden können und für die sich eine Frau, auch wenn sie aus bevorzugten Kreisen stammt, ruhig zur Verfügung stellen kann. Niemand ist dafür zu gut, und wir haben ja nur die Wahl, hier etwas Ganzes zu tun oder das Ganze zu verlieren.
Es wäre auch angebracht, dass Frauen, die Dienstpersonal beschäftigen, jetzt schon diese Frage einer Überprüfung unterzögen. Man kann sehr wohl sich selbst dem Haushalt und den Kindern widmen und sein Dienstmädchen freigeben oder den Haushalt und die Kinder dem Dienstmädchen oder der NSV. überantworten und sich selbst zur Arbeit melden. Allerdings ist dann das Leben nicht mehr so gemütlich wie im Frieden. Aber wir leben ja auch nicht im Frieden, sondern im Kriege. Gemütlich werden wir es uns wieder machen, wenn wir den Sieg in Händen halten. Jetzt aber müssen wir für den Sieg unter weitestgehender Aufopferung unserer Bequemlichkeit kämpfen.
Auch und gerade die Kriegerfrauen werden das verstehen. Sie werden es für ihre höchste Verpflichtung halten, ihren Männern draußen an der Front dadurch zur Seite zu treten, dass sie sich einer kriegswichtigen Arbeit zur Verfügung stellen. Das betrifft vor allem die Landwirtschaft. Die Frauen der Landarbeiter haben hier ein gutes Beispiel zu geben. Es gilt für alle Männer und Frauen der Grundsatz, dass es für niemanden angebracht ist, im Kriege sogar noch weniger zu tun als im Frieden; die Arbeit muss auf allen Gebieten vermehrt werden.
Man darf übrigens nicht den Fehler machen, alles, was jetzt nötig ist, auf die Regierung zu schieben. Die Regierung kann nur die großen Rahmengesetze schaffen. Den Rahmengesetzen Leben und Inhalt zu geben, ist Aufgabe des arbeitenden Volkes; und zwar soll das unter der befeuernden Führung der Partei geschehen. Schnelles Handeln ist hier erstes Gebot.
Über die gesetzliche Verpflichtung hinaus also gilt jetzt die Parole: Freiwillige vor! Hier appelliere ich vor allem als Berliner Gauleiter an meine Berliner Mitbürgerinnen. Sie haben im Verlaufe dieses Krieges schon so viele edle Beispiele einer tapferen Lebensgesinnung gegeben, dass sie sich gewiss auch dieser Forderung gegenüber nicht beschämen lassen wollen. Sie haben sich durch ihre praktische Lebensart, sowie durch die Frische ihrer Lebensauffassung auch im Kriege in der ganzen Welt einen guten Namen erworben. Diesen guten Namen gilt es jetzt durch eine großzügige Handlungsweise zu erhalten und zu verstärken. Wenn ich also meine Berliner Mitbürgerinnen aufrufe, sich schnell, prompt und ohne viel Einwendungen einer kriegswichtigen Arbeit zur Verfügung zu stellen, so weiß ich, dass alle diesem Appell Folge leisten werden. Wir wollen jetzt nicht über die Schwere der Zeit klagen oder uns einander etwas vorräsonnieren, wir wollen, wie das nicht nur Berliner, sondern deutsche Art ist, zupacken, handeln, die Initiative ergreifen, selbst etwas tun und nicht alles den anderen zu tun überlassen.
Welche deutsche Frau wollte es übers Herz bringen, sich einem solchen Appell, den ich vor allem für die kämpfende Front an die deutsche Frauenwelt richte, zu entziehen? Wer wollte jetzt eine spießige Bequemlichkeit über das nationale Pflichtgebot stellen? Wer wollte jetzt noch angesichts der schweren Bedrohung, der wir alle ausgesetzt sind, an seine egoistischen privaten Bedürfnisse denken und nicht an die über alledem stehenden Notwendigkeiten des Krieges?
Ich weise mit Verachtung den Vorwurf, den uns unsere Feinde machen, zurück, dass das eine Nachahmung des Bolschewismus sei. Wir wollen den Bolschewismus nicht nachahmen, wir wollen ihn besiegen, und zwar mit Mitteln und Methoden, die ihm gewachsen sind. Die deutsche Frau wird das am ehesten verstehen, denn sie hat längst erkannt, dass der Krieg, den heute unsere Männer führen, ein Krieg vor allem zum Schutze ihrer Kinder ist. Ihr heiligstes Gut wird also in diesem Kriege durch den Einsatz des kostbarsten Blutes unseres Volkes beschirmt. Mit diesem Kampf der Männer muss die deutsche Frau auch nach außen hin spontan ihre Solidarität bekunden. Sie muss sich lieber morgen als übermorgen in die Reihen der Millionen schaffender Angestellten und Arbeiterinnen einreihen und das Heer der arbeitenden Heimat auch durch ihre eigene Person vermehren. Es muss wie ein Strom der Bereitschaft durch das deutsche Volk gehen. Ich erwarte, dass sich nun ungezählte Frauen und vor allem auch Männer, die bisher noch

keine kriegswichtige Arbeit taten, bei den Meldestellen melden. Wer sich schnell gibt, der gibt sich doppelt.
Daneben vollziehen sich großzügige Zusammenlegungen in unserer allgemeinen Wirtschaft. Das betrifft vor allem unser Versicherungs- und Bankenwesen, das Steuerwesen, unser nicht kriegs- und lebensnotwendiges Zeitschriften und Zeitungswesen, das betrifft für den Krieg entbehrliche Partei- und Verwaltungsbetriebe, aber auch eine weitere Vereinfachung der Lebensführung unseres Volkes.
Ich weiß, dass große Teile unseres Volkes dabei schwere Opfer bringen müssen. Ich habe Verständnis für diese Opfer, und die Volksführung ist bemüht, diese auf ein Mindestmaß zu beschränken. Aber ein gewisser Rest wird übrig bleiben, der getragen werden muss. Nach dem Kriege werden wir das, was wir heute auflösen, größer und schöner denn je wieder neu aufbauen, und der Staat wird dazu seine helfende Hand leihen.
Ich wende mich in diesem Zusammenhang eindringlich gegen die Behauptung, dass mit unseren Maßnahmen eine Stilllegung des Mittelstandes oder eine Monopolisierung unserer Wirtschaft bezweckt würde. Nach dem Kriege wird der Mittelstand sofort wieder in größtem Umfange wirtschaftlich and sozial wiederhergestellt. Die augenblicklichen Maßnahmen sind ausschließlich Notmaßnahmen für die Kriegszwecke und Kriegsbedürfnisse. Sie streben nicht eine strukturelle Veränderung der Wirtschaft an, sondern sind lediglich auf das Ziel ausgerichtet, den Sieg so schnell und so gründlich wie möglich erkämpfen zu helfen.
Ich streite nicht ab, dass uns auch angesichts der Durchführung der eben geschilderten Maßnahmen noch sorgenvolle Wochen bevorstehen. Aber damit schaffen wir jetzt endgültig Luft. Wir stellen diese Maßnahmen auf die Aktionen des kommenden Sommers ein und begeben uns heute, ohne den Drohungen und Großsprechereien des Feindes irgendeine Beachtung zu schenken, an die Arbeit. Ich bin glücklich, dieses Programm des Sieges (Stürmischer Beifall) einem deutschen Volke vortragen zu dürfen, das diese Maßnahmen nicht nur willig auf sich nimmt, sondern sie fordert, und zwar dringender, als das je im Verlaufe dieses Krieges der Fall gewesen ist. Das Volk will, dass durchgreifend und schnell gehandelt wird. Es ist Zeit! Wir müssen den Augenblick und die Stunde nützen, damit wir vor kommenden Überraschungen gesichert sind.
Ich wende mich bei diesem Appell an das ganze deutsche Volk, besonders aber an die Partei als die berufene Führerin der Totalisierung unserer inneren Kriegführung. Sie steht nicht zum ersten Male vor einer derartig gigantischen Aufgabe. Sie wird diese Aufgabe mit dem an ihr gewohnten revolutionären Elan zur Lösung bringen. Sie wird am ehesten mit Trägheit und Indolenz, die sich hier oder da zeigen mögen, fertig werden. Der Staat hat seine Rahmengesetze erlassen und wird deren in den nächsten Tagen und Wochen weitere erlassen. Die Nebensächlichkeiten, die in diesen Rahmengesetzen unbeachtet bleiben, müssen vom Volke selbst unter der Führung der Partei durchgeführt werden. Über allem aber, was wir jetzt unternehmen und lassen, steht für jeden gültig das moralische Gesetz, nichts zu tun, was dem Kriege schadet, und alles zu tun, was dem Siege nützt.
Wir haben uns in den vergangenen Jahren oft in unseren Zeitungen und Reden auf das friderizianische Beispiel berufen. Wir hatten gar keine Berechtigung dazu. Friedrich II. stand im 3. Schlesischen Krieg zeitweilig mit fünf Millionen Preußen, wie Schlieffen berechnet, 90 Millionen Europäern gegenüber. Und schon im zweiten der sieben höllischen Jahre erlitt er eine Niederlage, die den ganzen preußischen Staat ins Wanken brachte. Er hat niemals genug Soldaten und Waffen gehabt, um seine Schlachten ohne größtes Risiko zu schlagen. Er betrieb seine Strategie immer als ein System der Aushilfen. Aber er verfolgte dabei den Grundsatz, den Feind anzugreifen, wo sich ihm eine Gelegenheit dazu bot, und ihn zu schlagen, wo er sich ihm stellte. Dass er Niederlagen erlitt, ist nicht das Entscheidende. Entscheidend ist vielmehr, dass der große König in allen Schicksalsschlägen ungebrochen blieb, dass er unerschütterlich das schwankende Kriegsglück auf sich nahm und sein ehernes Herz jede Gefahr überwand. Am Ende der sieben Jahre stand er, 51jährig, ein zahnloser, gichtkranker und von tausend Schmerzen gepeinigter Greis, doch als Sieger auf dem verwüsteten Schlachtfeld. Was haben wir denn dem entgegenzusetzen?! Höchstens nur den Willen und die Entschlusskraft, es ihm, wenn die Stunde das gebietet, gleichzutun, wie er unerschütterlich zu bleiben in allen Fügungen des Schicksals, wie er den Sieg auch unter den ungünstigsten Umständen herbeizuzwingen und niemals an der großen Sache, die wir verfechten, zu verzweifeln
Ich gebe meiner tiefen Überzeugung Ausdruck, dass das deutsche Volk durch den tragischen Schicksalsschlag von Stalingrad innerlich auf das tiefste geläutert worden ist. Es hat dem Krieg in

sein hartes und erbarmungsloses Antlitz hineingeschaut. Es weiß nun die grausame Wahrheit und ist entschlossen, mit dem Führer durch dick und dünn zu gehen. (Begeistert erhebt sich die Menge bei diesen Worten, und wie des Branden eines Meeres klingen nicht enden wollende Sprechchöre: "Führer befiehl, wir folgen!" "Heil unserem Führer!" Minutenlang ist der Minister am Weiterreden gehindert.)

In diesen Tagen hat sich die englische und amerikanische Presse sehr ausgiebig mit der Haltung des deutschen Volkes in der gegenwärtigen Krise befasst. Die Engländer kennen das deutsche Volk nach Ihren Angebereien bekanntlich viel besser, als wir, seine eigene Führung. Sie geben uns scheinheilig Ratschläge, was wir zu tun und zu lassen hätten, immer in der irrigen Ansicht, das deutsche Volk von heute gleiche dem deutschen Volk vom November 1918, das auf ihre Verführungskünste hereinfiel. Ich habe es nicht nötig, gegen diese Annahme den Gegenbeweis zu führen. Der Gegenbeweis wird vom kämpfenden und arbeitenden deutschen Volke jeden Tag aufs Neue erhärtet.

Ich möchte aber zur Steuer der Wahrheit an Euch, meine deutschen Volksgenossen und Volksgenossinnen, eine Reihe von Fragen richten, die Ihr mir nach bestem Wissen und Gewissen beantworten müsst. Als mir meine Zuhörer auf meine Forderungen vom 30. Januar spontan ihre Zustimmung bekundeten, behauptete die englische Presse am anderen Tag, das sei ein Propagandatheater gewesen und entspreche in keiner Weise der wahren Stimmung des deutschen Volkes. (Spontane Rufe: „Pfui!“ „Lüge!“ „Sie sollen nur herkommen! Die werden uns kennen lernen!“) Ich habe heute zu dieser Versammlung nun einen Ausschnitt des deutschen Volkes im besten Sinne des Wortes eingeladen. (Die Aufzählung des Ministers wird von stürmischen Kundgebungen begleitet, die sich in einem nicht enden wollenden Beifall und stärkster Zustimmung für die im Sportpalast anwesenden Vertreter der Wehrmacht kundtun.) Vor mir sitzen reihenweise deutsche Verwundete von der Ostfront, Bein- und Armamputierte, mit zerschossenen Gliedern, Kriegsblinde, die mit ihren Rotkreuzschwestern gekommen sind, Männer in der Blüte ihrer Jahre, die vor sich ihre Krücken stehen haben. Dazwischen zähle ich an die fünfzig Träger des Eichenlaubes und des Ritterkreuzes, eine glänzende Abordnung unserer kämpfenden Front. Hinter ihnen erhebt sich ein Block von Rüstungsarbeitern und -arbeiterinnen aus den Berliner Panzerwerken. Wieder hinter ihnen sitzen Männer aus der Parteiorganisation, Soldaten aus der kämpfenden Wehrmacht, Ärzte, Wissenschaftler, Künstler, Ingenieure und Architekten, Lehrer, Beamte and Angestellte aus den Ämtern und Büros, eine stolze Vertreterschaft unseres geistigen Lebens in all seinen Schichtungen, dem das Reich gerade jetzt im Kriege Wunder der Erfindung und des menschlichen Genies verdankt. Über das ganze Rund des Sportpalastes verteilt sehe ich Tausende von deutschen Frauen Die Jugend ist hier vertreten und das Greisenalter. Kein Stand, kein Beruf und kein Lebensjahr blieb bei der Einladung unberücksichtigt. Ich kann also mit Fug und Recht sagen: Was hier vor mir sitzt, ist ein Ausschnitt aus dem ganzen deutschen Volk an der Front und in der Heimat. Stimmt das? Ja oder Nein! (Der Sportpalast erlebt im Augenblick dieser Fragenstellung eine Kundgebung, wie sie selbst diese alte Kampfstätte des Nationalsozialismus nur an besonderen Höhepunkten nationalen Geschehens erlebt hat. Die Masse springt wie elektrisiert von ihren Plätzen. Wie ein Orkan braust ein vieltausendstimmiges Ja durch das weite Rund. Was die Teilnehmer dieser Kundgebung erleben, ist eine Volksabstimmung und Willensäußerung, wie sie spontaner keinen Ausdruck finden kann.) Ihr also, meine Zuhörer, repräsentiert in diesem Augenblick die Nation. Und an Euch möchte ich zehn Fragen richten, die Ihr mir mit dem deutschen Volke vor der ganzen Welt, insbesondere aber vor unseren Feinden, die uns auch an ihrem Rundfunk zuhören, beantworten sollt. (Nur mit Mühe kann sich der Minister für die nun folgenden Fragen Gehör verschaffen. Die Masse befindet sich in einem Zustand äußerster Hochstimmung. Messerscharf fallen die einzelnen Fragen. Jeder einzelne fühlt sich persönlich angesprochen. Mit letzter Anteilnahme und Begeisterung gibt die Masse auf jede einzelne Frage die Antwort. Der Sportpalast hallt wider von einem einzigen Schrei der Zustimmung.)

Die Engländer behaupten, das deutsche Volk habe den Glauben an den Sieg verloren.

Ich frage Euch: Glaubt Ihr mit dem Führer und mit uns an den endgültigen totalen Sieg des deutschen Volkes?

Ich frage Euch: Seid Ihr entschlossen, dem Führer in der Erkämpfung des Sieges durch dick und dünn und unter Aufnahme auch der schwersten persönlichen Belastungen zu folgen?

Zweitens: Die Engländer behaupten, das deutsche Volk ist des Kampfes müde.

Ich frage Euch: Seid Ihr bereit, mit dem Führer als Phalanx der Heimat hinter der kämpfenden Wehrmacht stehend diesen Kampf mit wilder Entschlossenheit und unbeirrt durch alle Schicksalsfügungen fortzusetzen, bis der Sieg in unseren Händen ist?
Drittens: Die Engländer behaupten, das deutsche Volk hat keine Lust mehr, sich der überhand nehmenden Kriegsarbeit, die die Regierung von ihm fordert, zu unterziehen.
Ich frage Euch: Seid Ihr und ist das deutsche Volk entschlossen, wenn der Führer es befiehlt, zehn, zwölf, und wenn nötig vierzehn und sechzehn Stunden täglich zu arbeiten und das Letzte herzugeben für den Sieg?
Viertens: Die Engländer behaupten, das deutsche Volk wehrt sich gegen die totalen Kriegsmaßnahmen der Regierung. Es will nicht den totalen Krieg, sondern die Kapitulation. (Zurufe: Niemals! Niemals ! Niemals !)
Ich frage Euch: Wollt Ihr den totalen Krieg? Wollt Ihr ihn wenn nötig totaler und radikaler, als wir ihn uns heute überhaupt noch vorstellen können?
Fünftens: Die Engländer behaupten, das deutsche Volk hat sein Vertrauen zum Führer verloren.
Ich frage Euch: Ist Euer Vertrauen zum Führer heute größer, gläubiger und unerschütterlicher denn je? Ist Eure Bereitschaft, ihm auf allen seinen Wegen zu folgen und alles zu tun, was nötig ist, um den Krieg zum siegreichen Ende zu führen, eine absolute und uneingeschränkte? (Die Menge erhebt sich wie ein Mann. Die Begeisterung der Masse entlädt sich in einer Kundgebung nicht dagewesenen Ausmaßes. Vieltausendstimmige Sprechchöre brausen durch die Halle: "Führer befiehl, wir folgen!“ Eine nicht abebbende Woge von Heilrufen auf den Führer braust auf. Wie auf ein Kommando erheben sich nun die Fahnen und Standarten, höchster Ausdruck des weihevollen Augenblicks, in dem die Masse dem Führer huldigt.)
Ich frage Euch als sechstes: Seid Ihr bereit, von nun ab Eure ganze Kraft einzusetzen und der Ostfront die Menschen und Waffen zur Verfügung zu stellen, die sie braucht, um dem Bolschewismus den tödlichen Schlag zu versetzen?
Ich frage Euch siebentens: Gelobt Ihr mit heiligem Eid der Front, dass die Heimat mit starker Moral hinter ihr steht und ihr alles geben wird, was sie nötig hat, um den Sieg zu erkämpfen?
Ich frage Euch achtens: Wollt Ihr, insbesondere Ihr Frauen selbst, dass die Regierung dafür sorgt, dass auch die deutsche Frau ihre ganze Kraft der Kriegführung zur Verfügung stellt und überall da, wo es nur möglich ist, einspringt, um Männer für die Front frei zu machen und damit ihren Männern an der Front zu helfen?
Ich frage Euch neuntens: Billigt Ihr wenn nötig die radikalsten Maßnahmen gegen einen kleinen Kreis von Drückebergern und Schiebern, die mitten im Kriege Frieden spielen und die Not des Volkes zu eigensüchtigen Zwecken ausnutzen wollen? Seid Ihr damit einverstanden, dass, wer sich am Krieg vergeht, den Kopf verliert?
Ich frage Euch zehntens und zuletzt: Wollt Ihr, dass, wie das nationalsozialistische Parteiprogramm es gebietet, gerade im Kriege gleiche Rechte und gleiche Pflichten vorherrschen, dass die Heimat die schweren Belastangen des Krieges solidarisch auf ihre Schultern nimmt und dass sie für Hoch und Niedrig und Arm und Reich in gleicher Weise verteilt werden?
Ich habe Euch gefragt; Ihr habt mir Eure Antwort gegeben. Ihr seid ein Stück Volk, durch Euren Mund hat sich damit die Stellungnahme des deutschen Volkes manifestiert. Ihr habt unseren Feinden das zugerufen, was sie wissen müssen, damit sie sich keinen Illusionen und falschen Vorstellungen hingeben. Somit sind wir, wie von der ersten Stunde unserer Macht an und durch all die zehn Jahre hindurch, fest und brüderlich mit dem deutschen Volk vereint. Der mächtigste Bundesgenosse, den es auf dieser Welt gibt, das Volk selbst, steht hinter uns und ist entschlossen, mit dem Führer, koste es, was es wolle, und unter Aufnahme auch der schwersten Opfer den Sieg kämpfend zu erstrebten. Welche Macht der Welt könnte uns jetzt noch hindern, alles das durchzusetzen und zu erfüllen, was wir uns als Ziel gesteckt haben. Jetzt wird und muss es uns gelingen! Ich stehe hier vor Euch nicht nur als Sprecher der Regierung, sondern auch als Sprecher des Volkes. Um mich herum sitzen meine alten Freunde aus der Partei, die hohe Ämter in der Führung von Volk und Staat bekleiden. Neben mir sitzt Parteigenosse Speer, der vom Führer den geschichtlichen Auftrag erhalten hat, die deutsche Rüstungswirtschaft zu mobilisieren und der Front Waffen in Hülle und Fülle zu liefern. Neben mir sitzt Parteigenosse Dr. Ley, der vom Führer den Auftrag erhalten hat, die Führung der deutschen Arbeiterschaft durchzuführen und sie in unermüdlichem Einsatz für ihre Kriegspflichten zu schulen und zu erziehen. Wir fühlen uns verbunden mit unserem Parteigenossen Sauckel, der vom Führer den Auftrag erhalten hat, ungezählte Hunderttausende von Arbeitskräften ins Reich zu bringen, die einen Zuschuss an die

nationale Wirtschaft darstellen, der vom Feind überhaupt nicht eingeholt werden kann. Darüber hinaus sind mit uns vereinigt alle Führer der Partei, der Wehrmacht und des Staates.
Wir alle, Kinder unseres Volkes, zusammengeschweißt mit dem Volke in der größten Schicksalsstunde unserer nationalen Geschichte, wir geloben Euch, wir geloben der Front, und wir geloben dem Führer, dass wir die Heimat zu einem Willensblock zusammenschweißen wollen, auf den sich der Führer und seine kämpfenden Soldaten unbedingt und blindlings verlassen können. Wir verpflichten uns, in unserem Leben und Arbeiten alles zu tun, was zum Siege nötig ist. Unsere Herzen wollen wir erfüllen mit jener politischen Leidenschaft, die uns immer in den großen Kampfzeiten der Partei und des Staates wie ein ewig brennendes Feuer verzehrte. Nie wollen wir in diesem Kriege jener falschen und scheinheiligen Objektivitätsdusselei verfallen, der die deutsche Nation in ihrer Geschichte schon so viel Unglück zu verdanken hat.
Als dieser Krieg begann, haben wir unsere Augen einzig und allein auf die Nation gerichtet. Was ihr und ihrem Lebenskampf dient, das ist gut und muss erhalten und gefördert werden. Was ihr und ihrem Lebenskampfe schadet, das ist schlecht und muss beseitigt und abgeschnitten werden. Mit heißem Herzen und kühlem Kopf wollen wir an die Bewältigung der großen Probleme dieses Zeitabschnittes des Krieges herantreten. Wir beschreiten damit den Weg zum endgültigen Sieg. Er liegt begründet im Glauben an den Führer.
So stelle ich denn an diesem Abend der ganzen Nation noch einmal ihre große Pflicht vor Augen. Der Führer erwartet von uns eine Leistung, die alles bisher Dagewesene in den Schatten stellt. Wir wollen uns seiner Forderung nicht versagen. Wie wir stolz auf ihn sind, so soll er stolz auf uns sein können.
In den größten Krisen und Erschütterungen des nationalen Lebens erst bewähren sich die wahren Männer, aber auch die wahren Frauen. Da hat man nicht mehr das Recht, vom schwachen Geschlecht zu sprechen, da beweisen beide Geschlechter die gleiche Kampfentschlossenheit und Seelenstärke. Die Nation ist zu allem bereit. Der Führer hat befohlen, wir werden ihm folgen. Wenn wir je treu und unverbrüchlich an den Sieg geglaubt haben, dann in dieser Stunde der nationalen Besinnung und der inneren Aufrichtung. Wir sehen ihn greifbar nahe vor uns liegen; wir müssen nur zufassen. Wir müssen nur die Entschlusskraft aufbringen, alles andere seinem Dienst unterzuordnen. Das ist das Gebot der Stunde. Und darum lautet die Parole:
Nun, Volk, steh auf und Sturm brich los!
(Die letzten Worte des Ministers gehen in nicht enden wollenden stürmischen Beifallskundgebungen unter)

Background: This long speech by Joseph Goebbels is also his most famous. It was delivered on 18 February 1943 to a large, but carefully selected audience in Berlin. The battle of Stalingrad had ended, and the true seriousness of the war was evident to everyone. Goebbels wanted the speech to build popular enthusiasm for the war, and also to convince Hitler to give him greater powers in running the war economy. Albert Speer reports talking with Goebbels afterwards:

> **Except for Hitler's most successful public meetings, I had never seen an audience so effectively roused to fanaticism. Back in his home, Goebbels astonished me by analyzing what had seemed to be a purely emotional outburst in terms of its psychological effect — much as an experienced actor might have done. He was also satisfied with his audience that evening. "Did you notice? They reacted to the smallest nuance and applauded at just the right moments. It was the politically best-trained audience you can find in Germany."**

Goebbels had used the concluding quotation of the speech ("Now, people rise up, and let the storm break loose!") in earlier speeches, for example a campaign speech before the Nazi takeover of power on 6 July 1932.

I particularly thank Malte Ecker in Berlin, who made many valuable suggestions for improving my translation, and caught a number of errors.

In my book ***Landmark Speeches of National Socialism***, I provide the **oral version** of the speech. There are signficant differences between the two. The most striking is that in the oral version, Goebbels begins to mention the extermination of the Jews, then catches himself in the middle of the word. It's also interesting to note that the audience reactions reported in the text below are sometimes stronger than the recording justifies.

The source: "Nun, Volk steh auf, und Sturm brich los! Rede im Berliner Sportpalast," *Der steile Aufstieg* (Munich: Zentralverlag der NSDAP, 1944), pp. 167-204.

Nation, Rise Up, and Let the Storm Break Loose

by Joseph Goebbels

Only three weeks ago I stood in this place to read the Führer's proclamation on the 10th anniversary of the seizure of power, and to speak to you and to the German people. The crisis we now face on the Eastern Front was at its height. In the midst of the hard misfortunes the nation faced in the battle on the Volga, we gathered together in a mass meeting on the 30th of January to display our unity, our unanimity and our strong will to overcome the difficulties we faced in the fourth year of the war.

It was a moving experience for me, and probably also for all of you, to be bound by radio with the last heroic fighters in Stalingrad during our powerful meeting here in the Sport Palace. They radioed to us that they had heard the Führer's proclamation, and perhaps for the last time in their lives joined us in raising their hands to sing the national anthems. What an example German soldiers have set in this great age! And what an obligation it puts on us all, particularly the entire German homeland! Stalingrad was and is fate's great alarm call to the German nation! A nation that has the strength to survive and overcome such a disaster, even to draw from it additional strength, is unbeatable. In my speech to you and the German people, I shall remember the heroes of Stalingrad, who put me and all of us under a deep obligation.



I do not know how many millions of people are listening to me over the radio tonight, at home and at the front. I want to speak to all of you from the depths of my heart to the depths of yours. I believe that the entire German people has a passionate interest in what I have to say tonight. I will therefore speak with holy seriousness and openness, as the hour demands. The German people, raised, educated and disciplined by National Socialism, can bear the whole truth. It knows the gravity of the situation, and

its leadership can therefore demand the necessary hard measures, yes even the hardest measures. We Germans are armed against weakness and uncertainty. The blows and misfortunes of the war only give us additional strength, firm resolve, and a spiritual and fighting will to overcome all difficulties and obstacles with revolutionary élan.

Now is not the time to ask how it all happened. That can wait until later, when the German people and the whole world will learn the full truth about the misfortune of the past weeks, and its deep and fateful significance. The heroic sacrifices of heroism of our soldiers in Stalingrad has had vast historical significance for the whole Eastern Front. It was not in vain. The future will make clear why.

When I jump over the past to look ahead, I do it intentionally. The time is short! There is no time for fruitless debates. We must act, immediately, thoroughly, and decisively, as has always been the National Socialist way.

The movement has from its beginning acted in that way to master the many crises it faced and overcame. The National Socialist state also acted decisively when faced by a threat. We are not like the ostrich that sticks its head in the sand so as not to see danger. We are brave enough to look danger in the face, to coolly and ruthlessly take its measure, then act decisively with our heads held high. Both as a movement and as a nation, we have always been at our best when we needed fanatic, determined wills to overcome and eliminate danger, or a strength of character sufficient to overcome every obstacle, or bitter determination to reach our goal, or an iron heart capable of withstanding every internal and external battle. So it will be today. My task is to give you an unvarnished picture of the situation, and to draw the hard conclusions that will guide the actions of the German government, but also of the German people.

We face a serious military challenge in the East. The crisis is at the moment a broad one, similar but not identical in many ways to that of the previous winter. Later we will discuss the causes. Now, we must accept things as they are and discover and apply the ways and means to turn things again in our favor. There is no point in disputing the seriousness of the situation. I do not want to give you a false impression of the situation that could lead to false conclusions, perhaps giving the German people a false sense of security that is altogether inappropriate in the present situation.

The storm raging against our venerable continent from the steppes this winter overshadows all previous human and historical experience. The German army and its allies are the only possible defense. In his proclamation on 30 January, the Führer asked in a grave and compelling way what would have become of Germany and Europe if, on 30 January 1933, a bourgeois or democratic government had taken power instead of the National Socialists! What dangers would have followed, faster than we could then have suspected, and what powers of defense would we have had to meet them? Ten years of National Socialism have been enough to make plain to the German people the seriousness of the danger posed by Bolshevism from the East. Now one can understand why we spoke so often of the fight against Bolshevism at our Nuremberg party rallies. We raised our voices in warning to our German people and the world, hoping to awaken Western humanity from the paralysis of will and spirit into which it had fallen. We tried to open their eyes to the horrible danger from Eastern Bolshevism, which had subjected a nation of nearly 200 million people to the terror of the Jews and was preparing an aggressive war against Europe.

When the Führer ordered the army to attack the East on 22 June 1941, we all knew that this would be the decisive battle of this great struggle. We knew the dangers and difficulties. But we also knew that dangers and difficulties always grow over time, they never diminish. It was two minutes before midnight. Waiting any longer could easily have led to the destruction of the Reich and a total Bolshevization of the European continent.

It is understandable that, as a result of broad concealment and misleading actions by the Bolshevist government, we did not properly evaluate the Soviet Union's war potential. Only now do we see its true scale. That is why the battle our soldiers face in the East exceeds in its hardness, dangers and difficulties all human imagining. It demands our full national strength. This is a threat to the Reich and to the European continent that casts all previous dangers into the shadows. If we fail, we will have failed our historic mission. Everything we have built and done in the past pales in the face of this gigantic task that the German army directly and the German people less directly face.

I speak first to the world, and proclaim three theses regarding our fight against the Bolshevist danger in the East.

This first thesis: Were the German army not in a position to break the danger from the East, the Reich would fall to Bolshevism, and all Europe shortly afterwards.

Second: The German army, the German people and their allies alone have the strength to save Europe from this threat.

Third: Danger faces us. We must act quickly and decisively, or it will be too late.

I turn to the first thesis. Bolshevism has always proclaimed its goal openly: to bring revolution not only to Europe, but to the entire world, and plunge it into Bolshevist chaos. This goal has been evident from the beginning of the Bolshevist Soviet Union, and has been the ideological and practical goal of the Kremlin's policies. Clearly, the nearer Stalin and the other Soviet leaders believe they are to realizing their world-destroying objectives, the more they attempt to hide and conceal them. We cannot be

fooled. We are not like those timid souls who wait like the hypnotized rabbit until the serpent devours them. We prefer to recognize the danger in good time and take effective action. We see through not only the ideology of Bolshevism, but also its practice, for we had great success with that in our domestic struggles. The Kremlin cannot deceive us. We had fourteen years of our struggle for power, and ten years thereafter, to unmask its intentions and its infamous deceptions.

The goal of Bolshevism is Jewish world revolution. They want to bring chaos to the Reich and Europe, using the resulting hopelessness and desperation to establish their international, Bolshevist-concealed capitalist tyranny.

I do not need to say what that would mean for the German people. A Bolshevization of the Reich would mean the liquidation of our entire intelligentsia and leadership, and the descent of our workers into Bolshevist-Jewish slavery. In Moscow, they find workers for forced labor battalions in the Siberian tundra, as the Führer said in his proclamation on 30 January. The revolt of the steppes is readying itself at the front, and the storm from the East that breaks against our lines daily in increasing strength is nothing other than a repetition of the historical devastation that has so often in the past endangered our part of the world.

That is a direct threat to the existence of every European power. No one should believe that Bolshevism would stop at the borders of the Reich, were it to be victorious. The goal of its aggressive policies and wars is the Bolshevization of every land and people in the world. In the face of such undeniable intentions, we are not impressed by paper declarations from the Kremlin or guarantees from London or Washington. We know that we are dealing in the East with an infernal political devilishness that does not recognize the norms governing relations between people and nations. When for example the English Lord Beaverbrook says that Europe must be given over to the Soviets or when the leading American Jewish journalist Brown cynically adds that a Bolshevization of Europe might solve all of the continent's problems, we know what they have in mind. The European powers are facing the most critical question. The West is in danger. It makes no difference whether or not their governments and intellectuals realize it or not.

The German people, in any event, is unwilling to bow to this danger. Behind the oncoming Soviet divisions we see the Jewish liquidation commandos, and behind them terror, the specter of mass starvation and complete anarchy. International Jewry is the devilish ferment of decomposition that finds cynical satisfaction in plunging the world into the deepest chaos and destroying ancient cultures that it played no role in building.

We also know our historic responsibility. Two thousand years of Western civilization are in danger. One cannot overestimate the danger. It is indicative that when one names it as it is, International Jewry throughout the world protests loudly. Things have gone so far in Europe that one cannot call a danger a danger when it is caused by the Jews.

That does not stop us from drawing the necessary conclusions. That is what we did in our earlier domestic battles. The democratic Jewry of the "Berliner Tageblatt" and the "Vossischen Zeitung" served communist Jewry by minimizing and downplaying a growing danger, and by lulling our threatened people to sleep and reducing their ability to resist. We could see, if the danger were not overcome, the specter of hunger, misery, and forced labor by millions of Germans. We could see our venerable part of the world collapse, and bury in its ruins the ancient inheritance of the West. That is the danger we face today.

My second thesis: Only the German Reich and its allies are in the position to resist this danger. The European nations, including England, believe that they are strong enough to resist effectively the Bolshevization of Europe, should it come to that. This belief is childish and not even worth refuting. If the strongest military force in the world is not able to break the threat of Bolshevism, who else could do it? (The crowd in the Sportpalast shouts "No one!"). The neutral European nations have neither the potential nor the military means nor the spiritual strength to provide even the least resistance to Bolshevism. Bolshevism's robotic divisions would roll over them within a few days. In the capitals of the mid-sized and smaller European states, they console themselves with the idea that one must be spiritually armed against Bolshevism (laughter). That reminds us of the statements by bourgeois parties in 1932, who thought they could fight and win the battle against communism with spiritual weapons. That was too stupid even then to be worth refuting. Eastern Bolshevism is not only a doctrine of terrorism, it is also the practice of terrorism. It strives for its goals with an infernal thoroughness, using every resource at its disposal, regardless of the welfare, prosperity or peace of the peoples it ruthlessly oppresses. What would England and America do if, in the worst case, Europe fell into Bolshevism's arms? Will London perhaps persuade Bolshevism to stop at the English Channel? I have already said that Bolshevism has its foreign legions in the form of communist parties in every democratic nation. None of these states can think it is immune to domestic Bolshevism. In a recent by-election for the House of Commons, the independent, that is communist, candidate got 10,741 of the 22,371 votes cast. This was in a district that had formerly been a conservative stronghold. Within a short time, 10,000 voters, nearly half, had been lost to the communists.

That is proof that the Bolshevist danger exists in England too, and that it will not go away simply because it is ignored. We place no faith in any territorial promises that the Soviet Union may make. Bolshevism set ideological as well as military boundaries, which poses a danger to every nation. The world no longer has the choice between falling back into its old fragmentation or accepting a new order for Europe under Axis leadership. The only choice now is between living under Axis protection or in a Bolshevist Europe.

I am firmly convinced that the lamenting lords and archbishops in London have not the slightest intention of resisting the Bolshevist danger that would result were the Soviet army to enter Europe. Jewry has so deeply infected the Anglo-Saxon states both spiritually and politically that they are no longer have the ability to see the danger. It conceals itself as Bolshevism in the Soviet Union, and plutocratic-capitalism in the Anglo-Saxon states. The Jewish race is an expert at mimicry. They put their host peoples to sleep, paralyzing their defensive abilities. (Shouts from the crowd: "We have experienced it!"). Our insight into the matter led us to the early realization that cooperation between international plutocracy and international Bolshevism was not a contradiction, but rather a sign of deep commonalities. The hand of the pseudo-civilized Jewry of Western Europe shakes the hand of the Jewry of the Eastern ghettos over Germany. Europe is in deadly danger.

I do not flatter myself into believing that my remarks will influence public opinion in the neutral, much less the enemy, states. That is also not my goal or intention. I know that, given our problems on the Eastern Front, the English press tomorrow will furiously attack me with the accusation that I have made the first peace feelers (loud laughter). That is certainly not so. No one in Germany thinks any longer of a cowardly compromise. The entire people thinks only of a hard war. As a spokesman for the leading nation of the continent, however, I claim the right to call a danger a danger if it threatens not threatens not only our own land, but our entire continent. We National Socialists have the duty to sound the alarm against International Jewry's attempt to plunge the European continent into chaos, and to warn that Jewry has in Bolshevism a terroristic military power whose danger cannot be overestimated.

My third thesis is that the danger is immediate. The paralysis of the Western European democracies before their deadliest threat is frightening. International Jewry is doing all it can to encourage such paralysis. During our struggle for power in Germany, Jewish newspapers tried to conceal the danger, until National Socialism awakened the people. It is just the same today in other nations. Jewry once again reveals itself as the incarnation of evil, as the plastic demon of decay and the bearer of an international culture-destroying chaos.

This explains, by the way, our consistent Jewish policies. We see Jewry as a direct threat to every nation. We do not care what other peoples do about the danger. What we do to defend ourselves is our own business, however, and we will not tolerate objections from others. Jewry is a contagious infection. Enemy nations may raise hypocritical protests against our measures against Jewry and cry crocodile tears, but that will not stop us from doing that which is necessary. Germany, in any event, has no intention of bowing before this threat, but rather intends to take the most radical measures, if necessary, in good time (After this sentence, the chants of the audience prevent the minister from going on for several minutes).

The military challenges of the Reich in the East are at the center of everything. The war of mechanized robots against Germany and Europe has reached its high point. In resisting the grave and direct threat with its weapons, the German people and its Axis allies are fulfilling in the truest sense of the word a European mission. Our courageous and just battle against this world-wide plague will not be hindered by the worldwide outcry of International Jewry. It can and must end only with victory (Here there are loud shouts: "German men, to arms! German women, to work!").

The tragic battle of Stalingrad is a symbol of heroic, manly resistance to the revolt of the steppes. It has not only a military, but also an intellectual and spiritual significance for the German people. Here for the first time our eyes have been opened to the true nature of the war. We want no more false hopes and illusions. We want bravely to look the facts in the face, however hard and dreadful they may be. The history of our party and our state has proven that a danger recognized is a danger defeated. Our coming hard battles in the East will be under the sign of this heroic resistance. It will require previously undreamed of efforts by our soldiers and our weapons. A merciless war is raging in the East. The Führer was right when he said that in the end there will not be winners and losers, but the living and the dead.

The German nation knows that. Its healthy instincts have led it through the daily confusion of intellectual and spiritual difficulties. We know today that the Blitzkrieg in Poland and the campaign in the West have only limited significance to the battle in the East. The German nation is fighting for everything it has. We know that the German people are defending their holiest possessions: their families, women and children, the beautiful and untouched countryside, their cities and villages, their two thousand year old culture, everything indeed that makes life worth living.

Bolshevism of course has not the slightest appreciation for our nation's treasures, and would take no heed of them whatsoever if it came to that. It did not do so even for its own people. The Soviet Union over the last 25 years built up Bolshevism's military potential to an unimaginable degree, and one we falsely evaluated. Terrorist Jewry had 200 million people to serve it in Russia. It cynically used its methods on to create out of the stolid toughness of the Russian people a grave danger for the civilized nations of Europe. A whole nation in the East was driven to battle. Men, women, and even children are employed not only in armaments factories, but in the war itself. 200 million live under the terror of the GPU, partially captives of a devilish viewpoint, partially of absolute stupidity. The masses of tanks we have faced on the Eastern Front are the result of 25 years of social misfortune and misery of the Bolshevist people. We have to respond with similar measures if we do not want to give up the game as lost.

My firm conviction is that we cannot overcome the Bolshevist danger unless we use equivalent, though not identical, methods. The German people face the gravest demand of the war, namely of finding the

determination to use all our resources to protect everything we have and everything we will need in the future.

Total war is the demand of the hour. We must put an end to the bourgeois attitude that we have also seen in this war: Wash my back, but don't get me wet! (Every sentence is met with growing applause and agreement.) The danger facing us is enormous. The efforts we take to meet it must be just as enormous. The time has come to remove the kid gloves and use our fists. (A cry of elemental agreement rises. Chants from the galleries and seats testify to the full approval of the crowd.) We can no longer make only partial and careless use of the war potential at home and in the significant parts of Europe that we control. We must use our full resources, as quickly and thoroughly as it is organizationally and practically possible. Unnecessary concern is wholly out of place. The future of Europe hangs on our success in the East. We are ready to defend it. The German people are shedding their most valuable national blood in this battle. The rest of Europe should at least work to support us. There are many serious voices in Europe that have already realized this. Others still resist. That cannot influence us. If danger faced them alone, we could view their reluctance as literary nonsense of no significance. But the danger faces us all, and we must all do our share. Those who today do not understand that will thank us tomorrow on bended knees that we courageously and firmly took on the task.

It bothers us not in the least that our enemies abroad claim that our total war measures resemble those of Bolshevism. They claim hypocritically that that means there is no need to fight Bolshevism. The question here is not one of method, but of the goal, namely eliminating the danger. (Applause for several minutes) The question is not whether the methods are good or bad, but whether they are successful. The National Socialist government is ready to use every means. We do not care if anyone objects. We are not willing to weaken Germany's war potential by measures that maintain a high, almost peace-time standard of living for a certain class, thereby endangering our war effort. We are voluntarily giving up a significant part of our living standard to increase our war effort as quickly and completely as possible. This is not an end in itself, but rather a means to an end. Our social standard of living will be even higher after the war. We do not need to imitate Bolshevist methods, because we have better people and leaders, which gives us a great advantage. But things have shown that we must do much more than we have done so far to turn the war in the East decisively in our favor.

As countless letters from the homeland and the front have shown, by the way, the entire German people agrees. Everyone knows that if we lose, all will be destroyed. The people and leadership are determined to take the most radical measures. The broad working masses of our people are not unhappy because the government is too ruthless. If anything, they are unhappy because it is too considerate. Ask anyone in Germany, and he will say: The most radical is just radical enough, and the most total is just total enough to gain victory.

The total war effort has become a matter of the entire German people. No one has any excuse for ignoring its demands. A storm of applause greeted my call on 30 January for total war. I can therefore assure you that the leadership's measures are in full agreement with the desires of the German people at home and at the front. The people are willing to bear any burden, even the heaviest, to make any sacrifice, if it leads to the great goal of victory. (Lively applause)

This naturally assumes that the burdens are shared equally. (Loud approval) We cannot tolerate a situation in which most people carry the burden of the war, while a small, passive portion attempts to escape its burdens and responsibilities. The measures we have taken, and the ones we will yet take, will be characterized by the spirit of National Socialist justice. We pay no heed to class or standing. Rich and poor, high and low must share the burdens equally. Everyone must do his duty in this grave hour, whether by choice or otherwise. We know this has the full support of the people. We would rather do too much rather than too little to achieve victory. No war in history has ever been lost because of too many soldiers or weapons. Many, however, have been lost because the opposite was true.

It is time to get the slackers moving. (Stormy agreement) They must be shaken out of their comfortable ease. We cannot wait until they come to their senses. That might be too late. The alarm must sound throughout the nation. Millions of hands must get to work throughout the country. The measures we have taken, and the ones we will now take, and which I shall discuss later in this speech, are critical for our whole public and private life. The individual may have to make great sacrifices, but they are tiny when compared to the sacrifices he would have to make if his refusal brought down on us the greatest national disaster. It is better to operate at the right time than to wait until the disease has taken root. One may not complain to the doctor or sue him for bodily injury. He cuts not to kill, but to save the patient's life.

Again let me say that the heavier the sacrifices the German people must make, the more urgent it is that they be fairly shared. The people want it that way. No one resists even the heaviest burdens of war. But it angers people when a few always try to escape the burdens. The National Socialist government has both the moral and political duty to oppose such attempts, if necessary with draconian penalties. (Agreement) Leniency here would be completely out of place, leading in time to a confusion in the people's emotions and attitudes that would be a grave danger to our public morale.

We are therefore compelled to adopt a series of measures that are not essential for the war effort in themselves, but seem necessary to maintain moral at home and at the front. The optics of the war, that is, how things outwardly appear, is of decisive importance in this fourth year of war. In view of the superhuman sacrifices that the front makes each day, it has a basic right to expect that no one at home claims the right to ignore the war and its demands. And not only the front demands this, but the overwhelming part of the homeland. The industrious have a right to expect that if they work ten or

twelve or fourteen hours a day, a lazy person does not stand next to them who thinks them foolish. The homeland must stay pure and intact in its entirety. Nothing may disturb the picture.

There are therefore a series of measures that take account of the war's optics. We have ordered, for example, the closing of bars and night clubs. I cannot imagine that people who are doing their duty for the war effort still have the energy to stay out late into the night in such places. I can only conclude that they are not taking their responsibilities seriously. We have closed these establishments because they began to offend us, and because they disturb the image of the war. We have nothing against amusements as such. After the war we will happily go by the rule "Live and let live." But during a war, the slogan must be "Fight and let fight!"

We have also closed luxury restaurants that demand far more resources than is reasonable. It may be that an occasional person thinks that, even during war, his stomach is the most important thing. We cannot pay him any heed. At the front everyone from the simple soldier to the general field marshal eats from the field kitchen. I do not believe that it is asking too much to insist that we in the homeland pay heed to at least the basic laws of community thinking. We can become gourmets once again when the war is over. Right now, we have more important things to do than worry about our stomachs.

Countless luxury stores have also been closed. They often offended the buying public. There was generally nothing to buy, unless perhaps one paid here and there with butter or eggs instead of money. What good do shops do that no longer have anything to sell, but only use electricity, heating, and human labor that is lacking everywhere else, particularly in the armaments industry.

It is no excuse to say that keeping some of these shops open gives a lovely impression to foreigners. Foreigners will be impressed only by a German victory! (Stormy applause). Everyone will want to be our friend if we win the war. But if we lose, we will be able to count our friends on the fingers of one hand. We have put an end to such illusions. We want to put these people standing in empty shops to useful work in the war economy. This process is already in motion, and will be completed by 15 March. It is of course a major transformation in our entire economic life. We are following a plan. We do not want to accuse anyone unjustly or open them to complaints and accusations from every side. We are only doing what is necessary. But we are doing it quickly and thoroughly.

We would rather wear worn clothing for a few years than have our people wear rags for a few centuries. What good are fashion salons today? They only use light, heat and workers. They will reappear when the war is over. What good are beauty shops that encourage a cult of beauty and take enormous time and energy? In peace they are wonderful, but a waste of time during war. Our women and girls will be able to greet our victorious returning soldiers without their peacetime finery. (Applause)

Government offices will work faster and less bureaucratically. It does not leave a good impression when the office closes on the dot after eight hours. The people are not there for the offices, the offices are there for the people. One has to work until the work is done. That is a requirement of the war. If the Führer can do that, so can his paid employees. If there is not enough work to fill the extended hours, 10 or 20 or 30 percent of the workers can be transferred to war production and replace other men for service at the front. That applies to all offices in the homeland. That by itself may make the work in some offices go more quickly and easily. We must learn from the war to operate quickly, not only thoroughly. The soldier at the front does not have weeks to think things over, to pass his thoughts up the line or let them sit in dusty files. He must act immediately or lose his life. In the homeland we do not lose our lives if we work slowly, but we do endanger the life of our people.

Everyone must learn to pay heed to war morale, and pay attention to the just demands of working and fighting people. We are not spoilsports, but neither will we tolerate those who hinder our efforts.

It is, for example, intolerable that certain men and women stay for weeks in spas and trade rumors, taking places away from soldiers on leave or from workers who are entitled to a vacation after a year of hard work. That is intolerable, and we have put an end to it. The war is not a time for amusement. Until it is over, we take our deepest satisfaction in work and battle. Those who do not understand that by themselves must be taught to understand it, and forced if need be. The harshest measures may be needed.

It does not look good, for example, when we devote enormous propaganda to the theme: "Wheels must roll for victory!," with the result that people avoid unnecessary travel only to see unemployed pleasure-seekers find more room for themselves in the trains. The railroad serves to transport war goods and travelers on war business. Only those who need a rest from hard work deserve a vacation. The Führer has not had a day of vacation since the war began. Since the first man of the country takes his duty so seriously and responsibly, it must be expected that every citizen will follow his example.

On the other hand, the government is doing all it can to give working people the relaxation they need in these trying times. Theaters, movie houses, and music halls remain in full operation. The radio is working to expand and improve its programming. We have no intention of inflicting a gray winter mood on our people. That which serves the people and keeps up its fighting and working strength is good and essential to the war effort. We want to eliminate the opposite. To balance the measures I have already discussed, I have therefore ordered that cultural and spiritual establishments that serve the people not be decreased, but increased. As long as they aid rather than harm the war effort, they must be supported by the government. That applies to sports as well. Sports are not only for particular circles today, but a matter for the entire people. Military exemptions for athletes are out of place. The purpose of sports is to steel the body, certainly with the goal of using it appropriately in time of the people's greatest need.

The front shares our desires. The entire German people agrees passionately. It is no longer willing to put up with efforts that only waste time and resources. It will not put up with complicated questionnaires on every possible issue. It does not want to worry about a thousand minor matters that may have been important in peace, but are entirely unimportant during war. It also does not need to be constantly reminded of its duty by references to the great sacrifices of our soldiers at Stalingrad. It knows what it has to do. It wants everyone, high and low, rich and poor, to share a spartan life style. The Führer gives us all an example, one that must be followed by everyone. He knows only work and care. We do not want to leave it all to him, but rather we want to take that part of it from him which we are able to bear.

The present day has a remarkable resemblance for every genuine National Socialist to the period of struggle. We have always acted in the same way. We were with the people through thick and thin, and that is why the people followed us. We have always carried our burdens together with the people, and therefore they did not seem heavy to us, but rather light. The people want to be led. Never in history has the people failed a brave and determined leadership a critical hour.

Let me say a few words in this regard about practical measures in our total war effort that we have already taken.

The problem is freeing soldiers for the front, and freeing workers for the armaments industry. These are the primary goals, even at the cost of our standard of social life. This does not mean a permanent decline in our standard of living. It is only a means to reaching an end, that of total war.

As part of this campaign, hundreds of thousands of military exemptions have been canceled. These exemptions were given because we did not have enough skilled labor to fill the positions that would have been left open by revoking them. The reason for our current measures is to mobilize the necessary workers. That is why we have appealed to men not working in the war economy, and to women who were not working at all. They will not and cannot ignore our call. The duty for women to work is broad. That does not however mean that only those included in the law have to work. Anyone is welcome. The more who join the war effort, the more soldiers we can free for the front.

Our enemies maintain that German women are not able to replace men in the war economy. That may be true for certain fields of heavy labor. But I am convinced that the German woman is determined to fill the spot left by the man leaving for the front, and to do so as soon as possible. We do not need to point out Bolshevism's example. For years, millions of the best German women have been working successfully in war production, and they wait impatiently to be joined and assisted by others. All those who join in the work are only giving the proper thanks to those at the front. Hundreds of thousands have already joined, and hundreds of thousands more will join. We hope soon to free up armies of workers who will in turn free up armies of fighting front soldiers.

I would think little of German women if I believed that they do not want to listen to my appeal. They will not seek to follow the letter of the law, or to slip through its loopholes. They few who may try will not succeed. We will not accept a doctor's excuse. Nor will we accept the alibi that one must help one's husband or relative or good friend as a way of avoiding work. We will respond appropriately. The few who may attempt it will only lose the respect of those around them. The people will despise them. No one expects a woman lacking the requisite physical strength to go to work in a tank factory. There are however numerous jobs in war production that do not demand great physical strength, and which a woman can do even if she comes from the better circles. No one is too good to work, and we all have the choice to give up what we have, or to lose everything.

It is also time to ask women with household help if they really need it. One can take care of the house and children oneself, freeing the servant for other tasks, or leave the house and children in care of the servant or the NSV **[the party welfare organization]**, and go to work oneself. Life may not be as pleasant as it is during peace. But we are not at peace, we are at war. We can be comfortable after we have won the war. Now we must sacrifice our comforts to gain victory.

Soldiers' wives surely understand this. They know it is their duty to their husbands to support them by doing work that is important to the war effort. That is true above all in agriculture. The wives of farmers must set a good example. Both men and women must be sure that no one does less during war than they did in peace; more work must instead be done in every area.

One may not, by the way, make the mistake of leaving everything to the government. The government can only set the broad guidelines. To give life to those guidelines is the job of working people, under the inspiring leadership of the party. Fast action is essential.

One must go beyond the legal requirements. "Volunteer!" is the slogan. As Gauleiter of Berlin, I appeal here above all to my fellow Berliners. They have given enough good examples of noble behavior and bravery during the war such that they will not fail here. Their practical behavior and good cheer even during war have earned them a good name throughout the world. This good name must be maintained and strengthened! If I appeal to my fellow Berliners to do some important work quickly, thoroughly, and without complaint, I know they will all obey. We do not want to complain about the difficulties of the day or grump to one another. Rather we want to behave not only like Berliners, but like Germans, by getting to work, acting, seizing the initiative and doing something, not leaving it to someone else.

What German woman would want to ignore my appeal on behalf of those fighting at the front? Who would want to put personal comfort above national duty? Who in view of the serious threat we face

would want to consider his private needs instead of the requirements of the war?

I reject with contempt the enemy's claim that we are imitating Bolshevism. We do not want to imitate Bolshevism, we want to defeat it, with whatever means are necessary. The German woman will best understand what I mean, for she has long known that the war our men are fighting today above all is a war to protect her children. Her holiest possession is guarded by our people's most valuable blood. The German woman must spontaneously proclaim her solidarity with her fighting men. She had better join the ranks of millions of workers in the homeland's army, and do it tomorrow rather than the day after tomorrow. A river of readiness must flow through the German people. I expect that countless women and above all men who are not doing essential war work will report to the authorities. He who gives quickly gives twice as much.

Our general economy is consolidating. That particularly affects the insurance and banking systems, the tax system, newspapers and magazines that are not essential for the war effort, and nonessential party and government activities, and also requires a further simplification of our life style.

I know that many of our people are making great sacrifices. I understand their sacrifices, and the government is trying to keep them to the necessary minimum. But some must remain, and must be borne. When the war is over, we will build up that which we now are eliminating, more generously and more beautifully, and the state will lend its hand.

I energetically reject the charge that our measures will eliminate the middle class or result in a monopoly economy. The middle class will regain its economic and social position after the war. The current measures are necessary for the war effort. They aim not at a structural transformation of the economy, but merely at winning the war as quickly as possible.

I do not dispute the fact that these measures will cause worry in the coming weeks. They will give us breathing room. We are laying the groundwork for the coming summer, without paying heed to the threats and boasting of the enemy. I am happy to reveal this plan for victory (Stormy applause) to the German people. They not only accept these measures, they have demanded them, demanded them more strongly than ever before during the war. The people want action! It is time for it! We must use our time to prepare for coming surprises.

I turn now to the entire German people, and particularly to the party, as the leader of the totalization of our domestic war effort. This is not the first major task you have faced. You will bring the usual revolutionary élan to bear on it. You will deal with the laziness and indolence that may occasionally show up. The government has issued general regulations, and will issue further ones in coming weeks. The minor issues not dealt with in these regulations must be taken care of by the people, under the party's leadership. One moral law stands above everything for each of us: to do nothing that harms the war effort, and to do everything that brings victory nearer.

In past years, we have often recalled the example of Frederick the Great in newspapers and on the radio. We did not have the right to do so. For a while during the Third Silesian War, Frederick II had five million Prussians, according to Schlieffen, standing against 90 million enemies. In the second of seven hellish years he suffered a defeat that shook Prussia's foundations. He never had enough soldiers and weapons to fight without risking everything. His strategy was always one of improvisation. But his principle was to attack the enemy whenever it was possible. He suffered defeats, but that was not decisive. What was decisive is that the Great King remained unbroken, that he was unshaken by the changing fortunes of war, that his strong heart overcame every danger. At the end of seven years of war, he was 51 years old, he had no teeth, he suffered from gout, and was tortured by a thousand pains, but he stood above the devastated battlefield as the victor. How does our situation compare with his?! Let us show the same will and decisiveness as he, and when the time comes do as he did, remaining unshakable through all the twists of fate, and like him win the battle even under the most unfavorable circumstances. Let us never doubt our great cause.

I am firmly convinced that the German people have been deeply moved by the blow of fate at Stalingrad. It has looked into the face of hard and pitiless war. It knows now the awful truth, and is resolved to follow the Führer through thick and thin. (The crowd rises and like the roaring ocean chants: Führer command, we follow! Heil our Führer!" The minister is unable to continue for several minutes.)

The English and American press in recent days has been writing at length about the attitude of the German people during this crisis. The English seem to think that they know the German people much better than we do, its own leadership. They give hypocritical advice on what we should do and not do. They believe that the German people today is the same as the German people of November 1918 that fell victim to their persuasive wiles. I do not need to disprove their assertions. That will come from the fighting and working German people.

To make the truth plain, however, my German comrades, I want to ask you a series of questions. I want you to answer them to the best of your knowledge, according to your conscience. When my audience cheered on 30 January, the English press reported the next day that it was all a propaganda show that did not represent the true opinion of the German people. (Spontaneous shouts of Pfui!" "Lies!" "Let them come here! They will learn differently!") I have invited to today's meeting a cross-section of the German people in the best sense of the word. (The minister's words were accompanied by stormy applause that increased in intensity as he came to the representatives of the army present at the meeting.) In front of me are rows of wounded German soldiers from the Eastern Front, missing legs and arms, with wounded bodies, those who have lost their sight, those who have come with nurses, men

in the blush of youth who stand with crutches. Among them are 50 who bear the Knight's Cross with Oak Leaves, shining examples of our fighting front. Behind them are armaments workers from Berlin tank factories. Behind them are party officials, soldiers from the fighting army, doctors, scientists, artists, engineers and architects, teachers, officials and employees from offices, proud representatives of every area of our intellectual life that even in the midst of war produce miracles of human genius. Throughout the Sportpalast I see thousands of German women. The youth is here, as are the aged. No class, no occupation, no age remained uninvited. I can rightly say that before me is gathered a representative sample of the German population, both from the homeland and the front. Is that true? Yes or no? (The Sportpalast experiences something seen only rarely even in this old fighting locale of National Socialism. The masses spring to their feet. A hurricane of thousands of voices shouts yes. The participants experience a spontaneous popular referendum and expression of will.) You, my hearers, at this moment represent the whole nation. I wish to ask you ten questions that you will answer for the German people throughout the world, but especially for our enemies, who are listening to us on the radio. (Only with difficulty can the minister be heard. The crowd is at the peak of excitement. The individual questions are razor sharp. Each individual feels as if he is being spoken to personally. With full participation and enthusiasm, the crowd answers each question. The Sportpalast rings with a single shout of agreement.)

The English maintain that the German people has lost faith in victory.

I ask you: Do you believe with the Führer and us in the final total victory of the German people?

I ask you: Are you resolved to follow the Führer through thick and thin to victory, and are you willing to accept the heaviest personal burdens?

Second, The English say that the German people are tired of fighting.

I ask you: Are you ready to follow the Führer as the phalanx of the homeland, standing behind the fighting army and to wage war with wild determination through all the turns of fate until victory is ours?

Third: The English maintain that the German people have no desire any longer to accept the government's growing demands for war work.

I ask you: Are you and the German people willing to work, if the Führer orders, 10, 12 and if necessary 14 hours a day and to give everything for victory?

Fourth: The English maintain that the German people is resisting the government's total war measures. It does not want total war, but capitulation! (Shouts: Never! Never! Never!)

I ask you: Do you want total war? If necessary, do you want a war more total and radical than anything that we can even imagine today?

Fifth: The English maintain that the German people have lost faith in the Führer.

I ask you: Is your confidence in the Führer greater, more faithful and more unshakable than ever before? Are you absolutely and completely ready to follow him wherever he goes and do all that is necessary to bring the war to a victorious end? (The crowd rises as one man. It displays unprecedented enthusiasm. Thousands of voices join in shouting: "Führer command, we follow!" A wave of shouts of Heil flows through the hall. As if by command, the flags and standards are raised as the highest expression of the sacred moment in which the crowd honors the Führer.)

Sixth, I ask you: Are you ready from now on to give your full strength to provide the Eastern Front with the men and munitions it needs to give Bolshevism the death blow?

Seventh, I ask you: Do you take a holy oath to the front that the homeland stands firm behind them, and that you will give them everything they need to win the victory?

Eighth, I ask you: Do you, especially you women, want the government to do all it can to encourage German women to put their full strength at work to support the war effort, and to release men for the front whenever possible, thereby helping the men at the front?

Ninth, I ask you: Do you approve, if necessary, the most radical measures against a small group of shirkers and black marketers who pretend there is peace in the middle of war and use the need of the nation for their own selfish purposes? Do you agree that those who harm the war effort should lose their heads?

Tenth and lastly, I ask you: Do you agree that above all in war, according to the National Socialist Party platform, the same rights and duties should apply to all, that the homeland should bear the heavy burdens of the war together, and that the burdens should be shared equally between high and low and rich and poor?

I have asked; you have given me your answers. You are part of the people, and your answers are those of the German people. You have told our enemies what they needed to hear so that they will have no illusions or false ideas.

Now, just as in the first hours of our rule and through the ten years that followed, we are bound firmly in brotherhood with the German people. The most powerful ally on earth, the people itself, stands behind

us and is determined to follow the Führer, come what may. They will accept the heaviest burdens to gain victory. What power on earth can hinder us from reaching our goal. Now we must and will succeed! I stand before you not only as the spokesman of the government, but as the spokesman of the people. My old party friends are here around me, clothed with the high offices of the people and the government. Party comrade Speer sits next to me. The Führer has given him the great task of mobilizing the German armaments industry and supplying the front with all the weapons it needs. Party comrade Dr. Ley sits next to me. The Führer has charged him with the leadership of the German work force, with schooling and training them in untiring work for the war effort. We feel deeply indebted to our party comrade Sauckel, who has been charged by the Führer to bring hundreds of thousands of workers to the Reich to support our national economy, something the enemy cannot do. All the leaders of the party, the army, and government join with us as well.

We are all children of our people, forged together by this most critical hour of our national history. We promise you, we promise the front, we promise the Führer, that we will mold together the homeland into a force on which the Führer and his fighting soldiers can rely on absolutely and blindly. We pledge to do all in our life and work that is necessary for victory. We will fill our hearts with the political passion, with the ever-burning fire that blazed during the great struggles of the party and the state. Never during this war will we fall prey to the false and hypocritical objectivism that has brought the German nation so much misfortune over its history.

When the war began, we turned our eyes to the nation alone. That which serves its struggle for life is good and must be encouraged. What harms its struggle for life is bad and must be eliminated and cut out. With burning hearts and cool heads we will overcome the major problems of this phase of the war. We are on the way to final victory. That victory rests on our faith in the Führer.

This evening I once again remind the whole nation of its duty. The Führer expects us to do that which will throw all we have done in the past into the shadows. We do not want to fail him. As we are proud of him, he should be proud of us.

The great crises and upsets of national life show who the true men and women are. We have no right any longer to speak of the weaker sex, for both sexes are displaying the same determination and spiritual strength. The nation is ready for anything. The Führer has commanded, and we will follow him. In this hour of national reflection and contemplation, we believe firmly and unshakably in victory. We see it before us, we need only reach for it. We must resolve to subordinate everything to it. That is the duty of the hour. Let the slogan be:

Now, people rise up and let the storm break loose!

(The minister's final words were lost in unending stormy applause)

[Page copyright © 1998 by Randall Bytwerk. No unauthorized reproduction. My e-mail address is available on the FAQ page.]

Go to the Goebbels Page.

Go to 1933-1945 Page.

Go to the German Propaganda Archive Home Page.

Popolo Sorgi, Tempesta Scatenati

Questo famoso discorso del Reichsminister Joseph Goebbels è del 18 febbraio 1943, poco dopo la fine della battaglia di Stalingrado, quando la gravità della situazione bellica si era fatta evidente. Fu tenuto allo Sportpalast a Berlino. Albert Speer così lo descrive: “A parte i più riusciti raduni pubblici di Hitler, io non avevo mai visto un uditorio così efficacemente portato 1 al fanatismo”. Quella riportata nelle pagine seguenti è la traduzione della versione stampata del discorso, che ha delle differenze importanti da quella orale, che fu registrata. 2 Si è ritenuto interessante riportare, nelle note, anche la traduzione delle variazioni e delle modifiche. Traduzione di F. R.

Nun, Volk steh auf, und Sturm brich los! Rede im Berliner Sportpalast Der steile Aufstieg (Monaco, Zentralverlag der NSDAP, 1944), pagine 167-204.

Popolo sorgi, tempesta scatenati! 3 di Joseph Goebbels



Manifesto di propaganda della Guerra Totale di Mjölnir, Hans Schweitzer **(Popolo sorgi, tempesta scatenati!)** vedi sito: http://www.thule-italia.org/visiva/schweitzer/schweitzer.html
Parte del lavoro dell’artista nel sito http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/posters1.htm

Soltanto tre settimane or sono ero qui per leggere la dichiarazione del Führer per il 10° anniversario della presa del potere e per parlare a voi ed al popolo tedesco. La crisi che ora stiamo affrontando sul Fronte Orientale era al proprio apice. Nel pieno della gravi sventure che la Nazione affrontava nella battaglia sul Volga, ci siamo raccolti in un raduno di massa, il 30 di gennaio, per mostrare la nostra unità, la nostra unanimità e la nostra ferma volontà di vincere le difficoltà che fronteggiavamo nel quarto anno di guerra. Fu per me un’esperienza commovente e probabilmente lo fu per tutti voi, essere collegati via radio con gli ultimi, eroici combattenti a Stalingrado 4 durante il nostro possente raduno, qui allo Sportpalast. Essi ci comunicarono che avevano ascoltato il proclama del Führer e forse per l’ultima volta nella vita si univano a noi colle braccia tese per intonare gli inni nazionali. Quale esempio hanno rappresentato i soldati tedeschi in questa grande epoca! E che obblighi ciò impone a noi tutti, in particolare all’intera madrepatria tedesca! Stalingrado è stata ed è il grande monito del destino alla Nazione tedesca! Una Nazione che ha la forza di sopravvivere ad un tale disastro e vincere, ed in più trarne forza ulteriore, è imbattibile. Nel mio discorso a voi e al popolo tedesco io ricorderò gli eroi di Stalingrado, che hanno lasciato a me e a voi tutti un immenso dovere da compiere. Io non so quanti milioni di persone mi stanno ascoltando stanotte alla radio, a casa e al fronte. Voglio parlare a tutti voi dal profondo del mio cuore ai vostri cuori. Io credo che l’intero popolo tedesco abbia un appassionato interesse per ciò che ho da dire stanotte. Perciò parlerò con sacra serietà e franchezza, come il momento esige. Il popolo tedesco, risvegliato, istruito e disciplinato dal Nazionalsocialismo, può sopportare tutta la verità. Esso è conscio della serietà della situazione e la sua leadership perciò può chiedergli le dure misure necessarie; sì! perfino i provvedimenti più energici. Noi tedeschi siamo agguerriti contro la debolezza e l’indecisione. I colpi e le sventure della guerra ci danno solo una forza maggiore, una risoluta determinazione e una volontà spirituale di combattere per vincere tutte le difficoltà e gli ostacoli con impeto rivoluzionario. Questo non è il momento di chiedersi come tutto ciò sia accaduto. Ciò può attendere un altro momento, 5 quando il popolo tedesco e il mondo intero apprenderanno la verità intera sulla sfortuna delle ultime settimane, sul suo profondo e fatale significato. Gli eroici sacrifici d’eroismo dei nostri soldati a Stalingrado hanno avuto un vasto, storico significato per l’intero Fronte Orientale. Non è stato invano. Il futuro chiarirà perché. Se salto il passato per guardare avanti lo faccio intenzionalmente. Il tempo è scarso! Non ne abbiamo per dibattiti inutili. Dobbiamo agire, immediatamente, approfonditamente e con decisione, alla maniera Nazionalsocialista di sempre. Il movimento, fin dagli inizi, ha operato in questo modo per dominare le molte crisi che affrontava e vincere. Anche lo Stato Nazionalsocialista agiva con decisione quando era di fronte ad una minaccia. **Noi non siamo come lo struzzo che caccia la testa nella sabbia per non vedere il pericolo**. Siamo sufficientemente coraggiosi per guardare in faccia il pericolo, per prendere provvedimenti con freddezza e durezza e quindi agire con decisione ed a testa alta. Sia come movimento che come Nazione, abbiamo risposto al meglio quando avevamo bisogno di volontà fanatiche e determinate a vincere ed eliminare il pericolo, oppure di forza di carattere sufficiente a sopraffare ogni ostacolo, o d’accanita determinazione per raggiungere il nostro scopo, o d’un cuore d’acciaio in grado di sostenere qualunque battaglia interna e esterna. Così sarà ora. Il mio compito è di esporvi un’immagine cruda della situazione e di trarre le durre conclusioni che guideranno le azioni del governo tedesco, come del popolo tedesco. Noi stiamo affrontando una grave sfida militare ad Est. La crisi, al momento, è ampia, simile per molti versi ma non identica a quella dell’inverno scorso. Più avanti ne discuteremo le cause. Adesso dobbiamo accettare le cose come sono e scoprire e applicare i modi, e impiegare i mezzi per svolgere le cose di nuovo a nostro favore. Non ha senso mettere in discussione la serietà della situazione. Io non voglio darvi una falsa impressione della situazione che potrebbe condurre a conclusioni altrettanto ingannevoli, magari dando al popolo tedesco una falso senso di sicurezza che è del tutto fuori luogo nella situazione attuale. 6 La tempesta che infuria dalle steppe contro il nostro venerabile continente, quest’inverno sovrasta tutte le precedenti esperienze umane e storiche. L’esercito tedesco ed i suoi alleati sono l’unica difesa possibile. Nel suo proclama del 30 gennaio il Führer ha chiesto in un modo solenne e irresistibile cosa sarebbe divenuta la Germania e l’Europa se, il 30 gennaio del 1933, fosse andato al potere un governo borghese e democratico invece dei Nazionalsocialisti! Quali pericoli ne sarebbero derivati, più rapidamente di quanto avessimo potuto sospettare, e quali capacità difensive avremmo avuto per affrontarli? Dieci anni di Nazionalsocialismo sono stati sufficienti a rendere evidente al popolo tedesco la serietà del pericolo rappresentato dal bolscevismo all’Est. Ora si può comprendere perché noi parlavamo così di frequente della lotta contro il bolscevismo ai nostri raduni di Norimberga. Alzavamo le nostre voci per mettere in guardia il popolo tedesco e il mondo, sperando di risvegliare i popoli d’Occidente dalla paralisi della volontà e dello spirito in cui erano precipitati. Abbiamo provato ad aprir loro gli occhi sul pericolo orrendo del bolscevismo orientale, che ha assoggettato una nazione di quasi 200 milioni di persone al terrore degli ebrei e che stava preparando una guerra d’aggressione contro l’Europa. Quando il Führer ordinò all’esercito l’attacco ad Est il 22 giugno 1941, noi tutti sapevamo che questa sarebbe stata la battaglia decisiva della nostra grande lotta. Conoscevamo i pericoli e le difficoltà. Ma sapevamo anche che i pericoli e le difficoltà sarebbero cresciuti col tempo e non diminuiti. Mancavano due minuti a mezzanotte. Attendere ancora avrebbe senz’altro condotto alla distruzione del Reich ed alla bolscevizzazione totale del continente europeo. E’ comprensibile che, come risultato delle vaste azioni fuorvianti e di occultamento del governo bolscevico, noi non abbiamo valutato in modo adeguato il potenziale bellico dell’Unione Sovietica. Soltanto adesso ci rendiamo conto della sua dimensione reale. Questo è il motivo per cui la battaglia che affrontano i nostri soldati ad Est oltrepassa per durezza, pericoli e difficoltà ogni umana immaginazione. Essa richiede la nostra completa potenza nazionale. Questa è una minaccia per il Reich e per il continente europeo che getta nell’ombra ogni pericolo precedente. Se falliamo, noi avremo fallito la nostra missione storica. Tutto ciò che abbiamo costruito e realizzato nel passato impallidisce di fronte a questo compito gigantesco che affrontano direttamente l’esercito tedesco e meno direttamente il popolo tedesco. Io parlo innanzitutto al mondo e proclamo tre tesi per quanto riguarda la nostra lotta contro il pericolo bolscevico all’Est.
La prima: se l’esercito tedesco non fosse in condizione di stroncare il pericolo dall’Est, il Reich cadrebbe preda del bolscevismo e tutta l’Europa lo seguirebbe in poco tempo.
La seconda: soltanto l’esercito tedesco, il popolo tedesco e i loro alleati hanno la forza di salvare l’Europa da questa minaccia.
La terza: il pericolo incombe. Dobbiamo agire rapidamente e con decisione oppure sarà troppo tardi.
Torno alla prima tesi. Il bolscevismo ha sempre dichiarato apertamente la propria meta: provocare la rivoluzione non soltanto in Europa ma nel mondo intero e precipitarlo nel caos bolscevico. Questa meta è stata evidente fin dalla nascita dell’Unione Sovietica bolscevica ed è stato il fine ideologico e pratico della politica del Cremlino. Evidentemente più Stalin e gli altri capi sovietici ritengono di essere prossimi a realizzare i loro obiettivi di distruzione del mondo più tentano di celarli e nasconderli. Non possiamo farci ingannare. Noi non siamo come quegli animi timidi che attendono, come fa il coniglio ipnotizzato finché il serpente non lo divora. Noi preferiamo riconoscere il pericolo in tempo e compiere un’azione efficace. Noi vediamo attraverso non solo l’ideologia del bolscevismo, ma anche attraverso la sua azione 7; per questo, con esso, abbiamo ottenuto grandi successi nelle lotte nazionali. Il Cremlino non può ingannarci. Abbiamo al nostro attivo quattordici anni di lotte per il potere e i dieci anni successivi, per smascherare le sue intenzioni e i suoi inganni infami. La meta del bolscevismo è la rivoluzione mondiale ebraica. Essi vogliono portare il caos nel Reich e in Europa, utilizzando la disperazione conseguente per instaurare la loro tirannia capitalista internazionale, mascherata di bolscevismo. Non c’è bisogno che vi dica cosa ciò rappresenterebbe per il popolo tedesco. La bolscevizzazione del Reich sarebbe la liquidazione della nostra intera intellighenzia e della Führung 8 e la caduta dei nostri lavoratori nella schiavitù giudaico-bolscevica. A Mosca loro trovano operai per i battaglioni di lavori forzati nella tundra siberiana, come ha detto il Führer nel suo proclama del 30 gennaio. La rivolta delle steppe si sta preparando al fronte, e la tempesta dall’Est che ogni giorno irrompe contro le nostre linee con forza crescente non è altro che una ripetizione della devastazione storica che tanto spesso, in passato, ha messo in pericolo la nostra parte del mondo. Quella è una minaccia diretta all’esistenza di ogni potenza europea. Nessuno pensi che il bolscevismo si fermerebbe ai confini del Reich, se riuscisse vittorioso. La meta della sua politica aggressiva e delle sue guerre è la bolscevizzazione di tutte le terre e tutti i popoli al mondo. A dispetto di queste intenzioni innegabili, noi non ci facciamo impressionare dalle dichiarazioni scritte 9 del Cremlino o dalle garanzie di Londra e Washington. Noi sappiamo che ad Est stiamo affrontando una crudeltà politica infernale che non ammette le norme che governano le relazioni fra i popoli e le nazioni. Quando, per esempio, l’inglese Lord Beaverbrook 10 sostiene che l’Europa dev’essere lasciata in mani sovietiche, o quando il principale giornalista ebreo americano, Brown, aggiunge cinicamente che la bolscevizzazione dell’Europa potrebbe risolvere tutti i problemi del continente, noi sappiamo cosa essi hanno in mente. Le potenze europee stanno fronteggiando il problema più critico. L’Occidente è in pericolo. **E non fa alcuna differenza se i governi e gli intellettuali se ne rendono conto oppure no.** 11 Il popolo tedesco, in ogni caso, non vuole rassegnarsi a questo pericolo. Dietro le divisioni sovietiche che avanzano verso di noi vediamo i commando ebraici liquidatori

e dietro di loro il terrore, lo spettro della fame di massa e della totale anarchia. L'ebraismo internazionale è il fermento diabolico della decomposizione che prova una cinica soddisfazione nel trascinare il mondo del caos più profondo e nel distruggere antiche culture nella cui edificazione non ha avuto ruolo alcuno. Noi sappiamo anche qual è la nostra responsabilità storica. Duemila anni di civiltà occidentale sono in pericolo. 12 Non si può sopravvalutare il pericolo. E' indicativo che quando lo si smaschera 13 per ciò che è veramente, il giudaismo internazionale protesta a gran voce in tutto il mondo. Le cose sono andate così lontano in Europa che non si può definire il pericolo come tale quand'esso è provocato dagli ebrei. 14 Ciò non ci fermerà dal trarre le necessarie conclusioni. Questo è quanto abbiamo fatto nelle nostre prime lotte in Germania. 15 Gli ebrei democratici del Berliner Tageblatt 16 e del Vossischen Zeitung servivano gli ebrei comunisti minimizzando e sottovalutando un pericolo crescente, cullando nel sonno il nostro popolo minacciato e riducendo la sua capacità di resistenza. Noi vedremo, se il pericolo non sarà sopraffatto, lo spettro della fame, la sofferenza ed il lavoro forzato per milioni di tedeschi. Vedremo crollare la nostra veneranda parte del mondo e seppellire fra le rovine l'antica eredità d'Occidente. Questo è il pericolo che affrontiamo oggi. La mia seconda tesi: soltanto il Reich tedesco ed i suoi alleati sono in grado di resistere a questo pericolo. Le nazioni europee, compresa l'Inghilterra, ritengono di essere forti abbastanza da resistere con efficacia alla bolscevizzazione dell'Europa, se vi si dovesse giungere. Questa convinzione è puerile e neppure meritevole di essere confutata. Se neanche il più forte corpo militare al mondo è in grado di spezzare la minaccia del bolscevismo, chi altro potrebbe farlo? (La moltitudine dello Sportpalast grida: "Nessuno!"). Le nazioni europee neutrali non hanno né il potenziale né i mezzi militari né la forza spirituale per opporre neppure la più piccola resistenza al bolscevismo. Le divisioni bolsceviche, che agiscono come automi, le rovescerebbero in pochi giorni. Nelle capitali degli stati europei medi e più piccoli si consolano con l'idea che bisogna essere armati spiritualmente contro il bolscevismo (Risate). Questo ci rammenta le dichiarazioni dei partiti borghesi nel 1932, che pensavano di poter combattere e vincere la battaglia contro il comunismo con le armi spirituali. Cosa fin troppo stupida per valere la pena di una confutazione. Il bolscevismo orientale non è solo una dottrina terroristica, è anche una pratica terroristica. Esso si batte per i propri fini con precisione infernale, utilizzando ogni risorsa a sua disposizione, a dispetto del benessere, della prosperità o della pace dei popoli che opprime implacabilmente. Cosa farebbero l'Inghilterra e l'America se, nel peggiore dei casi, l'Europa cadesse in mani bolsceviche? Forse Londra convincerebbe i bolscevichi a fermarsi sul Canale della Manica? Ho già detto che il bolscevismo ha le proprie legioni straniere sotto forma dei partiti comunisti in ogni nazione democratica. Nessuno di questi stati può ritenersi immune dal bolscevismo interno. In una recente elezione suppletiva per la Camera dei Comuni, un candidato indipendente, cioè un comunista, ha ottenuto 10.741 dei 22.371 voti espressi. E' accaduto in un distretto che, in altri tempi, era stato una roccaforte conservatrice. In poco tempo 10.000 votanti, quasi la metà, sono stati perduti a favore dei comunisti. Questa è la prova che il pericolo bolscevico esiste anche in Inghilterra e che non scomparirà 17 semplicemente perché lo si ignora. Noi non riponiamo alcuna fiducia in nessuna delle promesse territoriali che possa fare l'Unione Sovietica. Il bolscevismo fissa dei confini sia ideologici che militari che mettono in pericolo ogni nazione. Il mondo non ha altra scelta che precipitare di nuovo nella sua vecchia frammentazione o accettare un ordine nuovo per l'Europa sotto la guida dell'Asse. L'unica alternativa, oggi, è tra vivere sotto la protezione dell'Asse oppure in un'Europa bolscevica. Sono fermamente convinto che i lamentosi lord e gli arcivescovi di Londra non hanno la benché minima intenzione di resistere al pericolo bolscevico che deriverebbe dall'entrata in Europa dell'esercito sovietico. Gli ebrei hanno infettato così profondamente gli stati anglosassoni, sia spiritualmente che politicamente, che essi non posseggono più la capacità di vedere il pericolo. Esso si maschera 18 da Bolscevismo in Unione Sovietica e da capitalismo plutocratico negli stati anglo-sassoni. La razza ebraica è pratica d'imitazioni. Loro mettono a dormire i popoli che li ospitano, paralizzando le loro capacità difensive. (Grida dalla folla: "Lo abbiamo sperimentato!"). Il nostro intuito su questa questione ci ha condotto presto alla consapevolezza che **la cooperazione fra la plutocrazia ed il bolscevismo internazionali non era una contraddizione bensì il segno di profonde comunioni d'interessi**. La mano degli ebrei pseudo-civilizzati dell'Europa occidentale stringe quella degli ebrei dei ghetti orientali sulla Germania. L'Europa si trova in pericolo mortale. 19 Non mi compiaccio di credere che le mie osservazioni influenzeranno l'opinione pubblica degli stati neutrali, men che meno quella degli stati nemici. Questo non è né il mio fine né la mia intenzione. 20 So che, dati i nostri problemi sul Fronte dell'Est, domani la stampa inglese mi attaccherà furiosamente con l'accusa di aver sondato il terreno per la pace (Forti risate). Non è affatto così. Nessuno in Germania pensa più ad un vile compromesso. Il popolo tutto pensa soltanto ad uno strenuo combattimento. Come portavoce della nazione che guida 21 il continente, tuttavia, rivendico il diritto di chiamare pericolo il pericolo sia che esso minacci oppure no non soltanto la nostra terra ma l'intero continente. Noi Nazionalsocialisti abbiamo il dovere di dare l'allarme contro il tentativo dell'Internazionale ebraica di sprofondare nel caos il continente europeo e di ammonire che gli ebrei hanno nel bolscevismo una potenza militare terroristica il cui pericolo non può essere sopravvalutato. La mia terza tesi è che il pericolo è immediato. La paralisi delle democrazie europee occidentali già prima di questa minaccia mortale era spaventosa. L'ebraismo internazionale sta facendo di tutto per favorire questa paralisi. Durante la nostra lotta per il potere in Germania, i giornali ebraici cercavano di nascondere il pericolo finché il Nazionalsocialismo non ha risvegliato il popolo. Oggi accade lo stesso nelle altre nazioni. Gli ebrei ancora una volta si rivelano come l'incarnazione del male, come l'artificioso demone della decadenza e i portatori di un caos internazionale distruttore di culture. Questo spiega, a proposito, la nostra coerente politica ebraica. 22 Noi vediamo gli ebrei come una minaccia diretta per ogni nazione. A noi non importa cosa facciano gli altri popoli per questo pericolo. Ciò che facciamo per difenderci è affar nostro, comunque, e non tolleriamo obiezioni da altri. Gli ebrei rappresentano un'infezione contagiosa. Le nazioni nemiche possono sollevare ipocrite proteste contro le nostre misure contro gli ebrei e piangere lacrime di coccodrillo, ma non ci impediranno 23 di fare ciò che è necessario. La Germania, in ogni caso, non ha intenzione di rassegnarsi a questa minaccia, bensì intende prendere i provvedimenti più radicali, se necessari, finché è in tempo. 24 (Dopo questa frase, i canti del pubblico impediscono al Ministro di proseguire per vari minuti).



Le sfide militari del Reich ad Est sono al centro di ogni cosa. La guerra dei robot meccanizzati contro la Germania e l'Europa ha raggiunto il culmine. Nel resistere a questa grave minaccia diretta il popolo tedesco ed i suoi alleati dell'Asse stanno adempiendo, nel senso più autentico del termine, una missione europea. La nostra battaglia, coraggiosa e giusta, contro questo flagello universale non sarà impedita dai clamori mondiali dell'ebraismo internazionale. Essa può e deve terminare soltanto con la vittoria. (Esplodono alte grida: "Tedeschi, alle armi! Tedesche, al lavoro!"). La tragica battaglia di Stalingrado è un simbolo dell'eroica, virile resistenza alla rivolta delle steppe. Essa, per il popolo tedesco, ha un significato non soltanto militare, ma anche intellettuale e spirituale. Là i nostri occhi sono stati aperti sulla vera natura della guerra. Noi non vogliamo ulteriori false speranze e illusioni. Vogliamo guardare coraggiosamente in faccia i fatti, per quanto duri e spaventosi possano essere. La storia del nostro Partito e del nostro Stato prova che un pericolo riconosciuto è un pericolo sconfitto. Le nostre dure battaglie future ad Est saranno nel segno di questa resistenza eroica. Ciò richiederà prima sforzi inauditi da parte dei nostri soldati e delle nostre armi. Ad Est infuria una guerra spietata. **Il Führer aveva ragione quando dichiarò che alla fine non vi saranno né vincitori né vinti, bensì la vita o la morte.** La Nazione tedesca lo sa. I suoi salutari istinti l'hanno guidata attraverso l'odierna confusione delle difficoltà intellettuali e spirituali. Oggi sappiamo che la Blitzkrieg in Polonia e la Campagna in Occidente hanno solo limitato il senso della battaglia ad Est. La Nazione tedesca sta combattendo per tutto ciò che ha. Sappiamo che il popolo tedesco sta difendendo i suoi beni più sacri: le proprie famiglie, donne e bambini, la campagna magnifica e intatta, le proprie città e i villaggi, i duemila anni della propria cultura, tutto ciò che rende la vita davvero degna. Il bolscevismo naturalmente non ha il minimo rispetto per i nostri tesori nazionali e non presterebbe loro alcuna attenzione qualora se ne appropriasse. Non l'ha fatto neppure per il proprio popolo. L'Unione Sovietica negli ultimi 25 anni ha accresciuto il proprio potenziale militare ad un livello inimmaginabile e noi lo abbiamo valutato erroneamente. In Russia i terroristi ebrei hanno 200 milioni di persone che li servono. Essi hanno usato con cinismo i propri sistemi per far nascere dall'imperturbabile durezza del popolo russo un serio pericolo per le nazioni civili europee. All'Est una nazione intera è stata spinta in guerra. Uomini, donne e perfino bambini vengono impiegati non soltanto nelle fabbriche d'armi ma nelle battaglie. 25 Duecento milioni che vivono nel terrore della GPU 26, in parte prigionieri di una visione del mondo infernale, in parte di una stupidità assoluta. Le masse di carri armati che abbiamo affrontato ad Est sono il risultato di 25 anni di sventura sociale e sofferenza del popolo bolscevico. Noi dobbiamo rispondere con misure analoghe se non vogliamo rinunciare e darci per vinti. 27 La mia ferma convinzione è che non possiamo vincere il pericolo bolscevico se non usiamo metodi equivalenti, anche se non identici. Il popolo tedesco ha di fronte la domanda 28 più grave della guerra, vale a dire trovare la determinazione d'usare tutte le nostre risorse per proteggere tutto quanto abbiamo e tutto ciò di cui avremo bisogno in futuro. 29 L'esigenza del momento è la guerra totale. Dobbiamo metter fine all'atteggiamento borghese che abbiamo visto anche in questa guerra: Lavami la schiena, ma non bagnarmi! (Ogni frase viene accolta con applausi crescenti ed approvazioni). Il pericolo che ci è di fronte è enorme. Gli sforzi da fare per affrontarlo lo devono essere altrettanto. E' venuto il momento di toglierci i guanti di velluto e usare i pugni. (Si levano grida di assenso. I canti, provenienti dalle gallerie e dalla platea testimoniano la piena approvazione della folla). Non possiamo più fare un uso parziale e negligente del potenziale bellico in patria e in aree significative d'Europa che controlliamo. Dobbiamo utilizzare appieno le nostre risorse, tanto più rapidamente ed accuratamente quanto organizzativamente e praticamente possibile. Le preoccupazioni superflue sono del tutto fuori luogo. Il futuro dell'Europa è condizionato 30 dal nostro successo ad Est. Noi siamo pronti a difenderlo. Il popolo tedesco sta versando il proprio sangue più prezioso in questa battaglia. Il resto d'Europa dovrebbe lavorare almeno per sostenerci. In Europa vi sono molte voci serie che già se ne sono rese conto. Altri ancora resistono. Ciò non può avere influenza su di noi. Se il pericolo fosse di fronte solo a loro, potremmo considerare la loro riluttanza come una assurdità letteraria senza senso. Ma il pericolo ci minaccia tutti e noi tutti dobbiamo fare ciascuno la propria parte. Coloro che oggi non capiscono, domani ci ringrazieranno in ginocchio per esserci assunti questo compito con coraggio e fermezza. Non ci preoccupa 31 affatto che i nostri nemici, all'estero, pretendano che i nostri provvedimenti di guerra totale ricordano quelli del bolscevismo. Con ipocrisia sostengono che ciò significa che non c'è alcun bisogno di combattere il bolscevismo. 32 Qui non è una questione di metodo ma di meta, cioè di eliminare il pericolo. (Applausi per vari minuti). La questione non è se i metodi sono buoni o cattivi, ma se hanno successo. Il Governo Nazionalsocialista è pronto ad usare qualsiasi mezzo. Non c'importa se qualcuno obietta. Non vogliamo indebolire il potenziale bellico della Germania con provvedimenti che mantengano un livello di vita alto, quasi da tempo di pace, per una certa classe, mettendo in tal modo in pericolo il nostro sforzo bellico. Noi stiamo volontariamente rinunciando ad una parte significativa del nostro livello di vita per aumentare lo sforzo bellico più rapidamente e completamente possibile. Ciò non è fine a se stesso, piuttosto un mezzo per raggiungere un fine. Il nostro livello di vita sociale sarà perfino più elevato dopo la guerra. Noi non abbiamo bisogno di imitare i metodi bolscevichi, poiché noi abbiamo un popolo e capi migliori, cosa che ci da un grande vantaggio. Ma le cose hanno dimostrato che dobbiamo fare molto di più di quanto abbiamo fatto finora per volgere decisamente a nostro favore la guerra nell'Est. Come hanno dimostrato innumerevoli lettere dall'interno e dal fronte, a questo proposito, l'intero popolo tedesco è d'accordo. Ognuno sa che se perdiamo, tutto sarà distrutto. Il popolo e i suoi capi sono determinati a prendere le misure più radicali. Le grandi masse lavoratrici del nostro popolo non sono infelici perché il Governo e troppo duro. Caso mai lo sono perché è troppo rispettoso. Chiedete a chiunque in Germania e vi dirà: Ciò che è più radicale lo è quanto basta e ciò che è totale lo è a sufficienza per ottenere la vittoria. Lo sforzo totale di guerra è divenuto una questione riguardante l'intero popolo tedesco. Nessuno ha scusanti per ignorare le sue esigenze. Un applauso tempestoso ha salutato, il 30 gennaio scorso, il mio appello alla guerra totale. Posso perciò assicurarvi che i provvedimenti della leadership sono in pieno accordo coi desideri del popolo tedesco sia in patria che al fronte. Il popolo vuole portare qualsiasi peso, anche il più grande, fare qualsiasi sacrificio, se ciò conduce alla grande meta della vittoria. (Intenso applauso). Ciò naturalmente presuppone che i fardelli siano equamente suddivisi. (Forti approvazioni). Noi non possiamo tollerare una situazione in cui la maggior parte del popolo sopporta il peso della guerra, mentre una piccola e passiva porzione di esso tenta di sfuggire ai propri fardelli e alle responsabilità. Le misure che abbiamo preso, e quelle che ancora prenderemo, saranno caratterizzate dallo spirito della giustizia Nazionalsocialista. **Noi non badiamo alla classe o al rango**. Ricco o povero, alto o basso devono dividere egualmente i sacrifici. Ognuno, in questo grave momento, deve compiere il proprio dovere, o per scelta o altrimenti. Noi sappiamo che ciò ha il pieno appoggio del popolo. Piuttosto che fare troppo poco per ottenere la vittoria faremo addirittura troppo. Nessuna guerra nella storia è stata perduta a causa di troppi soldati o troppe armi. 33 E' vero però che molte sono state perse per il motivo contrario. 34 **E' tempo di far muovere i fannulloni.** (Frenetica approvazione). **Devono essere scrollati dai loro comodi agi. Non possiamo attendere che rinsaviscano da soli.**

Potrebbe avvenire troppo tardi. L'allarme deve echeggiare da un capo all'altro della Nazione. Milioni di braccia 35 devono mettersi al lavoro in tutto il paese. I provvedimenti che abbiamo preso e quelli che ora prenderemo, e di cui discuterò più avanti in questo discorso, sono critici per l'intera nostra vita pubblica e privata. L'individuo dovrà fare grandi sacrifici, ma essi sono minuscoli se paragonati a quelli che dovrebbe fare se, rifiutandoli, si abbattesse su di noi il più grande disastro nazionale. E' meglio agire al momento giusto che aspettare fin quando la malattia abbia attecchito. Non ci si può lagnare col medico o fargli causa per una ferita fisica. Egli non taglia per uccidere, bensì per salvare la vita del paziente. Lasciatemi ripetere che fra i più pesanti sacrifici che il popolo tedesco dovrà fare, il più urgente è che questi siano equamente suddivisi. Il popolo vuole così. Nessuno resiste ai più pesanti carichi della guerra. Ma il popolo si arrabbia quando pochi tentano sempre di sfuggire a questi sacrifici. Il Governo Nazionalsocialista ha il dovere sia morale che politico di opporsi a tali tentativi, se necessario con pene draconiane. (Consensi). Qui l'indulgenza sarebbe del tutto fuori luogo, portando in men che non si dica a confondere i sentimenti e gli atteggiamenti del popolo, il che sarebbe un serio pericolo per il morale nazionale. Siamo perciò obbligati ad adottare una serie di misure che non sono essenziali in se, per lo sforzo bellico, ma appaiono necessarie a sostenere il morale in patria e al fronte. L'ottica della guerra, cioè come le cose appaiono esteriormente, è d'importanza decisiva in questo quarto anno di guerra. In considerazione dei sacrifici sovrumani che il fronte compie ogni giorno, esso ha il diritto fondamentale di attendersi che nessuno in patria reclami il diritto d'ignorare la guerra e le sue esigenze. E ciò non lo richiede soltanto il fronte ma anche una parte schiacciante della madrepatria. Chi è attivo ha il diritto di aspettarsi che se lavora dieci o dodici o quattordici ore al giorno, un indolente non gli stia vicino ritenendolo stupido. La patria deve rimanere pura e integra nella sua interezza. Niente può turbare questa immagine. Vi sono quindi una serie di misure da tenere in considerazione nell'ottica della guerra. Abbiamo ordinato, per esempio, la chiusura dei bar e dei locali notturni. Io non posso immaginare che chi sta facendo il proprio dovere per lo sforzo bellico abbia ancora energie per rimaner fuori la notte in posti del genere. Posso solo concludere che non starebbero prendendo sul serio le proprie responsabilità. Noi abbiamo chiuso questi esercizi perché cominciavano ad offenderci e perché disturbano l'immagine della guerra. Non abbiamo nulla contro i divertimenti come quelli. Dopo la guerra seguiremo 36 di nuovo, felicemente, la regola "Vivi e lascia vivere". Ma durante la guerra, lo slogan deve essere **"Combatti e lascia combattere!"**. Abbiamo chiuso anche i ristoranti di lusso che richiedono più risorse di quanto sia ragionevole. Può essere che, occasionalmente, qualcuno pensi che, perfino in tempo di guerra, il proprio stomaco sia la cosa più importante. Non possiamo prestargli alcuna attenzione. Al fronte ognuno, dal soldato semplice al generale Feldmaresciallo, mangia alle cucine da campo. Non posso credere che sia chiedere troppo insistere che noi, in patria, prestiamo attenzione almeno alle leggi fondamentali della vita comunitaria. Potremo tornare ad essere gourmet di nuovo quando la guerra sarà finita. Adesso 37 abbiamo cose più importanti da fare che preoccuparci dei nostri stomaci. Sono stati chiusi anche innumerevoli negozi di lusso. Spesso offendevano i compratori. Generalmente non c'era nulla da comprare, a meno che, magari, non si pagasse qui e là con burro o uova invece di danaro. A che servono dei negozi che non hanno più nulla da vendere, ma usano soltanto elettricità, riscaldamento e il lavoro delle persone che è insufficiente in tutti gli altri posti, in particolare nell'industria bellica? Ed è una scusa affermare che tenere aperti qualcuno di questi negozi da un'impressione attraente agli stranieri. Gli stranieri saranno impressionati soltanto da una vittoria tedesca! (Applauso fragoroso). 38 **Tutti vorranno essere nostri amici se vinciamo la guerra. Ma se perdiamo, potremo contare gli amici sulle dita di una mano.** Abbiamo messo fine a tali illusioni. Vogliamo mettere questa gente che stava in negozi vuoti a fare un lavoro utile per l'economia bellica. Questo processo è già in moto e sarà completato entro il 15 marzo. Naturalmente questa è una significativa trasformazione della nostra intera vita economica. Stiamo seguendo un piano. Non vogliamo accusare nessuno ingiustamente o dar luogo a reclami ed accuse da ogni parte. Stiamo solo facendo ciò che è necessario. Ma lo stiamo facendo rapidamente e completamente. Piuttosto indosseremo abiti usati per qualche anno che far vestire il nostro popolo di stracci per qualche secolo. A che servono oggi i saloni di moda? Usano solo luce, riscaldamento e lavoratori. Riapriranno 39 quando la guerra finirà. A che servono gli istituti di bellezza che incoraggiano un culto della moda e sottraggono una quantità enorme di tempo ed energia? In tempo di pace sono meravigliosi, durante la guerra sono uno spreco di tempo. 40 Le nostre donne e le nostre ragazze saranno in grado di salutare i nostri soldati che tornano vittoriosi senza gli abiti di gala dei tempi di pace. (Applausi). Gli uffici governativi lavoreranno più rapidamente e con minor burocrazia. Non fa una buona impressione quando un ufficio chiude in orario dopo otto ore. 41 **Il popolo non sta lì per gli uffici, sono gli uffici che sono lì per il popolo**. Si deve lavorare finché il lavoro non è finito. 42 Questa è un'esigenza della guerra. Se il Führer può fare una cosa del genere, possono farla anche i suoi impiegati retribuiti. Se non c'è lavoro sufficiente per coprire l'orario prolungato, allora il 10 o il 20 o il 30 per cento dei lavoratori possono essere trasferiti alla produzione di guerra e sostituire altri uomini al servizio al fronte. Ciò vale per tutti gli uffici della Nazione. Questo da solo può far procedere il lavoro in alcuni uffici più rapidamente e facilmente. Dobbiamo apprendere dalla guerra ad agire alla svelta, non solo accuratamente. Il soldato al fronte non ha settimane per meditare sulle cose, per organizzare i propri pensieri o lasciarli riposare 43 in polverosi archivi. Egli deve agire immediatamente o perdere la vita. In patria noi non perdiamo la vita se lavoriamo lentamente, ma mettiamo in pericolo la vita del nostro popolo. 44 Ognuno deve imparare a badare al morale e prestare attenzione alle giuste esigenze del popolo che combatte e lavora. Noi non siamo guastafeste ma non tollereremo neppure coloro che ostacolano i nostri sforzi. Per esempio, è intollerabile che certi uomini e certe donne stiano settimane nelle stazioni termali a scambiare chiacchiere, prendendo il posto a soldati in permesso o a lavoratori che hanno diritto ad una vacanza dopo un anno di duro lavoro. Ciò è intollerabile e noi vi abbiamo messo fine. La guerra non è tempo di divertimenti. Fin quando non sarà finita, trarremo la nostra più profonda soddisfazione nel lavoro e nella battaglia. **A coloro che non lo comprendono da soli si deve insegnare a capirlo, a forza, se necessario**. Potrebbero essere necessarie le misure più severe. Non appare bello, per esempio, quando dedichiamo enormi sforzi propagandistici al tema: "Le ruote devono girare per la vittoria!", col risultato che la gente evita i viaggi superflui soltanto per vedere dei vitelloni 45 senza lavoro trovare più posti liberi sui treni. Le ferrovie servono per trasportare beni di guerra e viaggiatori per motivi bellici. Solo coloro che hanno bisogno di riposarsi da un duro lavoro meritano una vacanza. Il Führer non si è preso un giorno di riposo dall'inizio della guerra. Dal momento che il primo uomo del paese prende il proprio lavoro con tanta serietà e responsabilità, ci si deve attendere che ogni cittadino segua il suo esempio. D'altra parte il Governo sta facendo tutto il possibile per dare ai lavoratori lo svago di cui hanno bisogno in questi tempi difficili. I teatri, i cinema e i music hall rimangono piena attività. La radio sta lavorando per ampliare e migliorare la propria programmazione. Non abbiamo alcuna intenzione di infliggere un grigio stato d'animo invernale al nostro popolo. Ciò che serve al popolo e tiene alto la sua forza di combattere e lavorare è buono e fondamentale per lo sforzo bellico. Vogliamo solo eliminare l'opposto. Per equilibrare i provvedimenti di cui ho già discusso, 46 ho quindi ordinato che gli istituti culturali e spirituali che servono al popolo non siano diminuiti, bensì aumentati. Fin quando contribuiscono invece che nuocere allo sforzo bellico, essi devono essere sostenuti dal Governo. Ciò vale anche per gli sport. Oggi gli sport non sono soltanto per particolari cerchie, ma una questione del popolo intero. Esoneri militari per gli atleti sono fuori luogo. Lo scopo dello sport è di indurire il corpo, certamente col fine di usarlo in modo appropriato nel momento del bisogno più grande. 47 Il Fronte condivide i nostri desideri. L'intero popolo tedesco concorda con passione. Non è più disposto a compiere sforzi che sprecano solo tempo e risorse. Non sopporterà più complicati questionari per ogni eventuale problema. Non vuole più preoccuparsi per migliaia di faccende minori che possono avere la loro importanza in tempo di pace, ma sono totalmente futili durante la guerra. E non ha neanche bisogno che gli sia ricordato il proprio dovere con riferimenti ai grandi sacrifici dei nostri soldati a Stalingrado. Il popolo sa cosa deve fare. Ognuno, in alto e in basso, ricco o povero, vuole condividere uno stile di vita spartano. Il Führer da a noi tutti l'esempio, un esempio che deve essere seguito da tutti. Egli conosce soltanto lavoro e preoccupazione. 48 Noi non vogliamo lasciare tutto a lui, ma piuttosto vogliamo togliergliene quella parte che siamo in grado di sopportare. I tempi odierni hanno una straordinaria somiglianza, per ogni autentico Nazionalsocialista, col periodo della lotta per il potere. Abbiamo sempre agito allo stesso modo. **Eravamo col popolo nella buona e nella cattiva sorte e questo è il motivo per cui il popolo ci seguiva**. Abbiamo sempre portato i nostri fardelli insieme al popolo, per questo non ci sembravano pesanti, ma leggeri. Il popolo vuole essere guidato. Mai nella storia il popolo ha abbandonato una leadership coraggiosa e risoluta nei momenti critici. Lasciatemi dire poche parole in merito alle misure concrete relative allo sforzo per la guerra totale che abbiamo già preso. Il problema è rendere disponibili 49 soldati per il fronte e lavoratori per l'industria degli armamenti. Questi sono gli scopi primari, anche a costo del nostro livello di vita sociale. Ciò non significa un declino permanente del nostro livello di vita. Significa soltanto raggiungere un fine, quello della guerra totale. Come parte di questa campagna sono state revocati centinaia di migliaia di esoneri militari. Questi esoneri erano stati concessi perché non avevamo sufficienti manodopera esperta per coprire le posizioni che sarebbero rimaste scoperte revocandoli. La ragione dei nostri provvedimenti attuali è di mobilitare i lavoratori necessari. Questo è il motivo per cui abbiamo fatto appello agli uomini che non lavoravano nel settore bellico 50 e alle donne che non lavoravano del tutto. Essi non ignoreranno e non potranno ignorare il nostro appello. Il dovere di lavorare per le donne è grande. Ciò non significa, comunque, che solo quelle previste dalla legge debbano lavorare. Tutte sono benvenute. Più donne si associano allo sforzo bellico, più soldati possiamo rendere disponibili per il Fronte. 51 I nostri nemici sostengono che le donne tedesche non sono in grado di sostituire gli uomini nell'economia di guerra. Ciò può esser vero per certi settori di lavoro pesante. Ma io sono persuaso che la donna tedesca è risoluta ad occupare il posto lasciato dall'uomo che parte per il Fronte e di farlo al più presto possibile. Noi non abbiamo bisogno di far notare l'esempio bolscevico. Per anni, milioni delle migliori donne tedesche hanno lavorato nella produzione bellica ed esse attendono con impazienza di essere raggiunte ed aiutate da altre di loro. Tutte coloro che partecipano al lavoro stanno solo dando il giusto ringraziamento a quelli che sono al fronte. Centinaia di migliaia hanno già iniziato, 52 ed altre centinaia di migliaia inizieranno. 53 Speriamo di svincolare presto interi eserciti di lavoratori che, a loro volta, renderanno disponibili eserciti di combattenti al fronte. 54 Avrei scarsa considerazione delle donne tedesche se pensassi che non vogliono ascoltare il mio appello. Loro non cercheranno di seguire la lettera della legge o di scivolare attraverso le sue maglie. 55 Le poche che potrebbero tentare non ci riusciranno. Non accetteremo permessi medici. Neppure accetteremo l'alibi che qualcuna debba aiutare il marito o i parenti o degli amici come sistema per evitare il lavoro. Risponderemo appropriatamente. Le poche che tenteranno cose del genere riusciranno soltanto a perdere il rispetto di quelli che le circondano. 56 Il popolo le disprezzerà. Nessuno si aspetta che una donna manchi della forza fisica necessaria per andare a lavorare in una fabbrica di carri. Vi sono comunque anche numerose attività, nella produzione bellica, che non richiedono una particolare 57 forza fisica e che una donna può svolgere perfino se proviene dalla migliore società. Nessuno è troppo bravo sul lavoro e tutti noi dobbiamo scegliere fra rinunciare a ciò che abbiamo oppure perdere tutto. E' giunto anche il momento di chiedere alle donne che hanno dei domestici se effettivamente ne hanno bisogno. Ci si può prendere cura della casa e dei bambini anche da sole, lasciando libera la servitù per altri compiti, oppure si può affidare la cura della casa e dei figli alla servitù o alla NSV ed andare a lavorare. 58 La vita può non essere piacevole come in tempo di pace. 59 Ma noi non siamo in pace, noi siamo in guerra. Potremo metterci comodi dopo che avremo vinto la guerra. Ora dobbiamo sacrificare le nostre comodità per conquistare la vittoria. Le mogli dei soldati certamente lo comprendono. Loro sanno che è loro dovere verso i propri mariti sostenerli svolgendo un lavoro che è importante per lo sforzo bellico. Ciò è particolarmente vero in agricoltura. Le mogli dei contadini devono dare un buon esempio. Sia gli uomini che le donne devono essere sicure che nessuno faccia meno durante la guerra di quanto loro facevano in tempo di pace; invece deve essere svolta una quantità maggiore di lavoro in ogni settore. Non si può, in proposito, commettere l'errore di lasciare ogni cosa al Governo. Il Governo può soltanto disporre le direttive di massima. **Dar vita a queste direttive è compito del popolo che lavora, sotto la guida stimolante del Partito.** E' essenziale un'azione rapida. Si deve andare al di là dei requisiti legali. "Volontario!" è lo slogan. Come Gauleiter di Berlino, io qui faccio appello soprattutto ai miei camerati berlinesi. Essi hanno dato a sufficienza buoni esempi di nobile condotta e coraggio durante la guerra, tali da non fallire ora.



18 febbraio 1943: Sportpalast

Il loro comportamento concreto ed il buon umore perfino durante la guerra hanno fatto loro guadagnare una buona fama in tutto il mondo. Questa bella reputazione deve essere mantenuta e rafforzata! Se io chiedo ai miei berlinesi di fare qualche lavoro importante rapidamente, accuratamente e senza proteste, io so che tutti loro obbediranno. Noi non vogliamo lamentarci delle difficoltà giornaliere o brontolare l'un con l'altro. 60 Vogliamo piuttosto comportarci bene non solo come berlinesi, ma come tedeschi, cercando il lavoro, agendo, prendendo l'iniziativa di fare qualcosa, non lasciandola a qualcun altro. Quale donna tedesca vorrebbe ignorare il mio appello a favore di coloro che lottano al Fronte? 61 Chi vorrà

anteporre 62 i propri agi personali al dovere nazionale? Chi, di fronte alla grave minaccia che affrontiamo, vorrà considerare le proprie private necessità invece che le esigenze della guerra? Io respingo con disprezzo l'asserzione del nemico, che noi stiamo imitando il bolscevismo. Noi non vogliamo imitare il bolscevismo, noi vogliamo sconfiggerlo, con qualsiasi mezzo sia necessario. La donna tedesca comprenderà meglio ciò che intendo, perché sa da tempo che la guerra che stanno combattendo oggi i nostri uomini è soprattutto una guerra per proteggere i suoi figli. Il suo bene più sacro è difeso dal sangue più prezioso del nostro popolo. La donna tedesca deve proclamare spontaneamente la propria solidarietà coi suoi uomini che combattono. Essa farebbe meglio a unirsi ai milioni di lavoratori nell'esercito della patria, e dovrebbe farlo domani piuttosto che dopodomani. Attraverso il popolo tedesco deve scorrere un fiume di sollecitudine. Mi aspetto che innumerevoli donne e soprattutto uomini, che non stiano facendo un lavoro fondamentale per la guerra, si presentino alle autorità. Chi da rapidamente da il doppio. 63 La situazione generale dell'economia si sta rafforzando. 64 Ciò riguarda in particolare il sistema bancario ed assicurativo, il sistema delle imposte, i giornali e le riviste che non sono essenziali allo sforzo bellico, le attività governative e di Partito superflue e richiede anche una ulteriore semplificazione del nostro stile di vita. Io so che molti nel nostro popolo stanno compiendo grandi sacrifici. Comprendo i loro sacrifici e il Governo sta cercando di fornir loro il minimo necessario. Ma qualcosa deve restare 65 e deve essere sopportato. Quando la guerra sarà finita, ricostruiremo ciò che ora stiamo eliminando, più generosamente e magnificamente, e lo Stato farà la propria parte. Io respingo energicamente l'accusa che i nostri provvedimenti elimineranno la classe media o si risolveranno in una economia monopolistica. La classe media riacquisterà la propria posizione economica e sociale dopo la guerra. Le misure attuali sono necessarie per lo sforzo bellico. Esse non mirano ad una trasformazione strutturale dell'economia ma semplicemente a vincere la guerra prima possibile. Non discuto il fatto che questi interventi causeranno preoccupazioni nelle prossime settimane. Ma ci daranno un periodo di respiro. Stiamo posando le fondamenta per la prossima estate, senza prestare attenzione alle minacce e alle vanterie del nemico. Io sono felice di rivelare questo piano per la vittoria (Applauso fragoroso) al popolo tedesco. Esso non soltanto accetta queste misure, ma le ha richieste, esigendole più energicamente che prima della guerra. Il popolo vuole l'azione! E' tempo di dargliela! Dobbiamo usare il nostro tempo per preparare le sorprese future. Mi rivolgo ora all'intero popolo tedesco, e in particolare al Partito, come capo della totalizzazione del nostro sforzo bellico interno. 66 Questo non è il primo importante compito che avete affrontato. Voi lo sosterrete con il consueto slancio rivoluzionario. Voi saprete trattare la pigrizia e l'indolenza che di quando in quando potranno mostrarsi. Il Governo ha promulgato delle regole generali, ed altre saranno emesse nelle prossime settimane. Le questioni minori non regolamentate con questi provvedimenti devono essere preoccupazione del popolo, sotto la guida del Partito. **C'è una legge morale che presiede tutto, per ciascuno di noi: non fare nulla che nuoccia allo sforzo bellico e fare qualsiasi cosa che avvicini la vittoria**. Negli anni scorsi abbiamo spesso richiamato l'esempio di Federico il Grande, sui giornali e alla radio. Non avevamo il diritto di farlo. Durante la Terza Guerra Salesiana 67, per un po', Federico II aveva cinque milioni di Prussiani, secondo Schlieffen 68, schierati contro 90 milioni di nemici. Nel secondo dei sette anni infernali egli patì una sconfitta che scosse la Prussia fin dalle fondamenta. Egli non ha mai avuto soldati ed armi a sufficienza per combattere senza rischiare ogni cosa. La sua strategia era sempre quella dell'improvvisazione. Ma il suo principio era di attaccare il nemico ogni volta che fosse possibile. Patì delle sconfitte ma ciò non fu determinante. Ciò che fu decisivo è che il Grande Re rimase indomito, che fu incrollabile di fronte alle mutevoli fortune della guerra, che il suo cuore forte vinse ogni pericolo. Alla fine dei sette anni di guerra egli aveva 51 anni, non aveva più denti, soffriva di gotta, ed era afflitto da mille dolori ma rimase in piedi sul campo di battaglia devastato e fu il vincitore. Come possiamo paragonare la nostra situazione con la sua?! Mostriamo la sua stessa volontà, la sua stessa risolutezza e quando verrà il momento facciamo come lui, restiamo irremovibili a tutti i cambiamenti del fato e come lui vinciamo la battaglia anche nelle circostanze più avverse. Non dubitiamo mai della nostra grande causa. Io sono fermamente convinto che il popolo tedesco è stato profondamente commosso dal colpo del destino a Stalingrado. Ha visto in faccia la durezza e la crudeltà della guerra. Ora conosce l'orribile verità ed è deciso a seguire il Führer nella buona e nella cattiva sorte. 69 (La folla si alza e come un oceano rombante canta: "Führer comanda, noi ti seguiremo! Heil Führer!". Il Ministro non può proseguire per vari minuti). La stampa inglese e americana nei giorni scorsi hanno scritto a lungo dell'atteggiamento del popolo tedesco durante questa crisi. Gli inglesi sembrano ritenere di conoscere il popolo tedesco molto meglio di noi che lo guidiamo. Essi danno ipocriti consigli su cosa dovremmo o non dovremmo fare. Credono che il popolo tedesco di oggi sia lo stesso popolo tedesco del novembre 1918 quando cadde vittima dei loro persuasivi inganni. Non ho bisogno di dimostrare la falsità delle loro affermazioni. Essa scaturirà dalla lotta e dal lavoro del popolo tedesco. Per giungere alla pura e semplice verità, camerati tedeschi, voglio porvi una serie di domande. Voglio che voi rispondiate loro, al meglio della vostra consapevolezza e secondo la vostra coscienza. Quando il pubblico mi acclamò lo scorso 30 gennaio 70, la stampa inglese, il giorno successivo, riferì che era tutto uno spettacolo propagandistico che non rappresentava la reale opinione del popolo tedesco. 71 (Grida spontanee di disgusto, "Bugie!", "Che vengano qui! Impareranno che non è così!"). Ho invitato al raduno di oggi un gruppo rappresentativo del popolo tedesco nel senso migliore del termine. (Le parole del Ministro furono accompagnata da applausi fragorosi che crescevano d'intensità quando egli giunse ai rappresentanti dell'esercito presenti in sala). Di fronte a me vi sono file di soldati tedeschi feriti sul Fronte dell'Est, che hanno perduto gambe e braccia, coi corpi feriti, quelli che hanno perduto la vista, quelli che sono venuti con le infermiere, uomini nel fiore della gioventù che stanno in piedi con le stampelle. Fra loro 50 hanno meritato la Croce di Ferro con Fronde di Quercia, esempi luminosi del nostro fronte combattente. Dietro di loro gli operai delle fabbriche di carri di Berlino. Ancora dietro vi sono dirigenti del Partito, soldati dell'esercito, medici, scienziati, artisti, ingegneri e architetti, insegnanti, funzionari e impiegati degli uffici, orgogliosi rappresentanti di ogni settore della nostra vita intellettuale che, perfino in mezzo ad una guerra, creano miracoli di umano genio. In ogni parte dello Sportpalast vedo migliaia di donne tedesche. I giovani sono qui insieme ai vecchi. Nessuna classe, nessuna attività, nessuna età è rimasta fuori. 72 73 Posso a buon diritto affermare che di fronte a me è raccolto un campione rappresentativo della popolazione tedesca, sia dalla patria che dal fronte. E' vero? Si o no? (Lo Sportpalast sperimenta qualcosa vista solo raramente perfino in questo vecchio luogo di lotta Nazionalsocialista. La massa balza in piedi. Un uragano di migliaia di voci urla di si. I partecipanti sperimentano uno spontaneo referendum popolare e un'espressione di volontà). Voi che mi ascoltate in questo momento rappresentate la Nazione tutta. Voglio farvi dieci domande cui voi risponderete per il popolo tedesco in ogni parte del mondo ma specialmente per i nostri nemici che ci stanno ascoltando alla radio. (Il Ministro può essere sentito solo con difficoltà. La folla è all'apice dell'eccitazione. Le singole domande sono come un rasoio tagliente. Ognuno dei presenti sente che gli si parla personalmente. La folla risponde ad ogni domanda con totale partecipazione d entusiasmo. Lo Sportpalast risuona di un unico urlo di assenso). Gli inglesi sostengono che il popolo tedesco ha perduto la fede nella vittoria. Vi chiedo: Credete voi, insieme al Führer ed a noi, nella vittoria finale e totale del popolo tedesco? Vi chiedo: Siete decisi a seguire il Führer nella buona e nella cattiva sorte fino alla vittoria e accettate spontaneamente i più pesanti fardelli personali? Secondo: gli inglesi dicono che il popolo tedesco è stanco di combattere. Vi chiedo: Siete pronti a seguire il Führer come falangi della patria, seguendo i combattenti 74, e a muovere guerra con determinazione selvaggia nonostante tutti gli accidenti 75 del fato finché la vittoria non sarà nostra?



Altro manifesto sulla Guerra Totale di Mjölnir,(Hans Schweitzer) **(Tutte le energie protese! Guerra totale, guerra più breve!)**

Terzo: gli inglesi affermano che il popolo tedesco non vuole più accettare le crescenti richieste del Governo di lavorare per la guerra. Vi chiedo: Voi e il popolo tedesco, volete lavorare, se il Führer lo ordina, 10, 12 e se necessario 14 ore al giorno e dare tutto per la vittoria? Quarto: gli inglesi dichiarano che il popolo tedesco sta resistendo ai provvedimenti del Governo per la guerra totale. Esso non vorrebbe la guerra totale ma la capitolazione! (Grida: "Mai! Mai! Mai!"). Vi chiedo: Volete la guerra totale? Se necessario, volete una guerra più totale e radicale di quanto mai oggi possiamo neppure immaginare? Quinto: gli inglesi sostengono che il popolo tedesco ha perduto la propria fede nel Führer. Vi chiedo: La vostra fiducia nel Führer 76 è più grande, più sincera 77 e più incrollabile di prima? Siete assolutamente e completamente pronti a seguirlo ovunque e fare tutto ciò che è necessario per giungere alla vittoria? 78 (La folla si leva come un sol uomo. Mostra un entusiasmo senza precedenti. Migliaia di voci si uniscono gridando: "Führer ordina, noi ti seguiremo!". Un'ondata di grida di "Heil!" monta nel salone. Come ad un ordine vengono issate le bandiere e gli stendardi come la più alta espressione del sacro momento in cui la moltitudine onora il Führer). Sesto: vi chiedo: siete pronti da ora in avanti a darvi completamente per fornire 79 al Fronte orientale gli uomini e le munizioni necessarie per sferrare al bolscevismo un colpo mortale? 80 Settimo: vi chiedo: voi prestate un sacro giuramento al Fronte che la patria rimarrà compatta dietro di esso e che darete tutto ciò di cui ha bisogno per raggiungere la vittoria? Ottavo: vi chiedo: voi, e specialmente voi donne, volete che il governo faccia tutto che può per incoraggiare le donne tedesche a mettersi al completo al lavoro per sostenere lo sforzo bellico e liberare gli uomini per il Fronte ogni volta che sia possibile 81, aiutando quindi gli uomini al Fronte? Nono: vi chiedo: approvate, se necessarie, le misure più radicali contro un piccolo gruppo di scansafatiche e borsari neri che fingono vi sia la pace in mezzo ad una guerra e usano i bisogni della Nazione per i loro scopi egoistici? Siete d'accordo che coloro che nuocciono allo sforzo bellico debbano rimetterci 82 la testa? Decimo e ultimo: vi chiedo: siete d'accordo che soprattutto in guerra, secondo il programma del Partito Nazionalsocialista, si debbano applicare gli stessi diritti e doveri a tutti, che la patria debba sopportare tutta insieme i pesanti fardelli della guerra e che tali fardelli debbano essere equamente divisi fra chi sta in alto e chi sta in basso e fra ricchi e poveri? 83 Ho chiesto; voi mi avete dato le vostre riposte. Voi siete parte del popolo e le vostre risposte sono quelle del popolo tedesco. Voi avete detto ai nostri nemici ciò che avevano bisogno di udire, così da non farsi né illusioni né false idee. Ora, proprio come nelle prime ore di governo e durante i dieci anni seguenti, noi siamo fermamente legati dalla fratellanza col popolo tedesco. Il più potente alleato al mondo, il popolo stesso, è dietro di noi ed è deciso a seguire il Führer, qualunque cosa avvenga. Esso accetterà i più pesanti sacrifici 84 per raggiungere la vittoria. Quale forza al mondo può impedirci di raggiungere il nostro scopo? Ora dobbiamo e vogliamo riuscire! Io sono davanti a voi non soltanto come portavoce del Governo, ma come portavoce del popolo. I miei vecchi amici del Partito sono qui intorno a me, investiti degli alti incarichi del popolo e del Governo. Il camerata Speer 85 è seduto vicino a me. Il Führer gli ha conferito il grande compito di mobilitare l'industria tedesca degli armamenti e rifornire il fronte di tutte le armi necessarie. Il camerata Ley è seduto accanto a me. Il Führer lo ha incaricato di guidare la manodopera tedesca, istruendola ed addestrandola ad un lavoro infaticabile per lo sforzo bellico. Ci sentiamo profondamente debitori col camerata Sauckel che è stato incaricato dal Führer di portare centinaia di migliaia di lavoratori nel Reich per sostenere la nostra economia nazionale, una cosa che il nemico non può fare. Anche tutti i capi del Partito, dell'esercito e del Governo si uniscono a noi. Noi siamo tutti figli del nostro popolo, forgiati insieme dall'ora più critica della nostra storia nazionale. Noi promettiamo a voi, al Fronte, al Führer che insieme plasmeremo la patria in una forza su cui il Führer e i suoi combattenti possano fare assegnamento completamente e ciecamente. Noi promettiamo solennemente di fare, nella nostra vita e nel lavoro, tutto ciò che è necessario alla vittoria. Riempiremo i nostri cuori con la passione politica, col fuoco eterno che ardeva durante le grandi battaglie del Partito e dello Stato. Mai durante questa guerra cadremo preda del falso e ipocrita oggettivismo 86 che ha condotto la Nazione tedesca a così grandi sventure nella sua storia. Quando la guerra iniziò volgemmo lo sguardo alla Nazione sola. Ciò che serve alla sua lotta per la vita è buono e deve essere incoraggiato. Ciò che nuoce alla sua lotta per la vita è cattivo e deve essere eliminato ed escluso. Noi supereremo i principali problemi di questa fase della guerra con animi ardenti e mente fredda. Siamo sulla strada della vittoria finale. Questa vittoria si basa nella nostra fede nel Führer. Questa sera io ricordo ancora una volta il proprio dovere alla Nazione. Il Führer si aspetta che facciamo tanto da mettere in ombra quanto abbiamo fatto in passato. Noi non vogliamo abbandonarlo. Come noi siamo orgogliosi di lui, lui dovrà essere orgoglioso di noi. Le grandi crisi e gli sconvolgimenti della vita nazionale mostrano chi siano i veri uomini e le vere donne. Non abbiamo più diritto di parlare del sesso più debole, poiché ambedue i sessi stanno mostrando la stessa determinazione e forza spirituale. La Nazione è pronta per qualsiasi cosa. Il Führer ha ordinato e noi lo seguiremo. In quest'ora di riflessione e meditazione nazionali, noi crediamo saldamente e incrollabilmente nella vittoria. La vediamo davanti a noi, dobbiamo solo afferrarla. Dobbiamo

risolverci a subordinargli ogni cosa. Questo è il dovere di quest'ora. Che lo slogan sia: Ora, popolo sorgi, tempesta scatenati! (Le parole finali del Ministro si perdono in un infinito, fragoroso applauso).

Tratto dal sito German Propaganda Archive
http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/goeb36.htm (testo del discorso stampato)
http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/goeb36.htm (testo del discorso orale)
Le note e le foto sono a cura del traduttore. Un ringraziamento ai camerati L. L. R. e F. P. per l'aiuto con la lingua tedesca e inglese.

1 Letteralmente: "risvegliato".
2 La versione registrata esiste ancora presso il Deutsches Rundfunkarchiv di Francoforte (Registrazione N. 52 – 12534).
3 Questa frase è ripresa da una famosa poesia del poeta nazionalista tedesco dell'Ottocento Karl Theodor Koerner (1791-1813), morto giovanissimo in combattimento durante le guerre napoleoniche.
4 La Battaglia di Stalingrado fu una delle battaglie fondamentali della Seconda guerra mondiale. Si svolse sul fronte russo a Stalingrado (oggi Volgograd) tra il 19 settembre 1942 e il 2 febbraio 1943. Le forze dell'Asse (tedeschi, italiani e rumeni) ebbero in tutto 392.000 morti, 250.000 feriti e 91.000 prigionieri. I sovietici riportarono 478.741 morti e 651.000 feriti fra i militari e circa 100.000 morti fra i civili. Dei soldati tedeschi presi prigionieri ne sopravvissero meno di 6.000. L'attacco sovietico portò al collasso dell'Armata rumena che, a sua volta, coinvolse le truppe italiane dell'ARMIR ed infine la VI Armata tedesca che venne completamente circondata.
5 Letteralmente: "ciò può attendere più avanti".
6 Breve considerazione: la chiarezza e la lucidità del Ministro nel descrivere la gravità della situazione militare spazzano via (caso mai ve ne fosse necessità) le falsità degli "storici" che vorrebbero Göbbels il "supremo manipolatore ed ingannatore". Verrebbe da dire: più chiaro di così….
7 Letteralmente: "pratica, messa in pratica".
8 Direzione, guida.
9 Per i vocaboli usati l'espressione potrebbe anche risultare: "dichiarazioni di carta".
10 William Maxwell Aitken (1879-1964), Lord Beaverbrook dal 1918, nacque in Ontario e fece fortuna come cementiere. Trasferitosi in Gran Bretagna fu eletto alla Camera dei Comuni con i Conservatori. Nel 1918 fu Minister of Information nel gabinetto di David Lloyd George. In seguito acquisì il controllo del Daily Express, trasformandolo nel quotidiano più letto al mondo. Nel 1921 fondò il Sunday Express e nel 1929 acquistò l'Evening Standard. Durante la II Guerra mondiale, nel gabinetto Churchill, fu prima Minister for Aircraft Production (1940-41), Minister of Supply (1941-2), Minister of War Production (1942), e quindi Lord Privy Seal (1943-45), ovvero Ministro del Consiglio Privato della Corona britannica.
11 Questa frase del Ministro sarebbe senza dubbio valida ancor'oggi…
12 E' ovvio che quando il Ministro parla di "Occidente" NON usa questa espressione con lo stesso significato dei media e dei politologi di oggi.
13 Letteralmente: "designa, nomina".
14 Nella versione orale il Ministro aggiunse: "Noi non abbiamo mai avuto paura degli ebrei, ed oggi meno che mai!"
15 Letteralmente: "nelle nostre prime lotte nazionali".
16 Il Berliner Tageblatt era un giornale fondato dall'editore Rudolf Mosse a Berlino nel 1872. Il giornale fu chiuso nel 1939.
17 Letteralmente: "non andrà via".
18 Letteralmente: "si nasconde".
19 Nella versione orale il Ministro aggiunse: "…mortale, anche se gli Inglesi non vogliono ammetterlo".
20 Nella versione orale: "…nemici. Questo non è neppure il mio fine. Non desidero farlo, perché sto parlando al popolo tedesco, non al mondo".
21 Purtroppo, non avendo il testo originale tedesco, rimane incertezza fra "la nazione che guida" e "la nazione principale".
22 Nella versione orale: "…ebraica, anche quando gli ebrei potevano ancora far intervenire la loro vecchia guardia di sostenitori di Berlino".
23 Letteralmente: "non ci fermeranno dal fare".
24 Nella versione orale: "La Germania, in ogni caso, non ha intenzione di rassegnarsi alla minaccia ebraica, ma piuttosto intende agire al momento giusto, usando, se necessario, le misure più assolute e radicali per occuparsi degli ebrei."
25 Letteralmente: "nella guerra stessa".
26 La GPU (Gosudarstvennoye Politicheskoye Upravlenie) nacque il 6 febbraio del 1922 dalla riorganizzazione della Cheka. Il 15 novembre del 1923 divenne OGPU (Ob'edinennoe Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie).
27 Letteralmente: "rinunciare alla partita dandola per persa".
28 Anche "esigenza".
29 Nella versione orale: "tutto quanto abbiamo ed ottenere tutto ciò di cui avremo bisogno in futuro. Oggi noi non possiamo più mantenere un alto livello di vita a scapito della nostra forza difensiva ad Est. Invece, dobbiamo rafforzare la nostra potenza difensiva sacrificando un alto livello della vita nazionale che non è più appropriato nelle attuali condizioni. Ciò non significa che stiamo imitando i metodi bolscevici. Noi abbiamo usato sistemi diversi fin dai tempi della nostra lotta col partito Comunista da quelli utilizzati contro i partiti della classe media. Affrontavamo un avversario che doveva essere trattato in modo diverso. Esso usava il terrore per combattere il movimento Nazionalsocialista. E al terrore ci si oppone non con argomenti intellettuali, ma soltanto con un terrore contrario! La minaccia intellettuale bolscevica è ben nota. All'estero non lo discutono. Ma noi e l'Europa, oggi affrontiamo una minaccia militare diretta che va al di là di ogni minaccia intellettuale. Rispondere ad essa con argomenti intellettuali probabilmente darebbe a coloro che sono al potere al Cremino un buon motivo per farsi delle risate. Noi non siamo così stupidi o miopi da tentare di combattere il bolscevismo con sistemi così inadeguati. Neppure vogliamo, come dice il proverbio, scegliere il nostro macellaio. Noi siamo determinati a difendere le nostre vite con tutta la forza che abbiamo, senza curarci se il resto del mondo vede oppure no la necessità di questa battaglia".
30 Letteralmente: "è sospeso".
31 Anche: "non ci infastidisce".
32 Nella versione orale: "di combattere il bolscevismo, dal momento che anche noi siamo bolscevichi".
33 Nella versione orale: "Nessuna guerra nella storia è stata perduta perché un governo aveva troppi soldati".
34 Nella versione orale: "…motivo contrario. Ho già detto in pubblico che il compito più critico del momento è quello di fornire al Führer, sebbene coi provvedimenti presi in patria, le riserve operative di cui egli ha bisogno per le desiderate offensive della prossima primavera e dell'estate! Più riusciamo a dare al Führer, più mortale sarà il colpo! Non serve più sognare la pace – il popolo tedesco deve pensare soltanto alla guerra. Ciò non la prolungherà, piuttosto la renderà più breve: la guerra più totale e radicale è anche la più breve. Noi dobbiamo tornare di nuovo all'offensiva all'Est. Abbiamo le risorse necessarie. Dobbiamo mobilitarle e non soltanto con modi burocratici ed organizzati ma dobbiamo anche improvvisare. Seguire i canali burocratici porta via troppo tempo! E il tempo è poco! Dobbiamo muoverci rapidamente! Durante la lotta iniziale del movimento Nazionalsocialista contro lo stato democratico non sempre abbiamo seguito un piano accurato. Spesso vivevamo alla giornata, seguendo una strategia politica improvvisata. Ora dobbiamo fare lo stesso".
35 Letteralmente: "milioni di mani".
36 Letteralmente: "andremo con la regola".
37 Letteralmente: "proprio adesso".
38 Nella versione orale: "…vittoria tedesca! Durante la lotta per il potere noi eravamo i poveri Nazionalsocialisti! Una volta vinto, tutti volevano diventare nostri amici."
39 Letteralmente: "riappariranno".
40 Nella versione orale: "…ed energia? Con la pace sono meravigliosi, ma inutili durante la guerra. Le nostre donne e le nostre ragazze non devono preoccuparsi".
41 Nella versione orale: "Non fa una buona impressione quando si mettono via i documenti e l'ufficio chiude in orario dopo otto ore".
42 Letteralmente: "fatto, compiuto".
43 Letteralmente: "lasciarli seduti".
44 Nella versione orale: "…, ma mettiamo in pericolo la vita del Reich. Anche le attività inutili, che niente hanno a che fare con la guerra, devono essere cessate. Le cose belle e meritevoli in tempo di pace possono divenire per lo meno ridicole in tempo di guerra. Per esempio, ho sentito che un assortimento di uffici, a Berlino, impiega settimane discutendo se la parola Akkumulator dovrebbe essere sostituita dalla parola Sammler. Ne risultano pesanti fascicoli. Mi pare, e credo che il popolo tedesco sia d'accordo con me, che gente che spende il proprio tempo per tali sciocchezze durante la guerra non sia ben impiegata e sarebbe meglio mandarla in una fabbrica d'armi o al fronte! Coloro che lavorano per il popolo devono costantemente provvedere al popolo col buon esempio in tutto ciò che fanno. Le questioni banali possono talvolta causare della pubblica preoccupazione. Per esempio, è sconvolgente che ragazzi e ragazze cavalchino nel Tiergarten, a Berlino, alle 9 del mattino. Potrebbero incontrare una operaia che torna da un turno di notte di dieci ore e che forse sta andando a casa a prendersi cura di tre o quattro o cinque bambini. La vista di un gruppo di cavalieri a passeggio, come se fossimo in tempo di pace, potrebbe solo amareggiare l'animo di questa eccellente lavoratrice. Perciò ho provveduto a vietare l'equitazione su tutte le strade ed i parchi pubblici della capitale del Reich per la durata della guerra. Io credo, così facendo, di aver badato alle esigenze psicologiche della guerra e d'aver dimostrato riguardo per il fronte. Un soldato in licenza a Berlino per pochi giorni dal Fronte dell'Est, per esempio, che veda una cosa del genere avrà un'impressione del tutto sbagliata della capitale del Reich. Non vedrà le fabbriche d'armi, dove centinaia di migliaia di persone, rispettabili e operose, lavorano per dodici, quattordici e talvolta sedici ore al giorno, ma piuttosto un allegro e indolente circolo d'equitazione. Che razza d'immagine della patria riporterà con se al fronte!
45 La traduzione non è letterale. Suonerebbe "cercatori di piacere che non lavorano".
47 Letteralmente: "del bisogno più grande del popolo".
48 Anche: "responsabilità, attenzione, diligenza".
49 Letteralmente: "liberare".
50 Letteralmente: "economia di guerra".
51 Nella versione orale: "…per il Fronte, e più duramente potrà colpire il Führer la prossima estate".
52 Letteralmente: "si sono già unite" [con riferimento al lavoro].
53 Vedi nota 53.

54 In realtà il lavoro femminile era già una componente fondamentale dell'economia Nazionalsocialista. Fra il 1936 ed il 1939 la manodopera femminile passò da 11,6 milioni a 14,6 milioni di unità. (confronta Bridenthal, Grossmann e Kaplan, When Biology became Destiny, pagina 25).
55 Nella versione orale: "…sue maglie. Non lo credo. Non posso immaginarlo.".
56 Nella versione orale: "…circondano. Noi non le dimenticheremo; ci ricorderemo di loro a guerra finita".
57 Letteralmente: "grande".
58 la NSV (Nationalsozialistische Volkswohlfahrt) era l'Organizzazione per il Benessere Popolare, responsabile in primo luogo della cura delle madri e dei ragazzi. Era diretta dall'SS-Gruppenführer Erich Hilgenfeldt. Il Q.G. della NSV era a Würzburg, in Bassa Franconia. La città fu rasa al suolo il 16 marzo del 1945 da 280 bombardieri inglesi che scaricarono 927 tonnellate di bombe, molte delle quali incendiarie.
59 Nella versione orale: "…pace. Quando papà torna a casa, la mamma può non aver preparato la cena".
60 Anche "lagnarci".
61 Dopo la sconfitta di Stalingrado il Fuehrer firmò il decreto sulla "Mobilitazione generale degli uomini e delle donne per la difesa del Reich", nonostante la sua personale opposizione alla mobilitazione femminile. Alle donne non fu comunque consentito di lavorare nell'industria pesante e in quella mineraria.
62 Letteralmente: "mettere sopra".
63 500.000 donne furono arruolate nel Kriegshilfedienst (Servizio Ausiliario). La maggior parte di loro, dopo Stalingrado, vennero impiegate nell'amministrazione militare e nelle comunicazioni, come dattilografe, telefoniste e operatrici radio, in seguito anche come addette ai proiettori e aiutanti nelle batterie antiaeree (vennero dette scherzosamente Blitzmaedel). Si trattava comunque di reparti che rientravano nel Wehrmachtsgefolge, cioè il Servizio Ausiliario, non combattente. Nel luglio del 1944 un ulteriore decreto del Fuehrer portò alla formazione del Wehrmachthelferinnencorps, un vero e proprio Corpo Militare Femminile e nel febbraio del 1945 fu autorizzata la creazione di battaglioni femminili. Inoltre, dal 1945, le donne entrarono a far parte della Volkssturm. La loro sorte sarà terribile all'arrivo delle truppe sovietiche. Nel 1945 le donne rappresentavano circa l'85% degli impiegati, contabili, interpreti, addetti ai laboratori e all'amministrazione nei quartier generali e nei comandi d'alto livello. Dal luglio del 1943 le donne furono utilizzate anche nelle difesa antiaerea, con funzioni ausiliarie. L'addestramento di base durava quattro settimane. Con la fine della guerra fra le 65.000 e le 100.000 donne servirono nelle unità antiaeree della Luftwaffe. Alcuni di questi reparti erano composti fino al 90% di donne. E' interessante notare che coprivano tutti gli incarichi ausiliari: in una batteria, infatti, ne erano previste tre agli strumenti di misure delle distanze, sette a quelli di radiomisura, tre a quelli di comando ed spesso una con funzione comandante di plotone (confronta Center of Military History, "Military Improvisations During the Russian Campaign," U.S. Department of the Army, CMH Pamphlet 104-1 1986, pagina 80). Una di loro (vedi Jutta Ruediger, Zur Problematik von Soldatinner: Der Kampfensatz von Flakwaffenhelferinnen in Zweiten Weltkrieg - Berichte und Dokumentationen, Monaco 1987) ricorda: Eravamo state allevate con lo stesso spirito, avevamo gli stessi ideali e la cosa più importante di tutte era il cameratismo, lo spirito da "uno per tutti". Le donne tedesche si comportarono molto bene: in una zona della Pomerania raggiunta dai sovietici una ragazza di 22 anni distrusse tre carri nemici a colpi di bazooka, guadagnandosi la Croce di Ferro. Nel 1945 venne costituita una unità femminile, denominata Freikorps Adolf Hitler, che fu addestrata all'uso dei bazooka, delle granate e dei fucili automatici. E' nota anche la vicenda di una delle figlie del camerata Robert Ley, Lore, che mise fuori combattimento un mezzo sovietico corazzato trafugando i documenti al comandante. In tutto, furono 39 le donne tedesche a ricevere la Croce di Ferro di II Classe per le loro azioni.
64 Nella versione orale: "…rafforzando, come è già stato riferito dalla stampa".
65 Dei sacrifici.
66 Ufficialmente Göbbels divenne Generalbevollmächtigter für den totalen Kriegseinsatz solo nel luglio del 1944.
67 Le Guerre Slesiane furono combattute fra la Prussia e l'Austria per il controllo della Slesia.
68 Alfred von Schlieffen (1833-1913) Feldmaresciallo, fu il Capo di Stato Maggiore tedesco dal 1891 al 1905.
69 Nella versione orale: "…cattiva sorte. Abbiamo al nostro fianco alleati leali e coraggiosi. Il popolo italiano, sotto la guida del suo grande Duce, ci seguirà sul cammino della vittoria. La dottrina Fascista lo ha preparato alle grandi prove del fato. Nell'Asia orientale il popolo giapponese sta picchiando colpo su colpo contro le forze armate anglo-sassoni. Tre grandi potenze mondiali stanno combattendo insieme contro la tirannia plutocratica. Cosa può accaderci se affrontiamo le dure prove di questa guerra con ferma determinazione? Non v'è dubbio sulla certezza della nostra vittoria! Mentre sul fronte dell'Est si sta combattendo una gigantesca battaglia difensiva contro l'assalto delle steppe i nostri sottomarini stanno portando la guerra sugli oceani di tutto il mondo. La flotta nemica sta soffrendo perdite che non potranno essere sostituite in alcun modo, non importa quanto grandi siano i loro sforzi per riparare vecchie navi o costruirne di nuove. E la prossima estate il nemico farà la conoscenza della nostra potenza offensiva! Il popolo tedesco è deciso ad utilizzare tutte le proprie energie per fornire al Führer le risorse necessarie per realizzarla. Questo è il compito del momento! Sono prossimo a concludere. La stampa…".
70 Nella versione orale: "…30 gennaio, la stampa anglo-americana, in altre parole, gli ebrei, il giorno…".
71 Nella versione orale: "popolo tedesco, che gli ebrei conoscono meglio di noi.".
72 Letteralmente: "non invitata".
73 Nella versione orale: "…rimasta fuori. Bene, gli ebrei qui non sono rappresentati!".
74 Letteralmente: "l'esercito che combatte".
75 Letteralmente: "le svolte".
76 Nella versione orale: "Vi chiedo: credete nel Führer? La vostra fiducia…".
77 Letteralmente: "più fedele".
78 Letteralmente: "per condurre la guerra ad una fine vittoriosa".
79 Nella versione orale: "…per fornire ai nostri padri e ai nostri fratelli che combattono sul Fronte orientale…".
80 Nella versione orale: "…munizioni necessarie per sconfiggere il bolscevismo? Siete pronti a questo?".
81 Nella versione orale: "…possibile. E' questo ciò che volete?".
82 Letteralmente: "perdere la testa".
83 Nella versione orale: "…ricchi e poveri. E' questo ciò che volete?".
84 Letteralmente: "fardelli".
85 Dopo la morte in un incidente aereo di Fritz Todt, avvenuta nel 1942, Albert Speer (1905 – 1981) lo sostituì in tutti i suoi incarichi.
86 La concezione filosofica che sostiene l'esistenza e la validità universale della realtà oggettiva a prescindere da ogni percezione o valutazione soggettiva.

© 2005 Società Thule Italia
Leggi il nostro Manifesto

BUY BRITISH
ballito
STOCKINGS

Daily Express

To-day's Weather: Fair Mild.

NO. 16,958. FRIDAY, MARCH 24, 1933. ONE PENNY.

St. IVEL CHEESE
Aids digestion
2d., 6d. & 8½d. each.

JUDEA DECLARES WAR ON GERMANY

Jews Of All The World Unite In Action

BOYCOTT OF GERMAN GOODS

MASS DEMONSTRATIONS IN MANY DISTRICTS

DRAMATIC ACTION

"Daily Express" Special Political Correspondent.

ALL Israel is uniting in wrath against the Nazi onslaught on the Jews in Germany.

Adolf Hitler, swept into power by an appeal to elemental patriotism, is making history of a kind he least expected. Thinking to unite only the German nation to raise consciousness he has roused the whole Jewish people to action and influence.

The appearance of the swastika [illegible] has called forth the Lion of Judah [illegible] Jewish defiance.

Fourteen million Jews throughout the world have united together as one man to declare war on the German persecutors of their co-religionists. Sectional differences and antagonisms have [illegible]

[illegible] a minute to £1,000,000 a minute.

This is the record of the public's share for sound investments with a reserve status.

When the West Riding County Council issued £2,000,000 of 3½ per cent. stock at £99 per cent. last week they obtained £11,000,000 in fifteen minutes.

Yesterday Hall-Patch asked the public to subscribe to £1,500,000 of its 3½ per cent. stock, and raised the price to £99 10s. per cent.

The bids were closed in five minutes, during which time applications had been received for £20,000,000.

THE BIRTH OF AN IDEA



HIGHER WAGES FOR STEEL WORKERS

AN INCREASE OF THREE SHILLINGS A WEEK

BRIGHT SPOT IN A BLACK TOWN

THE "Daily Express" has sent a special representative on a unusual mission. He is touring the north in search of high wages. In his tour he is going to tell the facts about all classes of wages, high and low. He is going to show how low wages reduce the morale of the community. He is going to show how courageous spending results favourably throughout the community.

In his first dispatch it is revealed that the steel [illegible] Middles-

The Fourth Durham Steam Coal Company of South Wales increased its profits by £100,000 last year.

Mr. E. L. Jones, the chairman and managing director, told shareholders at yesterday's annual meeting that this had not been achieved by a policy of wage reductions.

He had to reveal that the earnings of their employees were higher than the average in the coal-field.

New "Sweep" Bill In The Dail

MR. DE VALERA AND STATE CONTROL

SECRET MEASURE

"Daily Express" Special Correspondent.

DUBLIN, Thursday.

WHILE Mr. Jack O'Sheehan, the official announcer of the Irish sweepstake draw, was dividing the remnants of the latest Irish lottery prize fund between lucky ticket-holders in the Plaza Ballroom to-day I was listening to an [illegible]

MR. MacDONALD EXPLAINS HIS TOUR

"PEACE CAN BE KEPT IN EUROPE"

MR. RAMSAY MACDONALD fated a crowded House of Commons yesterday afternoon when he spoke about his visits to Paris, Geneva, and Rome, and his talks with Signor Mussolini.

The German, French, Italian, Polish, and Belgian Ambassadors were among a crowd of diplomatic representatives in their special gallery, and Mr. Bruce, of Australia, and other representatives of the Dominions also listened.

Mr. MacDonald, who was greeted with cheers, said:—

"I take the earliest available opportunity to inform the House regarding what happened while the Foreign Secretary and myself were at Geneva and Rome.

"We were asked by our colleagues here to go to Geneva, first because [illegible]



LATE NEWS

LABOUR LEADER BEREAVED

24 March 1933


"Behind
the enemy
powers: the Jew"
Hinter den
Feindmächten:
der Jude

SONDERHEFT

Die Wehrmacht

HERAUSGEGEBEN VOM OBERKOMMANDO DER WEHRMACHT

Wir kämpften in Spanien





THE JEW IS GUILTY OF THE WAR


LE COMPLOT JUIF
CONTRE
L'EUROPE!

"Völkischer Beobachter", Mittwoch, 29. März 1933




Der Jude
The Jew: the inciter of war, the prolonger of war.
Kriegsanstifter
Kriegsverlängerer